



# DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 12 DE MARZO DE 1939

## Suplemento Dominical

En Este  
Número:

★

Como la Armada  
del Tio Sam  
defenderia  
el Continente

★

¿Habrá Opera  
en  
el Cine?

★

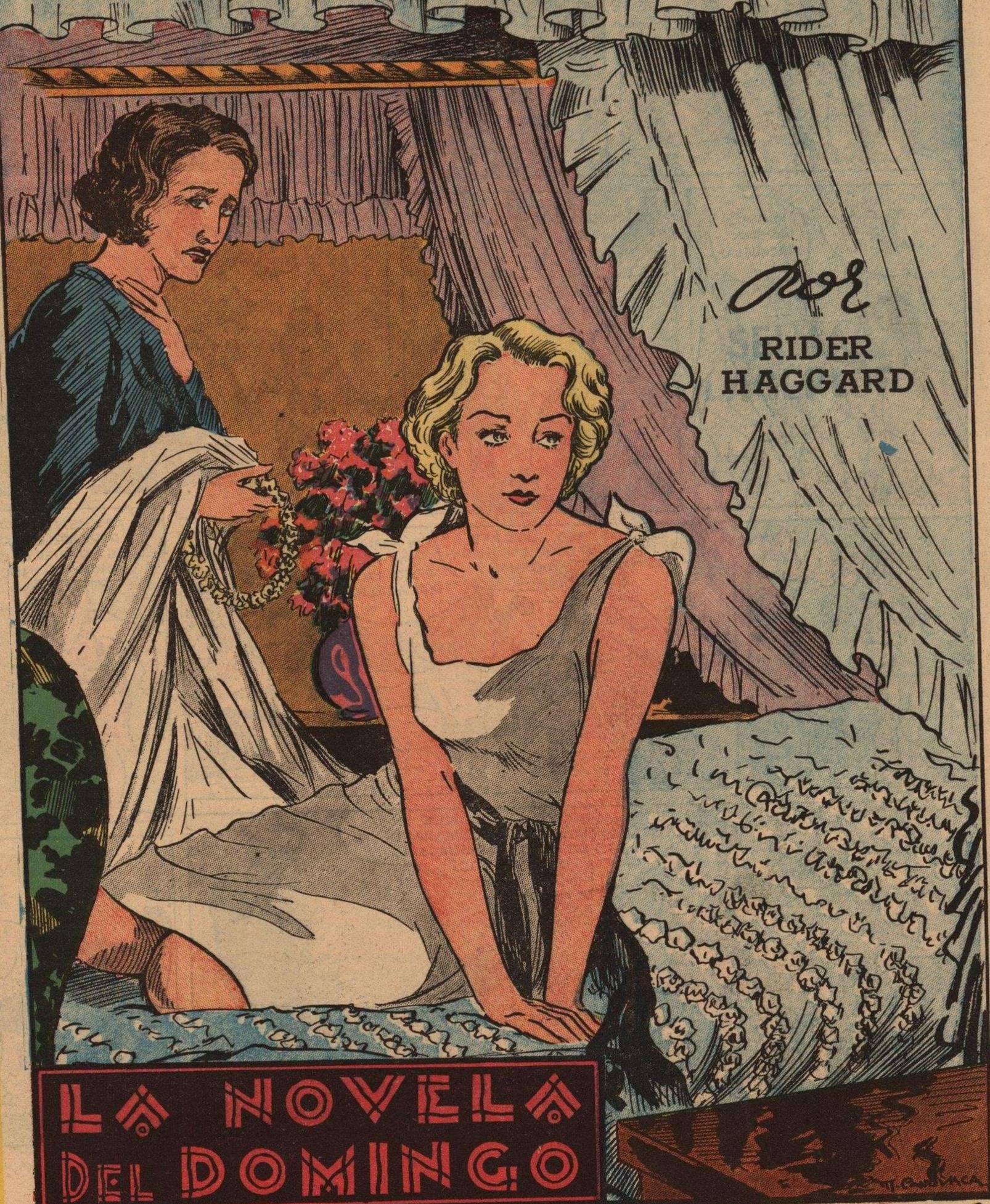
Lecturas Amenas  
Para  
Chicos y Grandes

★

Además:  
Trucutú — El Capitan  
Aguila — La Vi-  
da es Asi y otras  
historietas en  
colores.

★

### Las MINAS del REY SALOMÓN



*Rider*

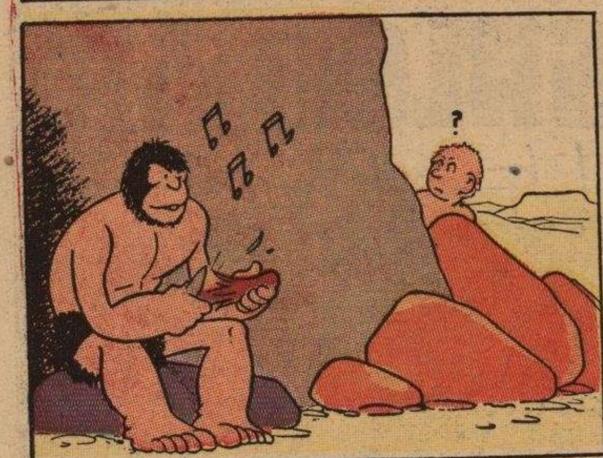
RIDER  
HAGGARD

LA NOVELA  
DEL DOMINGO



TRUCUTÚ, YA VEMOS QUE TIENES NUEVOS VECINOS.  
 ¡ TRAE UN FAMILIÓN!  
 ¡ YA LOS IRÉ CONOCIENDO!

# TRUCUTÚ



¡ HOLA, SIQUITRAQUE!  
 ¡ HOLA!

# FRAGMENTOS DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA



EN LA ISLA DE UMNAK, EN EL PACÍFICO, SE HA ENCONTRADO UNA TUMBA DE UN PUEBLO PREHISTÓRICO DESAPARECIDO HACE MILES DE AÑOS.

EN LA PATAGONIA HABÍA UN AVE PREHISTÓRICA QUE TENÍA EL CRÁNEO MÁS GRANDE QUE EL DE UN CABALLO, Y ALCANZABA A UNA ESTATURA DE OCHO PIES.



EL MITO DE HÉRCULES NO LO INVENTARON LOS GRIEGOS; DATA DE MÁS DE 4,500 AÑOS.

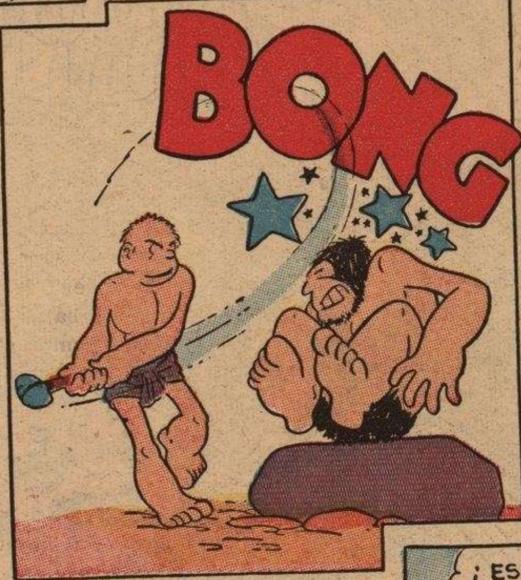
LOS ANTIGUOS LADRILLOS DE LODO DE MESOPOTAMIA Y EGIPTO AISLABAN EL CALOR CON MÁS EFICACIA QUE LOS MODERNOS LADRILLOS DE FUEGO.



¡ ERES MUY FUERTE, CHAMACO! ¿ CÓMO TE LLAMAS?  
 ¡ MIGOLO! ¡ MIRE MI HACHUELA!



¡ ES NUEVA, CACHÓN! ¿ OYE, MIGOLO, QUÉ SABES HACER CON ELLA?  
 ¡ MUCHAS COSAS, YA LE MUESTRO!



**BONG**



**BAAW!**



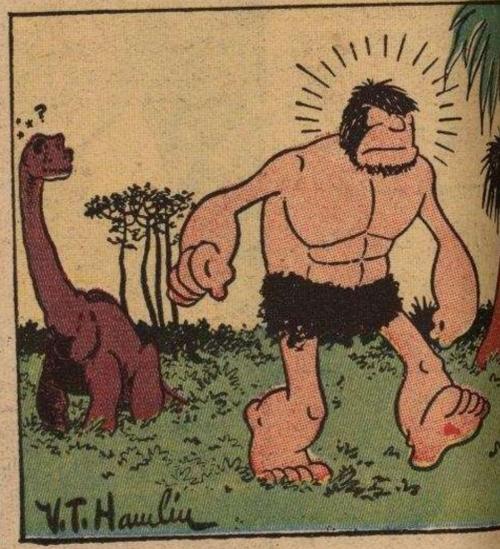
¿ QUÉ TE PASA, HIJO? ¿ TE HA HECHO DAÑO ESE HIPOPÓTAMO?  
 SÍ, MAMA, ME HA ROTO LA HACHUELA.



¡ ES USTED UN VAGABUNDO! ATREVERSE A ABUSAR DE SU FUERZA CON UN CHIQUILLO INOCENTE!  
 SEÑORA MI SEÑORA...



¡ ASÍ SE HACE, MAMA! ¡ DALE UNOS BUENOS GOLPES QUE TE RESPETE!  
 ¡ ERES UN BRIBÓN, UN COBARDE, UN DESGRACIADO! TE APROVECHAS DE TU CUERPO DE BESTIA PARA HACERLE DAÑO A LOS POBRECITOS NIÑOS!

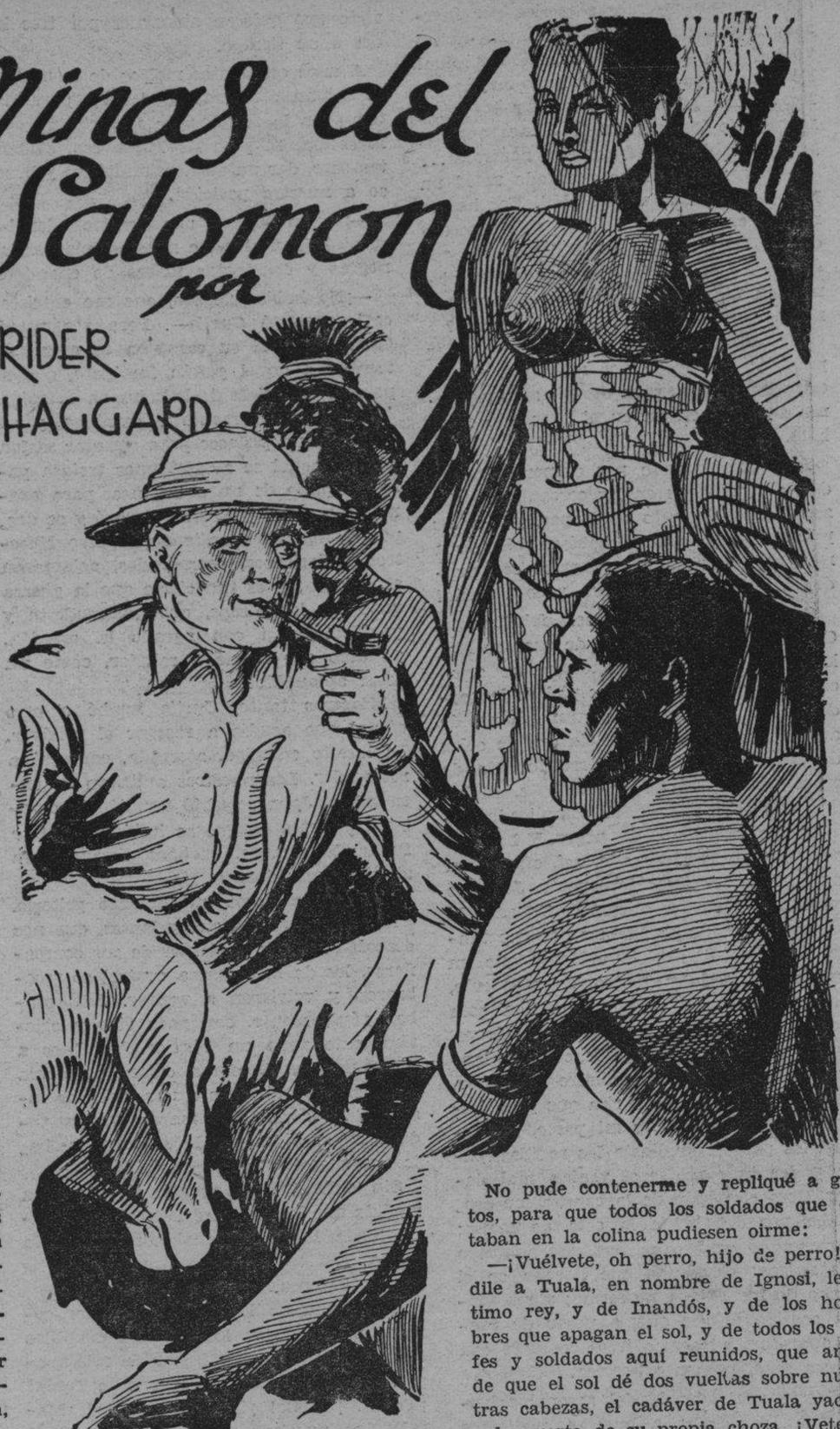


V.T. Haukur

# Las Minas del Rey Salomon

## Continuación

RIDER HAGGARD.



No hagáis caso! empezó—. Esto pasa lo vi otras veces. ¡No temáis, no temáis! ¡Esperad, esperad! La sombra pa- la luz volverá. Maldita vieja! Era capaz de dar al este con todo. Avancé hacia ella, con indignación en el rostro, que la brum- enmudeció de espanto. Y volviéndome hacia mis compañeros, les grité: —¡Vamos, hombres! ¡Ayúdenme!; gri- a cualquier cosa. Versos, prosa, música: do sirve. ¡La cuestión es gritar!

Los tres nos pusimos a dar voces co- si estuviéramos locos. No sé las cosas que llegamos a decir al sol. Ver- de Shakespeare, refranes, frases he- as, nombres de periódicos. ¡Qué sé yo! tanto nos vino a los labios en inglés, «la angua mágica» para los kakuanas. Posei- de furor y sin saber lo que me decía, hasta llegué a apostrofarle con espanto- as familiaridades: «¡Anda, valiente! Aligera, por lo que más quieras! ¡Más! Más!...» El pobre John estuvo sublime. oltó todos los tacos del repertorio naval. La mancha negra aumentaba a simple sta. Un triste sosiego abrumaba a simple ra, los pájaros enmudecieron. Lejos so- aban lúgubres aullidos de perros. En la atmósfera flotaban cárdenas nie- sas. Junto a nosotros era ya imposible distinguir los rostros feroces lo que que- baba del sol parecía una ascua que ago- zaba entre torbellinos de humo.

—¡El sol ha muerto—rugió, con voz sor- ra, Scragga—. ¡Los brujos de las estrellas han matado al sol!

Y en un delirio de miedo o de rabia, rojó su azagaya contra el ancho pecho de Curtis. Pero la cota de malla resis- to; y antes de que Scragga pudiera re- etir el golpe Curtis le arrancó el arma de las manos y se la clavó en medio del pecho. Scragga cayó muerto, dando un espantoso alarido.

Apenas quedaba luz en el cielo. Con un error indecible las muchachas huyeron hacia las chozas. Estalló un pánico de lo- ra. Los guardias, arrojando sus armas, saltaban it, nparalizada y desaparecían en popel. Los jefes huían como liebres. El mismo rey, seguido de Gagula, corrió con favor inmenso, abandonando el manto de pieles y la corona de plumas. Sólo quedamos nosotros, la pobre Fulata, aga- nada a las piernas de John, Infandós y los jefes descompuestos.

—¡Jefes!—grité—. Ya veis el milagro que nos habías pedido! Ahora no podéis dudar de que Ignosi es vuestro legítimo rey. Haremos que vuelva la luz, ¡no te- temáis! Vamos a la ciudadela, aprovechando las tinieblas.

—¡Vamos!—dijo Infandós. Y añadió, diri- giéndose a los jefes—: ¡Vosotros, seguid!

Al salir de la explanada, la oscuridad era total. Agarrados de las manos, con Fulata en medio, fuimos tropezando en la oscuri- dad. Por las calles oíamos alaridos de ho- rror. Y para aumentar la confusión, gri- abamos:

—¡Abajo Tuala! Muera el tirano!

En la tenebrosa oscuridad del firma- mento brillaban las estrellas.

a veinte mil guerreros, casi todos vete- ranos. Hallábanse todavía bajo la cons- ternación que les produjeran las misteriosas tinieblas en que quedaron envuel- tos. Atravesando aquellas filas cerraas de hombres, fuimos en dirección a un grupo de cabañas que se levantaban en lo alto de la meseta.

Con gran alegría encontramos allí dos servidores cargados con nuestro equipaje, que por la mañana habíamos dejado en las chozas de Lu. En uno de los fardos iban los famosos pantalones de John. Apenas los vió, arrebatólos de manos de los servidores y se los puso con un inmenso suspiro de alivio.

Como no había tiempo que perder, Infandós dió orden de que las tropas formasen. Ante todo, era necesario explicar los motivos de la rebeldía y presentarles a Ignosi, el legítimo rey por quien iban a luchar.

Poco después, la flor del ejército kakua- na estaba formada.

Un heraldo reclamó el silencio. Infandós se adelantó unos pasos. Con calor y entusiasmo comunicativo, refirió la historia de Ignosi, el emblema que ostenta- ba en la cintura, la trágica muerte de sus padres a manos de Tuala, la fuga a través de los montes y su largo destierro. Luego habló el reinado cruento de Tuala, sus crímenes, sus perversas y bárba- ras crueldades. Contó cómo los hombres blancos de las estrellas, que todo lo ven desde lo alto, compadecidos de la aflicción de los kakuanas, habían ido en busca de Ignosi, el legítimo rey, para traerlo al país de sus padres; cómo aquel mismo día, para demostrar a todos su poder y probar que Ignosi era rey, habían apagado y encendido el sol, y cómo, en fin, esos hechiceros tan poderosos que nadie podía vencer, estaban dispuestos a destro- nar a Tuala y poner en su lugar a Ignosi.

Cuando terminó, entre un largo mur- mullo de asentimiento, Ignosi habló a las tropas. Después de lo que sabían (decla- ró), los kakuanas sólo debían escoger entre Tuala y él mismo, legítimo rey, que no permitiría hechicerías ni matanzas. Y todos, vencido Tuala, irían a vivir a sus casas. Los hombres de las estrellas es- taban a su lado. ¿Y quién se atrevería a luchar contra su fuerza sobrehumana?

—Tuala está reuniendo sus fuerzas— prosiguió—para combatirnos. Mis ojos están abiertos. Y ahora, ¡id a prepararos para combatir en defensa de vuestro verdadero rey!

Un jefe levantó la diestra, y los vein- te mil hombres hicieron la solmene sa- lutación real: «¡Krum! ¡Krum! ¡Krum!» Ignosi quedaba proclamado.

Luego celebramos consejo de guerra. Era evidente que íbamos a ser atacados por las tropas de Tuala. Desde la colina veíamos ya regimientos en marcha, un constante fluir por la calzada de Salo- món. Contábamos sólo con veinte mil hombres y Tuala a la mañana siguiente podría haber reunido de treinta y cinco a cuarenta mil. Pero muchos de ellos eran simples reclutas; la flor del ejér- cito kakua, los veteranos aguerridos, los capitanes experimentados, se hallaban con nosotros.

No pude contenerme y repliqué a gri- tos, para que todos los soldados que es- taban en la colina pudiesen oirme:

—¡Vuélvete, oh perro, hijo de perro! Y dile a Tuala, en nombre de Ignosi, legít- imo rey, y de Infandós, y de los hom- bres que apagan el sol, y de todos los je- fes y soldados aquí reunidos, que antes de que el sol dé dos vueltas sobre nues- tras cabezas, el cadáver de Tuala yacerá a la puerta de su propia choza. ¡Vete!

El heraldo contestó con arrogancia:

—No me asustan las palabras. Mañana se verá quiénes son los muertos. ¡Salud, hombres de las estrellas! ¡Ya veremos si tenéis tan fuerte el brazo como atre- vida la lengua!

A altas horas, Curtis, Ignosi y yo, ful- mos a visitar los puestos avanzados. A me- dida que andábamos, veíamos surgir de los lugares más inesperados—de una trin- chera, de un grupo de arbustos o de un montón de rocas—una enorme figura em- plumada, con la punta de su azagaya brillando como un relámpago. La vigilan- cia era perfecta.

Dimos la vuelta a la colina, entre gru- pos de soldados adormecidos. Y los ro- bustos cuerpos, tendidos en el suelo, unos contra otros, parecían grandes montones de muertos, preparados ya para recibir sepultura. ¿Cuántos de aquellos hombres vivirían aún, cuando a la noche siguien- te volbiesen a reaparecer las estrellas? Y nosotros mismos, ¿quién sabe? ¿Acaso volveríamos a respirar el aire fino de la noche africana?

—Amigo mío—dije de pronto a Curtis, dando salida a mi melancolía—: me sien- to en un lamentable estado de temor.

—Querido Qualtermar, usted es pesi- mista por naturaleza.

—No. ¿Creerá usted que hasta me fla- quean las piernas Si Dios no lo reme-

—XII—

### LAS HUESTES REVOLUCIONARIAS

Durante más de una hora anduvimos en plena oscuridad, hasta que surgió, co- mo un fino destello luminoso, la orla del sol, y poco después, con luz ya suficien- te para guiar nuestros pasos, nos encon- tramos lejos de Lu, en la falda de una colina en forma de herradura y aplanada en la cumbre como una meseta.

A medida que íbamos ganando la cues- ta, bajo la luz ya viva y ardiente del sol, descubrimos numerosos regimientos, for- mando una división de unos diez y ocho

dia, mañana seremos atacados por fuerzas enormemente superiores. ¡Ni rastro va a quedar de nosotros!... ¡Es estúpido! Porque, ¿a qué viene meternos en ese zafarrancho? ¿Qué nos importan las diferencias de los kakuanas? Somos extranjeros, y debíamos permanecer neutrales...

—Claro; pero se ha acordado usted un poco tarde de la neutralidad. Nos hemos metido en danza y no hay más remedio que bailar airosamente. Y después de todo, ¡qué más da! Vale más morir en plena batalla, que pasarse unos meses agonizando en la cama... ¿No le parece?

Me encogí de hombros, sin responder palabra; y a poco nos retiramos a una estrecha cabaña, para dormir algunas horas antes de entrar en el tremendo combate.

Amanecía cuando nos despertó Infandós, diciendo que en las cercanías se observaba movimiento de tropas, y que las primeras escaramuzas habían obligado a nuestra avanzada a replegarse con prudencia. ¡El despertar era poco risueño!

Comenzamos a vestirnos febrilmente. Curtis siguió su principio de que «en Kakuania hay que ser kakuanos», se armó como un guerrero salvaje: piel de leopardo sobre los hombros, gran pluma de avestruz sobre la frente, cintura de colas de bueyes, escudo de hierro forrado de cuero blanco, hacha de combate, cuchillos arrojadizos, todo el complicado armamento de un caudillo negro. Y hay que confesar que, pertrechado, así, ofrecía un espléndido y formidable aspecto. John no resultaba tan impresionante. Se empeñó en conservar los pantalones por que tanto había suspirado; es evidente que un sujeto algo bajo y grueso, de monóculo, con medio rostro rapado, con una cota de malla metida dentro de los pantalones, como una camisa irrompible, con una lanza descomunal y un sombrero de fieltro, está más para mover a risa que para imponer respeto. Yo, por mi parte, me recogí los pantalones hasta las rodillas, para poder huir mejor si venían mal dadas. Pero el faldón de la camisa me asomaba por debajo de la cota de malla; un cuchillo como una hoz, me golpeaba las nalgas; el escudo que llevaba en el brazo no me dejaba moverme; y me sentía corrido al ver que, a pesar de tanto aparato no lograría ir al combate con figura medianamente heroica.

Suerte que, además del arsenal salvaje que llevábamos auestas, podíamos contar también con nuestras carabinas. Tres soldados, nos seguían llevándolas como reliquias.

Apresuradamente tomamos un desayuno frugal, y partimos. Encontramos a Ignosi y a Infandós, con el regimiento más numeroso y aguerrido de todo el ejército kakuanas. Les llamaban «Pardos», porque pardas eran las plumas que coronaban sus cabezas.

Al llegar nosotros, los jefes estaban ya observando los movimientos que en la llanura efectuaban las tropas de Tuala.

Nos saludamos, con palabras resonantes y heroicas. Pero la sangre se me heló en las venas al advertir a lo lejos, en la llanura, que las columnas de Tuala iban saliendo de la ciudad y se esparcían, negras, densas, interminables, como horrugos hostiles.

### —XIII—

#### EL ASALTO

Lentamente y con perfecto orden, el enemigo fué acercándose a la falda de nuestra colina, resonó en la llanura un «tam-tam»; las tropas de Tuala, con una precisión admirable, quedaron reducidas a tres columnas, en orden de batalla; una hacia la derecha, otra a la izquierda, y la tercera frente a nosotros.

—¡Bueno!—murmuró Infandós—; está

visto que quieren atacarnos por tres lados a un tiempo.

A unos quinientos metros de la meseta, la columna central se detuvo, para dar tiempo a las otras para que circundasen la colina. El plan de Tuala era, evidentemente, dar un asalto simultáneo y brusco a nuestra posición.

—¡Quién tuviese una ametralladora!—suspiró John al ver a nuestras plantas las negras y compactas masas de enemigos.

—¡No hables de eso, que me entristeces!—contestó Curtis—. Pero vea usted, Quartelmar, si su carabina es capaz de tumbar a aquel gañán insolente, que al parecer es el jefe de la columna enemiga.

Cogí tranquilamente la carabina, y me apoyé en un peñasco para apuntar mejor. El jefe aquel se avanzó unos treinta pasos, seguido de un ordenanza, para examinar nuestra posición; disparé y se desplomó, inmóvil, mordiendo el polvo. Nuestros regimientos, asombrados, aclamaron el milagro; y es tan cierto que la guerra endurece las almas, que yo, modesto y pacífico, acogí con agrado la ovación. ¡Y creo que llegué a saludar, como un actor aplaudido!

Mientras tanto, Curtis tumbó a otro oficial que acudía a recoger el cadáver. La hueste enemiga, aterrada, comenzó a retroceder. Los nuestros aullaban de entusiasmo. John requirió también la carabina, y antes de que se hubiesen puesto fuera de alcance, tuvimos tiempo para abatir a una docena.

De pronto oímos un inmenso griterío. Eran las columnas circundantes, que nos atacaban. Al oír el clamor de sus compañeros, los de la columna central se recobraron y volvieron a vanzar. Adelantaban rápidamente, con paso vivo y elástico, entonando un cántico. Volvimos a disparar. Los hombres caían, pero era como si apedreásemos a una nube de insectos. La formidable marea iba ganando la colina y amenazaba sumergirnos bajo sus negras oleadas.

Sin embargo, su empuje disminuía a medida que la cuesta se le hacía más dura, hasta llegar al talud superior de la colina. Allí teníamos nuestra primera línea de defensa.

Ambas fuerzas llegaron a las manos, comenzando a volar los grandes cuchillos de combate, con vivo fulgor de relámpagos. Los atacantes gritaban: «¡Tuala! ¡Tuala! ¡Chielé! ¡Chielé!» (¡Mata! ¡Mata!) Los nuestros respondían: «¡Ignosi! ¡Ignosi! ¡Chielé! ¡Chielé!» Se cruzaban las primeras azagayas. Y con un rabioso choque, pecho a pecho, comenzó la batalla.

La superioridad enemiga era aplastante. Nuestra primera línea, cuyos hombres caían como hojas secas en otoño, se replegó a la segunda línea. El combate fué terrible. Por fin, arrollados, retrocedieron los nuestros, al borde mismo de la meseta central. Entonces Curtis, con los ojos llameantes de ira, no pudo contenerse, y blandiendo su hacha, seguido del capitán, metióse en la refriega. Al ver la gigantesca figura del «hijo de las estrellas», que acudía en su auxilio, nuestras tropas gritaron con entusiasmo:

—«¡Nanzie Inkubú!» (¡Ahí está el elegante!)

«¡Chielé! ¡Chielé!» Y volvieron a luchar con nuevo ardor; en pocos instantes fué rechazada la fuerza enemiga que, fatigada, moralmente decaída, retrocedió pendiente abajo en confuso desorden.

En aquel mismo instante, un mensajero vino a decir a Ignosi que el ataque por la izquierda había sido rechazado también; y ya nos congratulábamos, cuando, con gran horror, vimos venir corriendo a las tropas que defendían la vertiente derecha, perseguidas por el enemigo, que en aquel sitio había roto nuestras filas.

Ignosi dió una orden. El regimiento de los «Pardos» desplegó, para detener la des-

bandada y rechazar a los perseguidores. Y, sin saber cómo, me hallé enredado en la más espantosa carnicería. Sólo recuerdo el sonar de los escudos estrechocándose con fuerza y la súbita aparición de un enorme y furioso bruto, con los ojos saltándosele de las órbitas y levantando sobre mi cabeza una azagaya descomunal. Mi revólver se encargó de él. Pero en seguida sentí un tremendo golpe en la sien derecha...; cuando abrí los ojos me encontré en el cuartel general, sobre una estera de esparto, con el excelente John a mi lado.

—¿Cómo va eso?—me preguntó dejando la calabaza con que me rociaba las sienes.

Antes de responder me palpé bien.

—Regular. Pero, ¿es que me ha ocurrido algo?



—¡Bendito sea Dios! Cuando le vi a usted sobre la parihuela, me dió un vuelco el corazón.

—No, no hay cuidado. Pero, ¿y la batalla?

—Por hoy hemos salido de apuros. Hemos rechazado a esos indecentes salvajes. ¡Pero perdemos cerca de dos mil hombres!

Y me mostraba la explanada del campamento, convertida en hospital de sangre, donde había largas filas de heridos, por entre las que andaban los cirujanos kakuanas. El método de esos clínicos primitivos, es bastante expedito. Si la herida tiene remedio, la untan con ungüentos y le dejan sanar tranquilamente. Pero si es incurable, el cirujano, con un bisturí rudimentario, corta una arteria al herido, que expira sin el menor sufrimiento...

Huyendo de este espectáculo salvaje, busco de Curtis; y le hallamos en la colina con Ignosi, Infandós y otros.

—¡Gracias a Dios que llega usted gritó al verme—. No puedo entender que me están diciendo... Parece que el enemigo quiere cercarnos.

Era así, en efecto. Al verse rechazados, Tuala reunía sus fuerzas y tomaba disposiciones para sitiarse la colina y vencer por hambre. Nuestras provisiones no podrían durar más de dos días. Y era que el único manantial de la colina sorbido por veinte mil bocas sedientas estaba próximo a secarse.

—¡Vamos, Makumazán—me decía Ignosi—: tú que eres tan astuto y has hecho tantas cosas!...

¡Desdichado de mí! Ya era demasiado tarde para pasar por un hechicero, después de estar expuesto a recibir porrazos de los más ínfimos de los kakuanas, y después de dar consejos. Pero, no había más remedio: el desfallecimiento sería por un instante y declaré que, sin agua, no nos quedaba otro recurso que el de hacer inmediatamente una desesperada salida. Todos aprobaron la salida.

Ignosi expuso un plan excelente. A las diez de la tarde (era medio día) «Pardos», mandados por Infandós y Curtis atacarían a Tuala; mientras el propio Ignosi (conmigo) esperaba el momento de salir con las tropas de reserva. Seguramente viendo que los «Pardos» intentaban salir (lanzaría todas sus fuerzas contra ellos, para aniquilarles. Apenas se iniciase el encuentro, una parte de nuestras fuerzas bajaría por el extremo del cho de la colina, al mando de John, el ojo fulgurante, que tenía un gran prestigio; otra parte de las tropas con gran sigilo por el lado izquierdo, súbitamente, ambas alas caerían sobre los flancos del enemigo. Entonces Ignosi, con las fuerzas de reserva, las mejores y más aguerridas, acometería de frente; y poco que nos acompañase la suerte, a la noche cenaríamos triunfadores.

El plan fué acogido con aplausos. Inmediatamente nos dispusimos a poner en práctica, con una celeridad y una precisión que honran a los oficiales kakuanas. En dos horas quedaron servidas las tropas, las tres divisiones formadas, la orden de ataque transmitida a los jefes y el ejército ocupaba sus posiciones de combate.

¡Se preparaba, pues, otra inmensa carnicería, en la que yo, hombre morigerado de costumbres sencillas, amigo del enemigo irreconciliable de toda clase de violencias me iba a ver envuelto!

### —XIV—

#### LA BATALLA DE LU

A pesar de mi ignorancia en cuestiones militares, no puedo resistir la tentación de contar algunos detalles de este tremendo combate que los kakuanas recordarán eternamente con el nombre de «La batalla de Lu».

Las luchas entre salvajes difieren completamente a las que los que nos llamamos civilizados solemos sostener con demasiada frecuencia. Todas las ventajas tácticas y pintorescas están de parte de las tropas bárbaras. Una batalla entre kakuanas es un prodigio de movimiento, confusión, de sonido y color. Entre la mezcla de cuerpos de emplumados, de bezas, destacan el estruendo de los escudos que chocan, las azagayas al aire, saltos, brinco, alaridos y clamores inmensos.

El plan de Ignosi se llevó a cabo. «Pardos» se adelantaron, y con admirable valor sostuvieron impertérritos los primeros ataques de los regimientos de las tropas que Tuala lanzaba en grandes masas compactas.

## EL REY IGNOSE

taste a mi hijo, o luchas conmigo o eres un cobarde.

—¡Eso no!—gritó Ignosi.

—¡Claro que no!—replicó Tuala sarcásticamente—. ¡Pero es por miedo!

No sé cómo fué; pero en el tono o en el gesto, comprendió Curtis estas palabras. Se le encendieron las mejillas. Y avanzó con el hacha levantada, trémulo de coraje.

Nos interpusimos, gritándole que no arriesgase su vida contra aquella fiera acorralada. ¡Bastantes pruebas había dado de su valor!

—¡Ningún hombre en el mundo, civilizado o salvaje—gritaba—puede llamarme impunemente cobarde! ¡Déjenme! Voy a castigar a ese bruto.

Ignosi, apesadumbrado, hubo de ceder.

—Sea, Tuala: ¡Inkubú te aguarda!

El primero en atacar fué Curtis, que descargó sobre Tuala un tremendo hachazo. De un salto, el salvaje esquivó el arma y contestó con otro que a duras penas paró mi amigo con su escudo. Durante algunos minutos no hubo más que un reluciente revolotear de hachazos. No nos atrevíamos a respirar. El regimiento de los «Pardos» formaba coro excitando, aplaudiendo renéticamente los golpes maestros. John, agarrado a mí, daba saltos sobre la pierna sana y animaba a Curtis con sus gritos.

—¡Bravo! ¡Dale por ahí! ¡Duro! ¡Adelante! ¡Magnífico!...

De pronto resonó un grito de horror. Tuala acababa de romper el hacha de Curtis, dejándolo desarmado; se abalanzó con empuje salvaje y se desplomaba sobre nuestro amigo, con un alarido triunfal.

Cerré los ojos para no ver la catástrofe... Y al abrirlos, los enemigos, agarrados como tigres furiosos, rodaban entre nubes de polvo. Con esfuerzo desesperado y supremo, Inkubú procura quitar a Tuala el hacha que llevaba sujeta a la muñeca por una correa de búfalo. El tiempo que lucharon de este modo fué una eternidad. Finalmente la correa saltó y con un formidable impulso Curtis irguióse de un salto, con el hacha en la mano.

En un segundo Tuala estuvo de pie. Tuala, rapidísimo, sacó del cinto su temible cuchillo, lo esgrimió y, recto como una saeta, fué a clavarlo en el pecho de su enemigo. Nuestro compañero se tambaleó, pero la cota de malla impidió que la hoja penetrara. Tuala le acuchilló otra vez, con espantosa furia, y entonces Curtis enderezó su colosal estatura con esfuerzo hercúleo, levantó el hacha y en el mismo momento en que Tuala se agachaba para herirle, hizo un molinete maravilloso, único, y dejó caer con tremenda fuerza un hachazo brutal en el cuello de su enemigo.

Fué un grito pavoroso, enorme. ¡Todos gritamos a un tiempo! Vimos la cabeza de Tuala, cortada de un solo tajo, saltar de los hombros, rebotar dos veces en el suelo y rodar hasta los pies de Ignosi. Durante un segundo, el cuerpo de Tuala siguió de pie, con densos y humeantes borbotones de sangre brotando del cuello. Luego se desplomó con estruendo; al mismo tiempo que Curtis, con un suspiro de alivio, cayó sin sentido.

Corrimos ansiosos a bañarle el rostro con agua fría. Muy despacio, entreabrió los ojos; nos miró, sonrió. ¡Bendito sea Dios! ¡Respiraba, vivía!

El sol iba declinando. Me acerqué a la cabeza de Tuala, que yacía sobre un charco de sangre, y quitándole el grueso diamante que llevaba en la rente, lo ofrecí a Ignosi, con ademán solemne y grité:

—¡Salve, rey de los kakuanas!

Ignosi tomó el diamante, apretándolo contra su cabeza con un gesto de unción.

66 el nuevo rey, mirándome maldosamente, pero con agrado—. Sabe el secreto del sitio donde están las piedras diamantes. No temas. Me acuerdo perfectamente de mi promesa. Iréis guiados por ella en busca de eso que llamáis tesoros.

En toda aquella semana fué inútil pensar en nada, porque la vida del pobre John estuvo en serio peligro, y habría muerto a no ser por los desvelos y la admirable devoción de Fulata. ¡Qué días tan amargos! Curtis, restablecido ya, y yo, no hicimos otra cosa más que entrar, salir y rondar de puntillas por la estancia en que el enfermo deliraba. No podíamos darle medicinas, porque carecíamos de ellas, sólo tomaba cierta bebida refrescante que Fulata preparaba con leche y una raíz parecida a la del tulipán.

Ignosi, para mantener un sosiego absoluto en torno al paciente, mandó que todos los habitantes de la casa real se trasladasen a otras chozas. Fulata estaba día y noche al lado del lecho, sentada en el suelo, suministrando a John sorbos de la bebida, o arreglándole las almohadas hechas de hojas de plantas saporíferas.

Al noveno día de enfermedad, antes de acostarnos, Curtis y yo entramos en la estancia. La lámpara de la cabecera daba una luz melancólica y funeral. No se oía nada y nuestro pobre amigo yacía completamente inmóvil. Tuve un sobresalto y se me escapó un sollozo. Pero una voz suave nos dijo amablemente «chist», «chist»...

Al aproximarnos vimos que nuestro amigo no estaba muerto, sino tranquilamente adormecido. ¡Era el sueño reparador! ¡Nuestro querido John estaba salvado!

Así durmió diez y ocho horas.

Fulata, la admirable muchacha, estuvo todo ese tiempo, con las manos extendidas sobre el rostro de John, sin comer, sin moverse, sin hacer el menor movimiento.

La convalecencia fué rápida. Al cabo de una semana, John daba cortos paseos entre huertos floridos, acompañado de Fulata que le salvó de la muerte, y a la que había jurado «un eterno reconocimiento». Soy viejo y comencé a escamarme de ese reconocimiento tan largo y de tan largos paseos.

Apenas John estuvo fuerte, Ignosi comenzó las solemnes fiestas de su proclamación. Todos los «Indunas» o jefes de las provincias, vinieron a jurarle obediencia. Hubo revistas de tropas, danzas y banquetes. Los supervivientes del heroico regimiento de los «Pardos», fueron premiados con tierras y rebaños y se les concedió el grado de oficial. Ignosi declaró en la Magna Asamblea, que de allí en adelante no habría más «cazas de hechizos». Y ordenó que durante nuestra estancia en el reino, se nos rindieran honores reales y la salutación dinástica: «¡Krum! ¡Krum! ¡Krum!»

El último día de los festejos nos dirigimos al rey para decirle que había llegado el instante que se nos condujese al sitio de «las piedras blancas que brillan».

Ignosi nos abrazó con afecto.

—Nada he olvidado; al contrario, me he enterado de lo que hay de cierto en cuanto os refirieron. La calzada blanca termina al pie de las montañas llamadas las «Tres Hechiceras», donde se encuentran las figuras de piedra de los «Silenciosos». Hay allí una gran cueva, en la que hombres de edades remotas escondieron, según dicen, las piedras que brillan.

Además hay una caverna profunda y terrible, donde «vive la Muerte». Allí están mis antepasados, los reyes kakuanas; allí ha ido el cadáver de Tuala. En el fondo de la caverna hay una cámara misteriosa, de la que sólo Gagula conoce el secreto. Dicen también que hace mucho tiempo, vino un hombre blanco y fué con-

—Quieres decir que conoce el secreto de los «Silenciosos», ¿verdad?—me pregun-

ducido por una mujer a la cámara secreta, donde vió riquezas enormes, de las que nosotros despreciamos y vosotros codiciáis. No tuvo tiempo de echar mano de los tesoros, porque la mujer lo traicionó, y el rey de entonces lo echó más allá de los montes.

—Toda esa historia es cierta—repliqué—. ¿Recuerdas que al pasar los montes encontramos el cadáver de ese blanco?

—Tan lo recuerdo, que he llamado a Gagula para ordenarle, so pena de muerte, que os guíe a la cámara del tesoro. Las riquezas que encontréis, vuestras son.

En aquel momento se entraron dos soldados, llevando de los brazos a la repugnante ruja, que venía echando maldiciones. Apenas la soltaron, se acurrucó en el suelo, como un montón de harapos.

—¿Qué quieres de mí, Ignosi? Si te atreves a tocarme, morirás. ¡Tiembra ante el poder de mi hechizo!

Ignosi le contestó con indiferencia:

—Tus malas artes no lograron salvar a Tuala. ¡Me río de ellas! Y lo que te mando es que acompañes a mis amigos a la cámara del tesoro, donde están las piedras que brillan.

—¡Jamás! ¡Eso no lo haré jamás! Los malditos blancos se irán con las manos vacías.

—Como quieras, pero entonces, prepárate a morir.

—¡Morir!—gritó la bruja furiosa, llena de terror—. ¿Matarme a mí? Nadie se atreverá a matarme. ¿Sabes quién soy? ¿Cuántos años tengo? Nadie se atreverá a tocarme.

Muy sereno, Ignosi inclinó su azagaya.

—¿Quieres hablar?

—¡No!

Ignosi tocó con la punta del hierro el montón de harapos entre los cuales relucían los verdes ojillos de la bruja.

Con un aullido, Gagula se incorporó y volvió a desplomarse, revolcándose en el suelo.

La lanza la perseguía implacable.

—¿Hablarás, por fin?

—Sí, hablaré—murmuró—. Pero déjame levantar, déjame vivir, sentarme al sol, respirar. ¡La vida! A pesar de todo, ¡qué bueno es vivir!

—¡Calla! Mañana, con Infandós y con mis hermanos los blancos, irás a enseñarles la cámara y el secreto de las piedras. Pero, ¡cuidado! A la más leve sombra de traición, morirás entre tormentos.

El rey levantó su lanza, volvióse, y todos le acompañamos. Gagula, hecha un ovillo palpitante, se quedó sola, acurrucada bajo el sol que inundaba la inmensa explanada.

—XVI—

## LA CAVERNA REAL

Tres días después, al atardecer, estábamos acampados delante de las «Tres Hechiceras», las montañas que tantas veces había contemplado desde lejos.

Habíamos salido de Lu acompañados de Infandós, de Fulata, de Gagula, a la que conducían en una litera y una fuerte escolta. Estábamos rendidos de emoción y cansancio. Y hasta el día siguiente no nos decidimos a examinar el extraño paraje.

Jamás olvidaré el momento en que vimos, a la luz temprana, los tres elevados montes, dispuestos en triángulo, irguiendo majestuosamente sus cumbres nevadas. Un matorral florido, cubría las faldas de los tres montes y por los grandes descampados que los separaban.

La calzada de Salomón seguía en línea recta hasta la Hechicera central. En ese monte, de granito, debían hallarse las legendarias minas que habían sido el imán de tantas vidas malogradas, peligros y aventuras. Todos los que vayan tras de esas minas (había dicho Gagula varias veces, durante el camino) no hallarán más que dolor. Nosotros íbamos bajo la pro-

tección real, acompañados de servidores y guardias... Y, a pesar de todo, sentíamos que nos agobiaba el corazón, secretamente, la profecía de la espantosa mujer.

Sin embargo, al emprender la marcha era tan viva nuestra ansiedad, que los portadores de la litera de Gagula casi no podían seguir nuestros pasos. La maldita bruja gritaba, extendiendo hacia nosotros sus brazos descarnados y sus manos como garras de buitre.

—¡No os apresuréis, hombres blancos! No hay que correr: la muerte es fiel y espera. ¿Para qué correr tras ella? ¡Despacio, que ya moriréis!

A estas macabras frases y su carcajada estridente, que nos helaba la sangre en las venas, acortábamos el paso... Pero pronto volvíamos a correr bajo el irresistible impulso de la curiosidad y la esperanza.

Habíamos dejado atrás las dos «Hechiceras» que forman la base del triángulo, cuando llegamos a una inmensa excava-

ción circular de unos trescientos pies de profundidad por medio kilómetro de circunferencia. Entre las hierbas se veían grandes manchas de arcilla azulada; en el fondo, se marcaba la ranura de un canal de desagüe, y por debajo algunas mesas o plataformas de piedra, pulidas y desgastadas por el tiempo. Todo era semejante a lo que tantas veces había visto en las minas de diamantes de Kimberley. Así lo dije a mis amigos; era indudable que en lejanos tiempos hubo allí grandes minas de diamantes.

La calzada, al llegar a la excavación, se dividía en dos ramales que la circundaban. Pero lo más sorprendente era, un grupo de tres moles, que destacaban como colosales torreones. Adivinamos que esos debían ser los «Silenciosos», los ídolos legendarios, tan temidos del pueblo kakwana, y a los cuales se ofrecían los sacrificios sangrientos. Al llegar a ellos pudimos apreciar la extraña y melancólica majestad de las vetustas figuras.

Separadas por una distancia como de veinte pasos, sobre enormes pedestales de piedra negruzca, en los que aparecían caracteres de un alfabeto desconocido las tres formas gigantescas, solitarias, inmó-

viles sobrecogían con su figura maciza. Una de las estatuas era femenina; otras varoniles; estaban sentadas y medían ocho metros de altura.

La estatua de mujer tenía a los lados de la cabeza dos cuernos como los del creciente lunar; sorprendía por la severa belleza de sus facciones, maltratadas por las injurias de los siglos. Las figuras de hombre estaban mejor conservadas y eran feísimas y terribles. Las tres, en conjunto, formaban una trinidad pavorosa, macizas, enormes, con las miradas vagas y perpetuamente perdidas en el insondable horizonte. ¿Eran dioses? ¿Eran diablos? ¿Diablos, tal vez? ¿Reyes olvidados? Yo, apoyándome en mis lecturas pensé que serían unos de aquellos dioses falsos que Salomón adoró, «Asthoreth, diosa de los sidonios; Chemosh, dios de los moabitas, y Milcolm, dios de los hijos de Amnó».

—¿Qué opina usted?—dije a Curtis.

—La Asahoreth, de los hebreos, es la Astarté de los fenicios, los más grandes comerciantes en tiempos de Salomón. De



Astarté sacaron los griegos su Afrodita, y prueba de ello es que primitivamente la representaban con el cuarto creciente lunar. Si Salomón tuvo aquí sus minas, era probable que estuviesen dirigidas por ingenieros fenicios. Acaso fueron éstos quienes levantaron la estatua de su diosa preferida. ¿Quién sabe?

—Es probable.

Mientras contemplábamos las estatuas Infandós llegó junto a nosotros y saludó profundamente, con su lanza extendida, a los tres «Silenciosos». Y nos preguntó si queríamos penetrar en la caverna, o almorzar primero. Como era temprano y nuestra curiosidad era tremenda decidimos descifrar el misterio cuanto antes, llevándonos provisiones por si en las entrañas del monte nos acunaba el hambre. Infandós hizo que se acercara la litera de Gagula, y Fulata preparó en una cesta una buena comida y dos calabazas de agua.

Entretanto dimos la vuelta a las tres ingentes figuras. Detrás de ellas, a unos cincuenta pasos, alzabase la «Hechicera», el monte vértice del triángulo. En la base misma había una muralla de piedra; y en medio de ella aparecía un arco oscuro, como la entrada de un túnel. Aguardamos a que sacaran a Gagula de su litera. Apenas tuvo un pie en el suelo, la bruja

tomó su cayado, y doblándose por la cintura se encaminó, con pasos vivos y rápidos, hacia la boca subterránea. Nosotros la seguimos sin hablar palabra.

Al llegar a la abertura, Gagula se detuvo, volvió su cara hacia nosotros, con una horrenda sonrisa y nos dijo.

—Hombres de las estrellas: ¿estáis decididos? ¿Queréis penetrar en la caverna donde las piedras brillan?

—¡Claro que sí!—contesté yo, alegremente.

—¡Bien! Entrad. Preparaos a ver cosas horribles... Y tú, Infandós, tú que hiciste traición a tu dueño, ¿quieres entrar también?

El anciano guerrero mostró visible repugnancia.

—Yo no soy quién para entrar en los sitios sagrados. Pero oye, Gagula, ¡mucho cuidado! Los hombres blancos son amigos del rey. Tu cabeza responde por ellos. Con que les suceda la menor cosa, bastará para que mueras entre espantosas torturas.

—Te oigo y te entiendo—contestó Gagula, con su fría y repugnante sonrisa—. ¡No temas! Vivo para cumplir la voluntad del rey y he visto a muchísimos reyes. Los reyes acabaron también por cumplir mi voluntad. Todos, todos murieron. Sólo yo sigo viviendo, para visitarlos en su palacio mortuario. ¡Venid! Ya está encendida la lámpara.

Había sacado de entre las pieles que la envolvía, una calabaza llena de aceite, con una gruesa mecha de fibra.

—¿Vienes, Fulata—preguntó John.

—Tengo miedo—murmuró la muchacha.

—Bueno. Quédate, pero dame la cesta. La muchacha vaciló un instante y exclamó.

—¡No puede ser! Donde vaya mi señor he de ir con él.

—¡Malo!—pensé—. Hasta en el fondo de las minas vamos a seguir con el cuento. Esa muchacha nos va a acompañar hasta el día del juicio.

Gagula había entrado ya en el túnel, cuya estrechez apenas permitía que pudiéramos caminar de dos en dos. Las tinieblas eran absolutas. Alas de invisibles murciélagos nos rozaban. Y más que por la luz temblorosa de Gagula, íbamos guiándonos por su voz chillona, que repetía monótonamente:

—¡Seguid! La Muerte está cerca.

De pronto percibimos una vaga luminosidad. Y a poco después desembocáramos en el más extraordinario paraje que ojos humanos hayan podido contemplar.

Sólo puedo compararlo con la nave de una catedral inmensa, de leyenda o de ensueño, sin ventanales, iluminada sólo por una luz misteriosa y difusa que parecía descender de las altas bóvedas. En esta gigantesca nave había largas hileras de columnas altísimas, delgadas como mástiles, de un cristalino color de hielo. A ambos lados de la nave abriáanse cavernas como capillas. A cada paso descubríamos nuevas construcciones raras, de la misma materia cristalina. Un aire gélido, de penetrante frescura, circulaba por el interior de la nave. Y por todas partes oíamos un lento rumor de gotas.

Nos hallábamos en una gruta de estalactitas, de incomparable hermosura.

Gagula no nos dejó que empleáramos mucho tiempo en admiraciones. Impaciente, golpeando el suelo con el cayado y alzando la mortecina lámpara sobre su cabeza, nos daba prisa, con siniestros alidos:

—¡Vamos, vamos, que la Muerte nos está esperando!

El capitán intentaba aún bromear con la horrenda criatura. Pero cuando nos arrastró tras de sí hacia el fondo de la nave, hasta pararse ante una puerta oscura,

Continúa en la Pág. 11

# EL LOCO CARRIL

## POR FONTAINE FOX

"ANGELITO"



"¿CÓMO, VAS A CAZAR PATOS SIN UN PITO PARA LLAMARLOS? ¡QUE TONTO ERES!"



"¡TOMA! ¡ESTO SIRVE PARA LLAMAR LOS PATOS! ¡NO TIENES MÁS QUE SOPLAR!"



"¡ESO ES! ¡ASÍ PODRÁS CAZARLOS!"

¡CUÁ, CUÁ!



"CUANDO EL PATO OYE ESO CREE QUE ES OTRO PATO Y SE ACERCA, ENTONCES DISPARAS..."



"¡PERO NO FALLES EL TIRO Y NO TE ATREVAS A VOLVER A CASA SIN TRAER POR LO MENOS UN PATO!"



"¡SU CHICO PARECE VERDADERAMENTE UN HOMBRE!"

¡CUÁ, CUÁ!



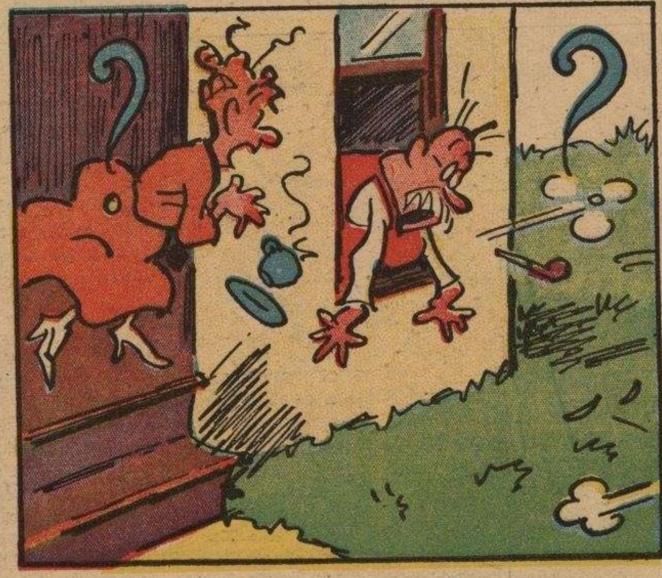
"¡LE PEGASTE, TILO!"



"¡PERO CAERÁ AL OTRO LADO DE LOS ÁRBOLES!"



"NO PODREMOS ENCONTRARLO, LO MEJOR ES ESPERAR A QUE VENGA PANCHO CON LOS PERROS."



"¡CARACOLAS, Y ES BIEN GRANDE!"

**H**ACE un par de semanas, los poderosos buques de guerra de la escuadra del Tío Sam, todos pintados de gris, levaron anclas en los puertos de la costa del Pacífico donde tienen sus bases, pusieron rumbo al Sur y se dirigieron hacia el canal de Panamá y el océano Atlántico. Por primera vez en varios años, los buques que constituyen la mayor y más fuerte parte de la defensa marítima norteamericana, se encontraban mirando hacia Europa, sin el obstáculo ante ellas del continente occidental.

La razón aparente para semejante viaje es que este año se inaugura la gran Exposición de Nueva York, y la presencia de la flota en la gran urbe se hacía indispensable para darle esplendor a semejante acontecimiento. Pero son muchos los ciudadanos norteamericanos que cavilan sobre el asunto y llegan a la conclusión de que no es sólo el motivo de la presencia de la flota en aguas del Atlántico.

Cuesta mucho dinero, como es bien sabido, trasladar los grandes acorazados norteamericanos y los innumerables destroyers de un mar a otro. Además, las condiciones del Oriente parece que habían constituido hasta ahora una buena razón para mantener la armada en el Pacífico. De manera que nada tiene de particular que mucha gente esté comentando el viaje de los barcos de Uncle Sam a Nueva York y encontrándole al hecho explicaciones que nada tienen que ver con la Exposición de la ciudad de los rascacielos.

Hay ciudadanos en los Estados Unidos que explican la actual actividad de la flota de guerra, en la siguiente forma:

Las naciones de Europa que a pesar de su importancia no disponen de las indispensables materias primas, se encuentran soliviantadas estos días, y a menos que las noticias que se propagan en Norteamérica sean engañosas, están volviendo los ojos hacia Hispanoamérica. Y es un punto fundamental de la política del presidente Roosevelt ponerle coito a semejantes designios por parte de cualquier nación europea... Nada más natural, entonces, que una demostración bien visible de que la Armada yanqui está decidida a evitar cualquier tentativa europea encaminada a ocupar territorios suramericanos.

La sola presencia de la escuadra en el Atlántico, por supuesto no tendría gran significación como advertencia hacia las naciones agresoras. Pero mientras se encuentre en dicho mar, estará también realizando maniobras que si son significativas. Porque, según parece, esas

# ¿Cómo se defende el continente de la Armada del Tío Sam?

ción, indudablemente lo harían creyendo que Norteamérica, amiga de la paz, no usaría de la fuerza para evitar semejante atentado, o que demoraría su acción hasta que fuera demasiado tarde.

De todas maneras esta hipotética potencia europea prepararía una fuerza expedicionaria, la armada más fuerte que pudiera reunir y todos los accesorios necesarios para llevar a la práctica, con éxito, semejante descabellado proyecto. Supongamos, por ejemplo, que el mencionado territorio agredido fuera el del Brasil.

Ahora examinemos la situación para ver con que grado de efectividad la flota norteamericana podría derrotar a los agresores.

Lo primero que observamos es que la armada yanqui es la más fuerte en acorazados, lo que quiere decir que si los agresores presentan batalla, serían inevitablemente derrotados. Lo segundo, que del punto europeo más cercano al Brasil — del Mediterráneo a Pernambuco — hay 3000 millas de distancia, mientras que de Pernambuco a las bases que

canos. Los buques, por supuesto, son como no... los invasores; pero como no... guerra en absoluto. Ello es... los submarinos puedan... formado al comandante... de la posición exacta... el comandante... su flota hacia el Sur y... en las cercanías de Pernambuco... preparado para...

**D**IA y... la flota invasora... Hispanoamérica, los submarinos norteamericanos son visibles en... Hacia el Oeste, la... solo para... Los aviones de combate... desde los buques, comienzan... la armada europea. Su... a los invasores, pero desde... en que abatan a uno solo... con los Estados Unidos... Pero no... Grandes aviones bombardean... a aparecer volando... establecidas a lo largo de... del Brasil. Los invasores no... olvidar por un solo instante... constantemente bajo los... armada norteamericana.

Desde... los invasores comienzan... al aire los aviones... Y las nuevas que traen son... más inquietantes. Más adelante, más allá del meridiano 30, la... flota norteamericana de batalla... militar, manobra lista... en acción. Y no hay nación... con excepción de Inglaterra... tantos acorazados como el Tío Sam.

Todo lo... al comandante de la flota... una situación poco confortable... rodeado por los buques hostiles... agarrados en formación de batalla... a asestarle un golpe decisivo.

maniobras tienen por objeto la realización de ejercicios tácticos encaminados a la defensa del continente hispano, y la lección será clara para todos, incluso para los estados que quieren obtener a toda costa territorios productivos.

Nadie sabe cuales serán los ejercicios que la flota norteamericana realizará, pero no deja de ser interesante especular sobre la forma en que serán llevados a cabo, sobre la manera en que los buques norteamericanos podrían impedir que las potencias europeas asentaran sus plantas en el continente que conquistarán y civilizarán Portugal y España.

**SUPONGAMOS**, por ejemplo, que una potencia europea o un grupo de ellas decida que ha llegado la hora de echar a un lado la Doctrina de Monroe y entrar en posesión de cualquier territorio perteneciente a una nación iberoamericana. Al tomar semejante resolu-

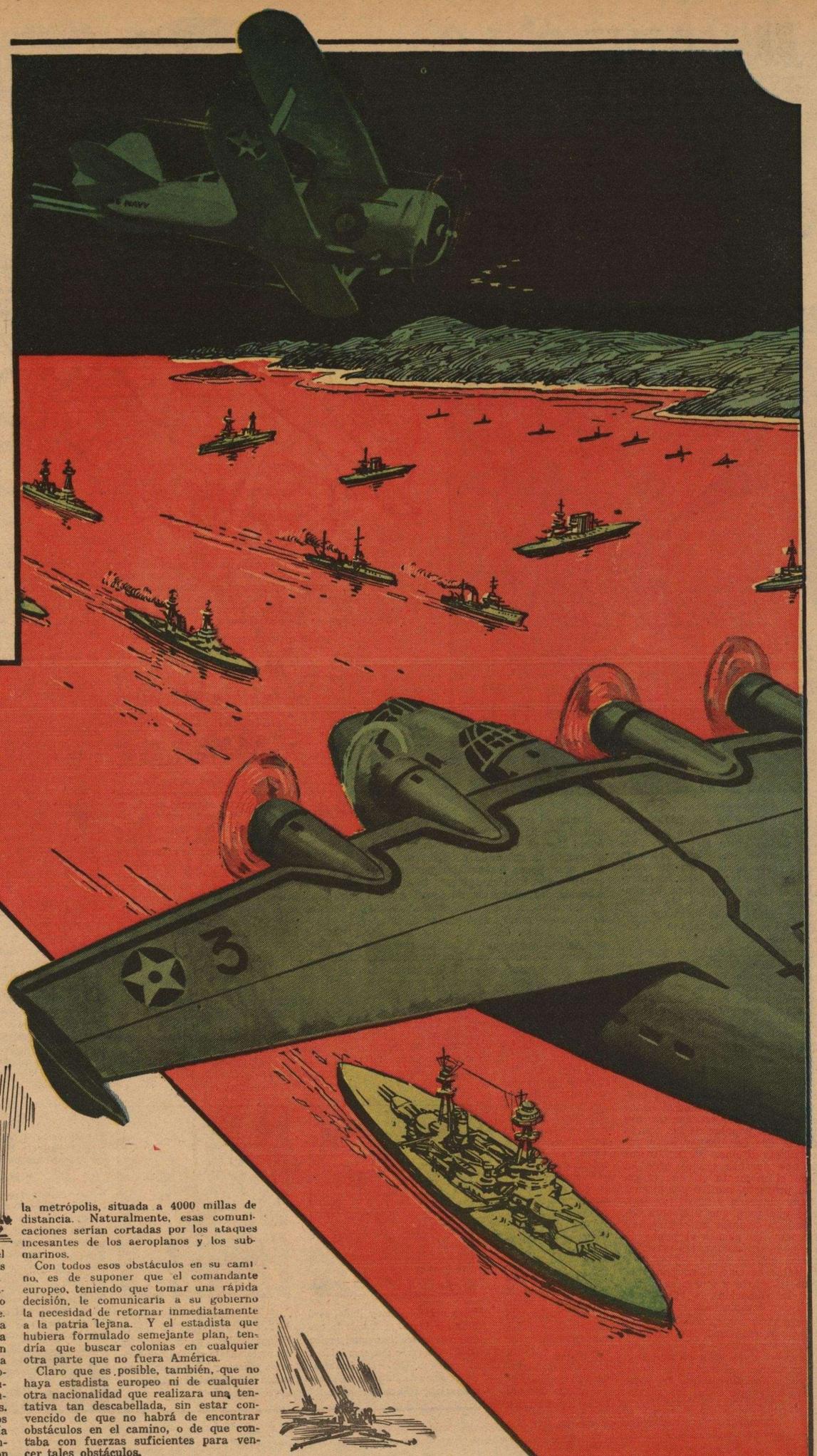
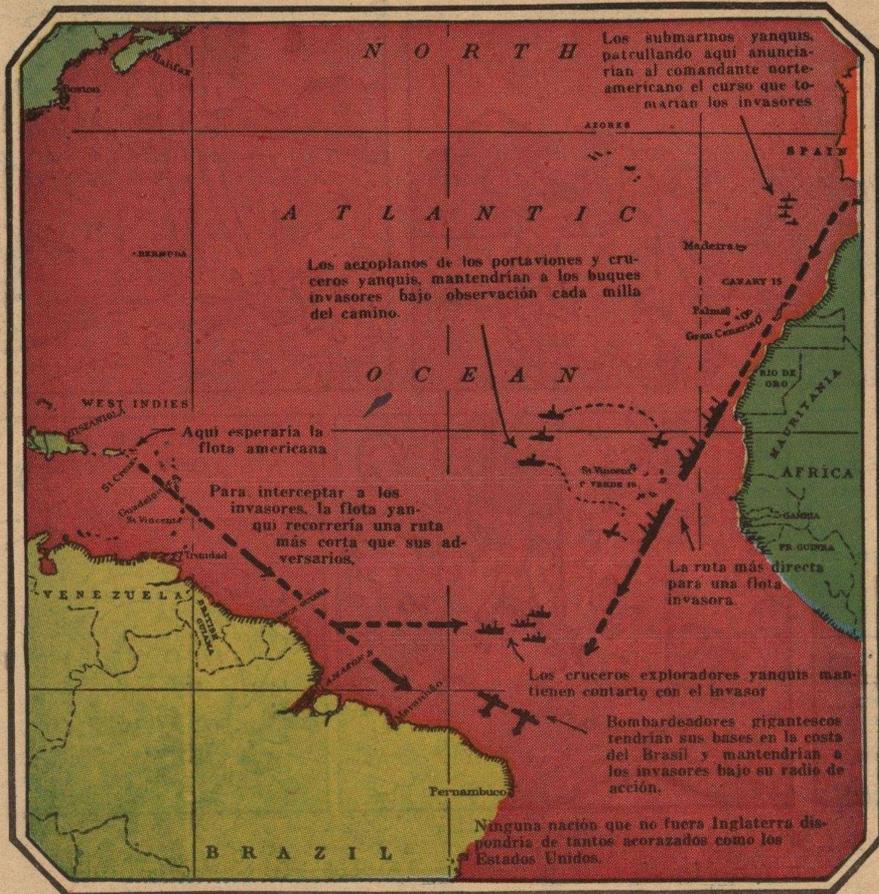
los norteamericanos poseen en el Caribe, solamente 2100. Ello quiere decir que el comandante norteamericano puede aguardar para hacerse a la mar, hasta que los buques exploradores de la flota le indiquen el rumbo que traen los europeos.

**U**NA división de submarinos norteamericanos, de gran radio de acción, está operando frente a Gibraltar. La guerra no ha sido declarada todavía y Norteamérica está ansiosa de evitarla si ello es posible. Dichos buques, por lo tanto, usarán sus periscopios y sus aparatos de radio, en lugar de sus torpedos.

Los submarinos avistan la flota europea cuando pasa frente a la base naval de Inglaterra en el territorio español, y por radio envían la noticia al comandante norteamericano. Los buques invasores pueden hacer una maniobra y navegar hasta el meridiano 30 antes de tornar hacia el Sur, pero ello solo haría más largo el camino, de manera que lo más lógico es que tomen la ruta directa, que los haría pasar entre la costa africana y las islas Canarias. Viajarían, naturalmente, como una unidad compacta, los transportes ocupando el flanco oriental.

Conforme la flota avanza, le van siguiendo los submarinos norteamericanos.

Al ir llegando a Suramérica, el invasor se encontraría a la escuadra de los Estados Unidos lista para presentarle batalla. El mapa de la izquierda muestra las probables maniobras en la hipotética invasión.



# ¿INVADIRÁ LA OPERA LOS DOMINIOS DEL CINE?



**M**UCHO se ha discutido sobre si la ópera tiene o no aceptación entre el público cinematográfico. Y al decir la ópera nos referimos, no a las romanzas que tan bien y con tanto éxito ha interpretado en el cine, por ejemplo, la simpática Grace Moore, sino a las óperas tal como se cantan en el "Metropolitan Opera House" de Nueva York o el "Colón" de Buenos Aires.

Se asegura que el público del cine, al menos en los Estados Unidos, se opone a que se le den películas donde, de principio a fin, los personajes hablen cantando. Sin embargo, hay un hombre en Hollywood que cree y espera que algún día, acaso no muy lejano, la ópera pueda ser trasladada al celuloide en una forma que sea del agrado de los públicos yanquis. Se trata de Boris Morros, el rotundo director musical de la Paramount.

Se dice que el citado músico está enamorado de la idea de trasladar al lienzo la ópera "Carmen", por estimar que esa es, acaso, la más popular de las óperas actuales y la que con mayor éxito pudiera trasladarse al cine. El Sr. Morros no niega que durante quince años ha soñado con el momento en que pueda realizar su proyecto, motivo por el cual todo lo tiene planeado y hasta previsto. Como sabe que para que una obra semejante pudiera triunfar en el cine hay que tener muy en cuenta el punto de vista que pudieran tomar las grandes concurrencias que en todas partes acuden a las salas de cine, él asegura que sabe lo que les gusta y que si se le encomendara la filmación de "Carmen", todos quedarían complacidos.

—La ópera debe ser cambiada al llevarse al cine, de manera que a los norteamericanos les guste,—ha dicho el director ruso.— Y lo primero que hay que hacer es traducir al inglés los libros de las obras, con el fin de que los yanquis entiendan lo que dicen los personajes.

Según el Sr. Morros, la primera dificultad que hay que vencer para que una ópera llevada a la pantalla tenga éxito, es esa de la extranjería de los artistas. Son muy pocos los artistas norteamericanos que pueden cantar bien una ópera. Además, los cantantes de ópera actúan de una manera muy distinta a la de los artistas de cine, exagerando la actuación y dándole énfasis a todas las frases, por simples que sean. Es también esa una dificultad que hay que vencer. Hay que lograr que artistas nativos de buena voz se dispongan a cantar la "Carmen" a la manera en que Bing Crosby, por ejemplo, modula sus tonadas populares.

**L**A edad de los cantantes que lleven al cine las óperas más populares, es otra de las dificultades que habrá que vencer si se ha de tener éxito con el proyecto del Morros. Etendámonos: para cantar en los teatros de ópera de primera categoría del mundo, todo lo que se exige es buena voz, sin que la edad o la figura del divo o la diva resulten obstáculos. Así muchas veces hemos visto a una Manon o una Carmen de cerca de sesenta años, haciéndole creer al público que por sus venas corre todavía el fuego de la juventud que las lleva a sus inmortales aventuras



amorosas. Pero la diva que interprete una ópera para el cine, no puede tener el cuerpo de tonel, ni es tampoco conveniente que el Don José de la "Carmen" que sueña el Sr. Morros tenga la panza que se gastaba Caruso.

★ Pero ese problema de la apariencia de las divas no es insoluble ni mucho menos. Y buena prueba de ello es la incorporación al cine de Florence George, una cantante que acaba de llegar a Hollywood después de haber cantado "Rigoletto" con la Chicago Civic Opera. Florence George es tan bella, que quien ve su fotografía en un periódico cree mejor que se trata de la vencedora en un concurso de belleza, que de una soprano.

★ Casi todas las grandes compañías de cine cuentan con los servicios de cantantes de ópera que en un momento dado le puedan dar al público los trozos más selectos de las óperas más populares. La moda la inició la Columbia con Grace Moore, quien obtuvo un éxito rotundo en "Una Noche de Amor". Luego, como la palabra "amor" fué considerada como de buena suerte, vinieron también sus grandes éxitos en "Amame siempre" y "Cuando se siente el Amor". En la última película de la esposa del actor español Valentín Parera, la palabra "amor" ha sido cambiada por "romance" y en inglés se le dió el título de "I'll Take Romance". ("Decido por el romance".) Para que no todo fuera ópera, en sus últimas películas la Moore ha estado cantando romanzas inmortales de Verdi o Puccini y canciones populares.

**E**L cine en español, que todavía no está en condiciones de realizar toda la suerte de experimentos que está realizando el norteamericano, sí ha tomado

los argumentos o libretos de algunas óperas para producir películas que honran la cinematografía hispana. Entre ellas, naturalmente, sobresale la "Carmen" de Imperio Argentina que acaba de exhibirse en los Estados Unidos y ha estado alcanzando un éxito clamoroso en todos los países de nuestra lengua donde se ha presentado.

La labor de Imperio Argentina en "Carmen" es de tal magnitud que mucha gente la está proclamando única entre las artistas de cine de todos los países. Y es que Imperio Argentina reúne cualidades que en muy pocos casos alcanzan a una sola artista: es una gran actriz, canta con gusto, maestría y buena voz, baila divinamente toda clase de bailes españoles y es de belleza tan auténtica como sugeridora. Por supuesto, la "Carmen" de Imperio Argentina, aunque una obra musical, no ha tomado un solo compás de la ópera "Carmen", de la que se difiere también totalmente en otros aspectos. La Carmen que interpreta Imperio Argentina es, en una palabra, más española que la que creara la fantasía de un extranjero.

La otra película operática hecha recientemente en español es "La Vida Bohemia", una cinta hecha en Hollywood y protagonizada por la también artista española — y madrileña — Rosita Díaz. También esa actriz, que es una de las primeras artistas de cine de la raza, ha logrado sacarle artido al papel de Mimí. Un grupo de artistas sobresalientes entre los nuestros toman parte en la mencionada cinta.

El papel de Rodolfo ha sido interpretado por Gilbert Roland, el actor mejicano cuyo verdadero nombre es Luis Alonso.



**EL DIJO:**

"Esa niña será muy linda, será muy afectuosa, será todo lo que quieras...pero ¡hermano! ¿quien se le va acercar con esos labios? ¡Parece que le hubieran derramado un pomo de pintura! Tu sabes que los labios pintados repelen..."



**ELLA HIZO:**

...lo que toda mujer inteligente: dejó de pintarse y usó Tangee... Ni que hablar, que la decepción del pretendiente se tornó en sorpresa primero y luego en ardiente pasión... y de ahí al matrimonio el paso fué breve.



Tangee se diferencia de otros lápices porque NO pinta — pues no es pintura. Pasándolo ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vivido lo da el nuevo Tangee "Theatrical". ¡Y siempre luce usted "naturalidad" que encantan! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee ("Natural" o "Theatrical").

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama  
**TANGEE**  
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

por arriba y ensanchada en su base como las egipcias, y nos preguntó si estábamos preparados para entrar en la cámara de la Muerte. todos nos detuvimos inquietos y serios.

—Esto se va poniendo mal!—murmuró Fulata. Los más viejos que van adelante, Pase usted, Quartelmal!

La invitación me hizo poca gracia. Pero como después de la puerta egipcia me encontré en una especie de corredor inclinado cubierto por una recia bóveda y no advertí nada anormal, seguí avanzando. La lamparilla de Gagula agonizaba. A los pocos pasos, en plenas tinieblas, me paré asustado por un extraño presentimiento.

—¡Adelante! ¡Adelante!—gritó John, que me seguía con Fulata, agarrada, asustada y temblando.

Logré vencer mi recelo, y casi pegados a otros, desembocamos en un gran espacio subterráneo, que debió ser excavado por gigantes en las entrañas del mundo.

La estancia no tenía una luz tan clara como la catedral de estalactitas y al principio sólo pude entrever algo así como una enorme mesa de piedra, como un altar prehistórico, base de una figura que parecía presidir a otras en suyo. Luego distinguí, en el centro de la mesa, una forma sentada; y cuando me acerqué, acostumbrado a la oscuridad, comencé darme cuenta de lo que eran las misteriosas sombras, habría echado a correr si Curtis, que me llevaba del brazo, no me hubiese sujetado con toda su fuerza. Tuve que resistir, temblando de pies a cabeza. Pero también él había acostumbrado sus ojos a la luz de la caverna; y descubrió lo que yo había visto, me llevó en seguida, con una exclamación de asombro, y quedose clavado en el suelo, con la mirada absorta, limpiándose el sudor de la inundada las sienes. Fulata comenzó a dar gritos. La infame Gagula nos contemplaba sarcástica.

Lo que contemplábamos era espeluznante. En la cabecera de la mesa granítica estaba la Muerte, un horrible y gigantesco esqueleto, de pie, inclinado hacia el borde, con uno de los brazos apoyado sobre el borde, como si acabase de levantarse de un asiento invisible, y levantando con el otro una formidable lanza, en actitud de arrojarla contra nosotros. La lámpara albeaba lúgubremente; de las órbitas brotaba como un fulgor, y con las mandíbulas entreabiertas parecía como si quisiera a hablar, a revelarnos algún terrible misterio.

—¡Santo Dios!—dije casi desfallecido—, ¿qué es esto?

—¡Y las figuras que están alrededor?—balbuceó John.

Gagula levantó su lámpara, cogió del dedo al lord e indicando con un dedo la extraña figura, exclamó:

—¡Acércate, Inkubú, tú que desprecias el miedo! ¡Acércate, y mira al que matas con tus propias manos!

Dió un paso y retrocedió, con un grito de espanto. Sentado sobre la mesa, con las piernas cruzadas y la cabeza sobre las rodillas, estaba el cadáver de Tuala, el que fué rey de los kakuanas... Estaba cubierto con una especie de película gelatinosa, que lo hacía más repugnante, y cuya índole me fué imposible adivinar hasta que percibí el gotear continuo de agua, cayendo sobre el pescuezo y resbalando a lo largo del cuerpo, para filtrarse después en un agujero abierto en la mesa. ¡El cuerpo de Tuala estaba contritiéndose en una estalacmita!

Las demás figuras en torno de la mesa eran las de los reyes kakuanas convertidas ya en estatuas. Conté hasta treinta estatuas; esta es la manera cómo las kakuanas conservan los cuerpos de sus reyes. Los petrifican, exponiéndolo durante siglos a las goteras que lentamente van

transformándolos en pétreas figuras. Nos hallábamos en el más extraordinario panteón que hayan visto los hombres.

¿Y la Muerte, cómo estaba allí? ¿Quién pudo esculpir aquel estupendo esqueleto? ¿Era una escultura fenicia? ¿Fué colocada allí en tiempos del rey Salomón, para guardar con su presencia el tesoro escondido?... No sé, y Dios me libre de querer averiguarlo.

—XVII—

### EL TESORO DE SALOMON

Se nos hizo tan insoportable el espectáculo que yo, nervioso ya con tanta pesadilla, alcé la voz para gritar a la bruja que nos llevara a donde estaban los tesoros, o de lo contrario volveríamos atrás en el acto.

Apenas me oyó, Gagula volvió a tomar su lamparilla, diciendo:

—¡Entrad, hombres blancos, entrad, si no tenéis miedo!

Miramos, buscando algún paso y sólo vimos el muro granítico de la caverna.

—¡Gagula!—grité—; ¡basta ya de bromas, o mueres!

—Pero, ¡si aquí está la puerta, hombres blancos! ¡Miradla, aquí está!

Y mientras hablaba, apoyada de espaldas contra la roca, iba tentándola disimuladamente con sus manos huesudas.

Vimos de pronto que un gran trozo de roca se alzaba lentamente y desaparecía

Las piedras brillantes vinieron aquí hace millares de años. Finalmente, hace muchísimo tiempo, de improviso se presentó un hombre blanco, venido quizás también de las estrellas. El blanco, acompañado de una muchacha kakuaña recorrieron estas mismas cavernas; y sucedió que, por casualidad, la mujer, que tal vez fuese yo misma u otra muy parecida, descubrió el secreto del peñasco. Entraron y llenaron de piedras brillantes un saquito de cuero. Al salir, el blanco todavía cogió otra piedra, mucho mayor que las anteriores...

—¡Continúa! grité anhelante—. El blanco era don José de Silveira. ¿Qué sucedió?

Gagula retrocedió asustada.

—Cómo sabes ese nombre? ¡Es posible!... Pues bien: nadie sabe lo que ocurrió. El blanco tuvo miedo, arrojó el saco y huyó, llevando sólo consigo, apretada en el puño, la mayor de las piedras. ¡Esa es la que Tuala llevaba en la frente!

—¿Y nadie más ha penetrado aquí?

—¡Nadie más! ¡Y ahora, entrad! En prueba de que no menté al hablar de aquel blanco, a poco trecho de esta abertura, veréis en el suelo el saco de cuero relleno de piedras... ¡Y si las profecías mienten al anunciar la muerte a los que aquí penetran, vosotros mismos lo veréis!

Calló la bruja y atravesó la puerta, levantando la pálida lamparilla de acei-



te. Nos miramos unos a otros, como dudando, casi sobrecogidos y descompuestos. John fué el más animoso:

—¡Qué demonio!—exclamó—. Sería ridículo dejarse asustar por las necesidades de una vieja. Yo entro. ¡Adelante!

Apenas habíamos dado algunos pasos, cuando oímos un terno rotundo. Era John, que acababa de tropezar y casi cayó contra un gran pedrusco. Gagula levantó más su lamparilla:

—¡No temáis!—exclamó—. Son piedras que hombres de otras edades trajeron con idea de cerrar para siempre la abertura. Debí faltarles tiempo para hacerlo.

Esparcidos por el suelo, se veían, en efecto, los restos de una obra interrumpida: piedras cortadas, cemento, un azadón y un pico, semejantes a los que todavía usan los canteros. Fulata, que desde la entrada en la caverna no cesaba de temblar y lamentarse, se dejó caer sobre una piedra, diciendo que no podía dar un paso más... La dejamos con el cesto de provisiones, para que recobrase fuerzas y seguimos. Pocos pasos más adentro, dimos con un portalón de madera, de varios colores, abierto de par en par. Junto al umbral había en el suelo un saquito de cuero, que parecía lleno de guijarros.

—¡Miradlo!—dijo Gagula—. Ese es el saco de Silveira.

John levantó el saco. Era pesado y sonaba.

—¡Jesús! Pero... ¡si es verdad, si está lleno de diamantes! ¡Véanlo!

—¡Adelante, adelante!—gritó Curtis con impaciencia—. ¡Dame el velón, bruja!

Y arrancando la lamparilla de manos de Gagula, todos en tropel, sin detenernos más ante el saco que John arrojó tras pasamos el portalón abierto. ¡Nos hallábamos en pleno tesoro!

A la pobre luz del velón, sólo vimos al principio, que la estancia estaba excavada en roca viva. Luego vimos blanquear, unos sobre otros hasta la bóveda, inmensos montones de colmillos de elefante. Había, por lo menos, dos millares de enormes colmillos; y ese marfil bastaba, por sí solo, para enriquecernos a todos. ¡De este fantástico depósito debió sacar Salomón «el gran trono de marfil», asombro de todo el Oriente, de que nos hablan los Libros Sagrados! Me acerqué, y, con gran cuidado, toqué suavemente un colmillo con veneración, como si fuesen reliquias. ¡Las gotas de sudor me caían por las mejillas!

—¡Luz! ¡Venga la luz!—gritó John, con voz entrecortada—. ¡Aquí están los diamantes!

Corrimos. Y a la luz de la lámpara divisamos diez o doce arcas de madera estrechas, pero muy largas, pintadas todas de rojo. La tapa de una de ellas presentaba vestigios de haber sido forzada y en medio un extenso boquete. Metí la mano, sin poder contenerme, y la saqué llena, no de diamantes, sino de monedas de oro, tales como nunca las habré visto nadie con signos hebraicos y palmeras y torres, acuñadas en maravilloso relieve.

—¡Válgame Dios! ¡Si parece mentira! ¡Debe haber millones!...

—Pero ¿y los diamantes?—murmuraba John escudriñando los rincones de la caverna—. ¿Dónde estarán esos diamantes? No los veo por ninguna parte. ¡Estaría bueno que sólo hubiese los que el portugués metió en el saco!

Sin duda Gagula comprendió el afán de nuestras miradas y dijo:

—Están allí; en aquel rincón! Tres cofres de piedra, dos cerrados y uno abierto.

La voz sibante de la bruja había tomado un tono más siniestro. Pero, ¡qué! ¡Ibamos a asustarnos? ¡Estaban en aquel lóbrego rincón los tesoros? ¡Pues, adelante con ellos, y luego veremos!

¡Y, en efecto, allí estaban! Eran tres cofres enormes que nos llegaban hasta la cintura. Dos estaban cerrados con gruesas losas de piedra; pero la tapa del tercero aparecía reclinada contra el muro. Metimos la lámpara en el cofre. Al principio nada vimos, deslumbrados por un vago reflejo plateado que fulguraba en la sombra. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a aquel brillo extraño vimos—¡oh inolvidable impresión!—que el sarcófago estaba lleno de diamantes en bruto. Metí las manos en ellos. Saqué un puñado. ¡Eran diamantes, sí! Y el arca estaba rebosante. Entre mis dedos temblorosos sentía perfectamente el roce inconfundible de las piedras preciosas, ese tacto resbaladizo y suave que en las minas de Kimberley llaman «seboso». Nos lo dijimos muchas veces, para convencernos: «¡El arca estaba llena de diamantes! ¡El arca estaba llena de verdaderos diamantes!...»

Permanecíamos atónitos, mirándonos unos a otros. A la escasa luz del velón veía los rostros de mis amigos completamente lívidos. Y —¡cosa rara!—no experimentábamos la menor alegría, sino una especie de torpeza, como si el alma después de haber ansiado tanto, se nos quedase abrumada ante la fabulosidad de aquel tesoro increíble y tangible, sin embargo.

Por fin, murmuré:

—Somos los hombres más ricos del mundo!

John se pasaba la mano por la cara con un gesto distraído.

—No tanto—dijo, con extraña y triste indiferencia—: el valor de los diamantes ha bajado mucho.

—Pero ¿cómo transportarlos? Eso es lo importante; ¿cómo transportarlos!—iba diciendo Curtis ensimismado.

A nuestras espaldas sonó una carcajada que nos aterró. Era Gagula, que con el brazo extendido hacía nosotros reír y gritaba lúgubemente:

—¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! Ya estáis satisfechos, hombres de las estrellas. ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! ¡Cuántas piedras blancas! ¡Centenares y millares! ¡Y todas son vuestras! ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! ¡Cogedlas! ¡Revolcaos como cerdos encima de ellas! ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! ¡Jil! «Comedlas y bebedlas!» ¡Saciad vuestro puerco deseo!

Había algo tan grotesco en aquello de comer y beber diamantes, que me eché a reír estrepitosamente. Mis compañeros, por contagio, también rompieron a carcajadas. Y así estuvimos un rato, riendo como locos, apretándonos los hiales. ¿De qué nos reíamos? Nunca he podido averiguarlo.

De pronto, el manantial de la risa se secó en nosotros, y nos quedamos mirándonos estúpidamente.

—¡Abrid los otros cofres!—aullaba Gagula—. También están llenos. ¡Hartaos, hartaos, hombres de las estrellas!

Sin decir palabra, impelidos por avidez irresistible, nos arrojamos sobre las otras dos arcas, y levantamos las tapas con esfuerzo enorme, brutal. ¡También estaban llenas, rebosando diamantes!... La tercera estaba casi vacía. ¡Pero sus piedras eran escogidas, de un peso y un tamaño increíbles! Algunas eran como huevos pequeños, y las mayores, miradas al trasluz, ofrecían una transparencia suave y amarillenta. Eran «diamantes de color», como los llaman en las minas de Kimberley.

Cogí en mis manos uno de ellos, enorme, y estaba contemplándolo, cuando oímos gritos de angustia en el corredor, y reconocimos la voz de Fulata:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Qué está cayendo la peña!

La voz estridente y enfurecida de Gagula, gritaba con rabia:

—¡Suéltame, maldita, suéltame!

—¡Socorro, ¡Que me matan! ¡Socorro!—volvió a implorar Fulata.

Echamos a correr hacia fuera. A la luz de la lámpara vimos que la puerta de piedra estaba bajando rápidamente, y junto a ella, Gagula y Fulata, enlazadas en una lucha furiosa. De pronto, Fulata cayó bañada en sangre, y Gagula, de bruce, se esforzaba por escurrirse como una sabandija por la rendija que todavía quedaba entre el peñasco y el suelo. Logró introducir la cabeza y los hombros. Pero, ¡era tarde! La enorme piedra la cogió debajo. Se oyó un espantoso grito de agonía. La misteriosa piedra seguía cayendo sobre el cuerpo. Comenzaron a sonar alaridos enloquecedores. Un espeluznante chasquido de cosa seca, aplastada, ¡y la inmensa puerta se cerró herméticamente, maciza e inmóvil en el preciso instante en que nosotros, corriendo, llegábamos a ella!...

Esto duró cuatro segundos, cuatro interminables siglos. Acudimos a Fulata. La pobre había recibido una tremenda cuchillada en el pecho y agonizaba.

—¡Ah, Boguán! (era el nombre que los kakuanas daban a John). Gagula salió. Yo nada sé; estaba medio, desvanecida. De pronto vi que la puerta empezaba a bajar... La vieja volvió a entrar para veros... Después quiso salir; la sujeté... ¡Me dió una puñalada!... ¡Me muevo!...

Me muero!...

—¡Pobre niña! ¡Pobre niña!—gritaba John desesperado.

E incorporó a la pobre muchacha. Hecando de lástima y de sincera ternura.

—Makumazán, ¿estás ahí... Ya no veo...

—Aquí estoy, chiquilla—le conesté con voz desfallecida—. ¿Qué quieres?

—Quiero que hables por mí. Dile a tu amigo que le amé siempre... Dile también que estoy contenta de morir, porque no era posible que él se enamorase de una, pobre muchacha negra...! El sol no puede casarse con la noche!...

Dió un profundo suspiro.

Sus labios callaron, y luego sonrieron suavemente. ¡Había muerto!

Las lágrimas resbalaban a raudales por el rostro de John.

—¡Muerta! ¡Está muerta!

Entonces Curtis, con acento cavernoso dijo muy lentamente:

—No tardarás mucho en volver a verla.

—¿Qué dices?—preguntó John, asombrado.

—¡Parece mentira!—gritó con su gran voz de trueno—. ¿Todavía no han comprendido ustedes que estamos enterrados en vida?

Entonces comprendí cuanto había ocurrido. La enorme masa de piedra estaba cerrada; que el único ser que conocía el secreto de levantara, yacía aplastada bajo ella. Únicamente con dinamita pública sería posible forzarla. ¡Estaba cerrada, cerrada para siempre! ¡Y nosotros dentro!

Durante un rato quedamos sin hablar, con el cabello erizado, junto al cadáver de Fulata. Sólo entonces nos dimos cuenta del plan infernal de Gagula, de sus amenazas, de su siniestra invitación que «comiésemos» y «bebiésemos» diamantes. Eso era todo lo que iba a quedarnos como alimento.

—¡Es necesario hacer algo—dijo Curtis—. ¡Animo! La lámpara se está agotando. Veamos si, por casualidad, encontramos el resorte.

—El resorte!—dije yo—está de la otra parte, por fuera, porque la bruja salió del corredor antes de poner en descanso al peñasco. Si luego volvió fué para vernos por última vez.

—Es cierto; lo demuestra que si la infame bruja intentó escapar por la rendija, fué porque sabía que desde dentro no podía levantar la piedra. Por lo tanto nada tenemos que hacer aquí. Vamos otra vez a la cámara.

Levantamos el cuerpo de Fulata y lo pusimos sobre el suelo, junto a las mismas arcas del tesoro. Recogimos después el ceto de provisiones. Y sentados al lado de los cofres repletos de riquezas, que de nada servían, partimos los víveres en doce pequeños lotes, que a razón de dos bocadillos diarios, podían sustentarnos durante cuarenta y ocho horas.

—Ahora comamos—dijo Curtis—, tal vez nuestra última comida.

Flaco era nuestro apetito. Pero hacía muchas horas que estábamos en ayunas y aquella colación, con ser tan breve remedada con avaros sorbos de agua, nos convirtió hasta el punto de inspirarnos una vaga esperanza. Comenzamos después a examinar detenidamente los muros de nuestra mazmorra, contando con la remotísima posibilidad de que existiese alguna oculta salida. Escudriñamos todos los rincones, retiramos las armas, golpeamos las paredes que más semejaban murallas, sondeamos el piso, exploramos la ennegrecida bóveda, y por fin quedamos rendidos sin hallar nada. La lámpara chisporroteaba y palidecía. Se había agotado casi totalmente el aceite.

—¿Qué hora es, Quartelmar?—preguntó Curtis.

Miré el reloj. Eran las seis. Desde las once estábamos en la caverna.

—Infandós nos habrá echado ya de menos—advertí—. Y si no nos ve regresar esta noche, es casi seguro que empieza a buscarnos...

—Sí—dijo Curtis—; pero, ¿de qué le servirá Infandós ignora el secreto del sésamo, porque sólo Gagula estaba en él. Y aunque acaso pudiera adivinar que la entrada existe, le sería imposible forzarla. Todo el ejército de los kakuanas, con sus azagayas, es incapaz de ahondar tan sólo cinco pies en la roca viva. ¡Y el peñasco tiene por lo menos treinta de anchura! ¡Sólo Dios puede salvarnos!

Hubo un momento de solemne silencio. De pronto, la luz se acrecentó vivamente, iluminando con un rápido y vasto fulgor todo el interior de la cueva. Los altos montones de colmillos blancos, los cofres de dinero, pintados de rojo, el cuerpo de la infortunada Fulata tendido junto a nosotros, el saco de cuero lleno de diamantes, el vago y maldito destello que salía de las arcas abiertas, y nuestros tres lívidos rostros, flacos y macilentos, esperando la muerte.

Después, súbitamente, se extinguió la luz.

### XVIII

#### En las entrañas de la tierra

Me es casi imposible describir con precisión las amarguras de aquella terrible noche. Sólo recuerdo que la divina misericordia, en parte compadecida de nuestras penas, nos permitió conciliar a ratos el sueño. Pero nuestro brusco despertar, a cada momento, era tristísimo. Lo que más me hacía sufrir era el silencio. Un silencio tenebroso, espeso, casi palpable, completo: el silencio de una sepultura cavada en las profundidades del mundo, donde toda la artillería de la tierra, disparando a la vez, y las tempestades del cielo, retumbando a una, no hubieran podido hacer llegar nunca el más ligero rumor, la menor vibración sonora, leve tan siquiera como el zumbido de un insecto... Y una vez despiertos, la espantosa ironía de nuestra situación acababa por volvernos locos. Alrededor de nosotros yacían innumerables riquezas, con las que se podía pagar las deudas de todos los Estados del mundo, construir flotas de acorazados, erigir palacios de oro, hartar el hambre de los miserables y satisfacer las más delirantes imaginaciones... ¿De qué nos servían? ¡Un pedazo de piedra sin valor alguno, pero más duro y resistente que nuestras débiles fuerzas, hacia completamente inútiles tan fabulosos tesoros! Habríamos ofrecido, con infinito júbilo y hasta con agradecimiento, un cofre de diamantes por un solo trozo de pan y una mezcunala palabaza de agua. ¡Más todavía! ¡Todas las arcas y sus diamantes las hubiéramos dado con gusto, a cambio del privilegio de poder morir rápidamente sin esperar ni sufrir!

—Quartelmar—dijo Curtis con voz triste en el preciso momento en que yo pensaba estas cosas—. ¿Cuántas cerillas le quedan?

—Cero.

—Eh, cienda una, y dígame qué hora es. La débil llama casi nos deslumbró después de tan largas tinieblas. Por mi reloj eran las cinco... ¡La aurora estaría entonces saliendo sobre los altos picos de la montaña! Los soldados de Infandós empezaban sin duda a removerse en sus mantas nocturnas, junto a las consumidas hogueras... ¡Qué amargura en el alma! Sólo de pensar estas cosas, las lágrimas nos venían a los ojos.

—Lo mejor sería comer algo—insinuó Curtis.

—¿Para qué?—respondió su amigo—.

¿Cuanto más pronto nos muramos mejor!

—¡No tentemos a Dios!—replicó Curtis solemnemente—. Mientras hay vida hay esperanza!

Hicimos un poco de carne seca y bebimos un trago de agua. Mientras comíamos, uno de nosotros sugirió que nos acercásemos a la puerta y gritásemos con todos nuestros pulmones, porque acaso Infandós, que podría estar ya por el subterráneo buscándonos, oiría el lejano rumor de las voces. John, que como buen marino, tenía costumbre de gritar en pleno aire, recorrió a tientas el corredor y comenzó a chillar escandalosamente. Jamás había oído voces tan formidables, todas fueron tan inútiles como el zumbido de un insecto. El único resultado fué que John volvió con la garganta tan seca que tuvo que sorber un poco del agua que todavía nos quedaba.

Nos acurrucamos de nuevo al lado de los cofres repletos de tesoros y permanecimos en aquella inacción profunda que era uno de nuestras mayores torturas. Entonces se adueñó de mí la desesperación. Dejé caer mi cabeza sobre el hombro hercúleo de mi buen amigo, y empecé a llorar como un niño. John también sollozaba en silencio.

Así transcurrió todo el día (si así se puede llamar a aquellas espesas tinieblas), hasta que encendí otra cerilla y miré el reloj. ¡Eran las siete! Atardecía. Pensamos entonces en comer.

Mientras partíamos un trozo de carne, se me ocurrió de pronto esta idea:

—¿Cómo puede ser que el aire se conserve tan fresco? ¿No lo han advertido ustedes? ¡Es extraño!

—¡Así es!—exclamó John, levantándose casi de un salto—. No me había dado cuenta. Es imposible que el aire se renueve a través de la peña, porque he notado que está fuertemente empujada en la roca. Indudablemente debe de venir de otra parte. Si no existiese una corriente continua, por muy débil que sea, no podríamos respirar. ¡Es indudable! Aquí entra aire por alguna rendija. ¡Vamos a verlo!

Aún no había terminado de hablar cuando estábamos a gatas, palpando en busca de cualquier indicio, agujero o rendija por donde entrara aire.

Pasamos más de una hora tanteando todos los rincones, hasta que Curtis y yo desistimos, después de andar a cabezadas contra los muros, los dientes de elefante y las arcas de piedra. John, sin embargo, continuó diciendo que era preferible aquel duro ejercicio, a estar esperando la muerte, con los brazos cruzados.

De pronto lanzó una exclamación:

—¡Aquí está! ¡Vengan corriendo!

¡Con qué ímpetu nos lanzamos a ciegas hacia el sitio en que sonaba la voz del capitán!

—¡Quartelmar, ponga aquí la mano! ¿Siente algo?

—Sí, como un soplo de aire.

—¡Pues oiga!

Dió un recia patada en el suelo. ¡La piedra sonaba a hueco!

Con mano trémula encendí un fósforo. Estábamos en un rincón inexplorado hasta entonces; a nuestras plantas, en la losa que pisábamos, había una gruesa argolla de piedra. John tenía un cuchillo con uno de esos ganchos para abrir latas de conserva. De rodillas comenzó a rascar alrededor de la argolla, hasta que logró levantarla poco a poco. Cogióla después y dió un fuerte tirón. Pero no consiguió siquiera demover la losa.

—¡Déjeme a mí!—exclamé impaciente.

Tiré hacia arriba con todas mis fuerzas. Me lastimé las manos, pero la piedra no se movió. Luego probó Curtis.

—¡Tampoco!  
John se arrodilló de nuevo, y con el cuchillo fué rescando las juntas de la losa, por las que entraba un soplo fino de aire. Después se quitó un pedazo de seda que llevaba al cuello, y envolvió la argolla.

En silencio, apretados los dientes, tiramos, tiramos con tan desesperado empuje, que yo sentía crujir los huesos de Curtis. Era él, quien hacía más esfuerzo. Y él fué quien primero sintió que la piedra cedía...

—¡Ahora! ¡Tira! ¡Animo! ¡Un poco más! ¡Ooooooh-y-Up!

Un crujido, una brusca ráfaga de aire, y los tres caímos de espaldas, mientras la losa rodaba sobre nuestras cabezas.

—¡Un fósforo, Quartelmar!  
Lo encendí. Y, ¡loado sea Dios! vimos los primeros peldaños de una escalera de piedra.

—Y ahora, ¿qué hacemos?— preguntó John.

—¿Qué hacemos? Pues ¡bajar en seguida y confiarnos a la Providencia!

—¡Esperen! Quartelmar, vea si encuentra lo que nos queda de agua y provisiones. ¡Quién sabe dónde iremos a parar por ahí abajo!

Hallé los víveres, junto a uno de los cofres de diamantes. Y ya a punto deirme, me acordé de las piedras preciosas... ¿Quién sabe?

Metí las manos en el cofre y a toda prisa comencé a llenarme de piedras los bolsillos de la americana; luego los de los pantalones. Y ya estaba para marcharme, cuando me vino a la memoria el otro de los cofres, el de los diamantes más gruesos. Abrí los dedos cuanto pude, y saqué un enorme puñado, que metí en la camisa, por la abertura del pecho.

—¡Oigan ustedes! ¿No quieren llevarse unos cuantos diamantes?

—¡Al diablo los diamantes!—me contestó con impaciencia Curtis desde las tinieblas—. ¡Ea! ¡Vamos ya! John, adelante!

Cuando John y yo nos acercamos a la abertura, Curtis había ya descendido los primeros peldaños y continuó el descenso, cantando en voz alta los peldaños. Al llegar a 15 se detuvo.

—¡Aquí hay un corredor!—nos gritó desde el fondo—. Bajen ustedes; el piso está llano.

Cuando nos juntamos con él encendí una de las dos últimas cerillas que nos quedaban y distinguimos un pequeño espacio como una plazuela, de donde partían en ángulo recto dos túneles estrechos. ¿Cuál de ellos debíamos seguir?... A John le pareció entonces que la llama del fósforo se inclinaba hacia la izquierda, por lo que el aire debía venir del del la derecha. Dijo que debíamos escoger este último y aceptamos la idea. Tentando siempre los muros marchamos. Al cabo de un cuarto de hora topamos con un muro. Era otro túnel transversal; lo seguimos. Luego encontramos otro. Después, otro más largo. Y así durante largas horas. Estábamos, al parecer, en un verdadero laberinto abierto en la roca viva.

Nos detuvimos, cansados, medio perdidos ya la esperanza. Comimos lo que quedaba y bebimos las últimas gotas de agua.

Estábamos sentados en el suelo, de espaldas al muro, agobiados por un silencio infinito, cuando me pareció oír lejísimo un débil rumor. Nos pusimos a es-

cuchar, conteniendo el aliento, y con claridad perfecta volvimos a oírlo. Era muy tenue, pero largo, como un murmullo continuo.

—¡No hay duda! —exclamó John—. ¡Esto es agua!

Nos levantamos y nos pusimos en marcha. A cada paso oíamos más claro y distinto el rumor en la angustiosa quietud del túnel. Avanzamos más deprisa. El ruido iba haciéndose fuerte, bullicioso, como el del agua corriente. ¿Era posible un manantial en las entrañas de la tierra?... Cerca, muy cerca, oíamos correr agua abundante, John, adelantando el paso, aseguraba estar ya percibiendo la humedad, la frescura.

—¡Despacio, John, despacio!—exclamó Curtis—. ¡Estamos cerca!...

Una zambullida estruendosa y un grito de John le contestaron.

—¡John! —John! ¿Dónde estás —gritó angustiado Curtis.

La voz de John, sofocada por el estruendo, dejase oír a lo lejos.

—Tranquilizaos. ¡Me agarré a una pena!... Enciendan un fósforo. No sé dónde estoy.

Gasté mi última cerilla. Vimos el resplandor una gran masa de agua, corriendo en furiosos torbellinos. A una considerable distancia distinguimos a John sumergido hasta el cuello en el agua sujetándose desesperadamente a un tremendo peñasco.

—Voy a nadar hacia ustedes —gritó

Se me apagó el fósforo. En las tinieblas, y acercándose a nosotros, oímos el respirar fatigado de John. Curtis dijo entonces, temblando de gozo:

—¡Suerte que has ido tú, majadero que nada como los propios peces!

Y cogiendo a John por la solapa, le levantó en vilo, poniéndole sobre la orilla, chorreando agua.

—¡Santo Cristo! —murmuraba John, resoplando—. Estuve a punto de ahogarme. ¡Hay que ver la profundidad y el empuje que lleva la corriente!

No había duda que por allí nada íbamos a lograr. Después de haber descansado John, y una vez saciada nuestra sed, dejamos las márgenes del río subterráneo, retrocediendo hacia el túnel. John iba delante, dando diente con diente. Al cabo de unos minutos llegamos a otra galería, que se inclinaba hacia al derecha, y cuya extensión no podríamos calcular.

—¡Sigamos por ahí!—dijo Curtis, completamente desanimado—. Todas las galerías son idénticas. Más acertado es andar sin descanso, hasta que caigamos rendidos, a esperar la muerte en cualquiera de estos malditos rincones.

Durante mucho tiempo arrastramos nuestros débiles pasos entre las tinieblas. De pronto chocamos con Curtis, que se había detenido bruscamente.

—Quartelmar —exclamó, sujetándose del brazo nerviosamente—: o estoy delirando o aquello que se divisa en el fondo es la luz del día.

Todos miramos con desesperada angustia. Y, en efecto, lejos, muy lejos, hacia el fondo del túnel, vimos una pequeña claridad. Con un supremo impulso de esperanza alargamos el paso. Momentos después todas las dudas se desvanecían. ¡Era luz, una pálida luz que brillaba a lo lejos! Tropezamos unos contra otros, impulsados por el ansia de salir. La mancha de luz era cada vez más viva. Un aire fresco nos acarició las sienes... Y de improviso el túnel comenzó a estrecharse. Nos encorvamos. Luego se estrechó más; nos pusimos a gatas. La angostura aumentaba, el túnel se convertía en madriguera. Comenzamos

a arrastrarnos. Un esfuerzo sobrehumano, un gemido, un sobrehumano esfuerzo. ¡Y de pronto vimos sobre nuestras abrumadas cabezas brillar suavemente millares de estrellas y una brisa dulcísima que nos cerraba los párpados anegados de lágrimas!

De repente nos faitó la tierra. Los tres a un tiempo rodamos en masa, dando tumbos atroces, por un declive de tierra blanda, entre matorrales y largas fibras de junco. Aturdido, cubierto de lodo, llamé a mis compañeros desesperadamente. Un grito gigantesco brotó desde abajo, adonde el barón había ido a parar como un peñasco que rueda. Resbalé lentamente, hasta juntarme con él, que estaba atontado, pero sano y salvo. Entonces llamamos a John. Y la voz del amigo nos contestó al instante, guiándonos hacia el lugar en que una raíz centenaria, a la cual estaba todavía fuertemente cogido, contuvo su trágica caída.

Entonces, los tres juntos, al vernos respirando otra vez el aire libre del mundo, nuestra emoción fué tan profunda, que nos echamos a llorar de alegría. ¡La misericordia divina se había apiadado, por fin, de nosotros! A la primera luz del alba nos dimos cuenta de que nos hallábamos en el fondo mismo de aquella excavación circular que un día sirvió de entrada a las minas. Arriba, en la cúspide, recortándose sobre las nubes, podríamos distinguir las formas confusas y enormes de los tres colosos. Era indudable que las fúnebres galerías por las cuales anduvimos tanto tiempo perdidos comunicaban antiguamente con las minas de diamantes.

No nos cansábamos de contemplar nuestras lastimosas figuras. Enflaquecidos arañados, rotos cubiertos de cardenales, llenos de costras, de polvo y de barro, con salpicaduras de sangre en las manos y el rostro, éramos, en verdad, tres espantajos horribles. Era inútil pensar en sacudirnos ni lavarnos. El fondo del pozo, húmedo y frío, podía ser peligroso para unos cuerpos tan quebrantados como los nuestros. Con cautelosos pasos comenzamos a trepar por las empinadas laderas, agarrándonos a las raíces y a los matorrales, en un postrer esfuerzo agotador. Al cabo de una hora nuestras trémulas plantas pisaban otra vez la famosa calzada de piedra.

A unos cien metros de distancia vimos entonces brillar una hoguera rodeada de sombras humanas. Nos dirigimos hacia ellas, sosteniéndonos mutuamente. De pronto, una de las sombras que estaban calentándose al amor de la lumbre, al fijarse en nosotros, se echó de bruces al suelo, temblando de miedo.

—¡Infandós! ¡Oh Infandós!—gritamos—. ¡Somos nosotros, tus leales amigos, los hombres de la estrellas!

El buen anciano, levantó la cabeza y se incorporó lentamente. Al fin salió corriendo a nuestro encuentro, temblando todavía de pies a cabeza.

—¡Oh mis buenos señores! Pero ¿sois vosotros? ¿Es posible?... ¡Bendita sea vuestra resurrección!...

Y el bondadoso anciano, alma noble, corazón lleno de generosidad, abrazándose a nuestras piernas, rompió en sollozos de sincera alegría.

## XIX

### EL REGRESO

Unos días después, nos hallábamos de regreso en Lu, bajo nuestras confortables chozas, a la plácida sombra de los macabeles en flor. Pocos vestigios quedaban ya de nuestra aventura, fuera de los muchos cabellos blancos que enfriaban mis sienes

cansadas y la melancolía en que estaba sumido nuestro excelente John, recordando la dramática muerte de la gentil Fulata.

Huelga decir que nos fué del todo imposible penetrar de nuevo en las minas de Salomón, a pesar de varias sagaces tentativas. El día que nos aparecimos a Infandós como resucitados, no hicimos más que comer, dormir y descansar, gozando placidamente del sol y del aire. Al otro día bajamos con una escolta al interior del pozo, con la esperanza de hallar de agujero por donde salimos desde las entrañas de la tierra a la luz y a la vida. Fué en vano. En primer lugar, había llovido en abundancia durante la noche y nuestras huellas desaparecieron por completo; además de eso, las paredes de aquel enorme embudo estaban acribilladas de agujeros abiertos por dichos salvajes. ¿Cuál de aquellos madrigueras era la que nos salvó? ¡Imposible saberlo!

Regresamos, pues, a la gruta de estalactitas, afrontando de nuevo todos los horrores del panteón real, examinando los muros de piedra, detrás de los cuales yacían, inaccesibles para siempre, las mayores riquezas del mundo, guardadas lúgubremente por el cadáver de la tierna Fulata. A pesar de nuestro largo y minucioso escudriñamiento, no pudimos descubrir el misterioso secreto que abría el peñasco, debajo del cual debían estar aplastados los huesos de la asquerosa bruja muerta en castigo de sus crímenes. Nos quedaba el recurso de hacer saltar la roca viva. Pero, ¿quién era capaz de ello? No teníamos máquinas ni dinamita, y un inmenso desierto nos separaba de la vida civilizada. Era forzoso abandonar la empresa. Y allí quedaron—¡allí están todavía!—, en quel remoto rincón africano, los tesoros que, desde los tiempos bíblicos, han venido fascinando la imaginación de los hombres. Tal vez un día, cuando el Africa entera esté civilizada y surcada de buenos caminos, alguien más feliz que nosotros, valiéndose de los inagotables recursos de la ciencia de entonces, logrará penetrar hasta el tesoro escondido. Ese hombre, caso de que llegue a existir, encontrará allí, como huella de nuestro paso, los cofres abiertos, los huesos de la pobre Fulata y un candil apagado. Y el explorador futuro no sospechará jamás, al tropezar con los huesos humanos y al recoger tan colosales riquezas, que tres aventureros del siglo XIX pasaron allí uno de los más trágicos lances que jamás hombre alguno haya sufrido en el mundo...

Debo decir aún que tampoco puede afirmarse que nuestra estancia en la caverna fuese inútil del todo. Ya dije que, al abandonar la cámara del tesoro, tuve la precaución de llenarme de diamantes las faltriqueras. A estas horas, aun no me ha sido posible calcular con exactitud su valor. ¡Pero sé que es inmenso! Supongo que todavía sacamos las suficientes piedras para ser todos millonarios. En resumen: desde el punto de vista económico, la aventura no fué un fracaso, ni mucho menos.

Al regresar a Lu fuimos acogidos con gran regocijo por el rey Ignosi. A pesar de hallarse profundamente absorbido por los quehaceres de un reinado que todavía estaba en sus comienzos, Ignosi había pasado mucha inquietud durante nuestra permanencia en las minas. Y al escuchar nuestro maravilloso relato, alegróse en extremo.

La noticia de la muerte de Gagula le produjo un alivio infinito.

Para conmemorar nuestro regreso, Ignosi dió un banquete y un baile. Y fué aquella misma noche, al terminarse la fiesta, cuando anunciamos a Ignosi nuestro deseo de abandonar por fin aquellas tierras, regresando a la patria.

Ignosi, al principio, pareció asustarse. Luego se topó el rostro con las manos, diciendo:

—Vuestras palabras me han herido en medio del corazón. Siempre creí que íbais a quedaros conmigo. ¿Por qué, pues, oh valientes amigos, me ayudásteis a subir al trono? ¿Qué os falta? ¿Qué queréis? ¿Mujeres, campos, ganados? ¡Todo mi reino es vuestro! ¡Elegir! Todos vuestros deseos serán atendidos.

—¡No es eso, Ignosi, no es eso!—repliqué—. Nuestro único deseo es el de volver a nuestra patria.

El rey sonrió con amargura. ¡Sí, lo comprendía todo! Nosotros nunca habíamos amado al amigo Ignosi, sino a las piedras que brillan. Ahora ya teníamos las piedras, ya podíamos venderlas, convertirlas en sumas enormes de dinero... ¡Ya estaba satisfecho el deseo de los hombres blancos! ¿Qué nos importaba el pobre amigo que se quedaba llorando? ¡Malditas piedras!... ¡Sí, podíamos marcharnos, cuanto antes mejor!

Le tomé del brabo:

—Oyeme, Ignosi—le dije—. Esas palabras no te han salido del corazón. Cuando andabas desterrado por la Zululandia, y más tarde entre los hombres blancos del Sur, ¿no sentías la añoranza de esa tierra querida de que te hablaba tu madre, de los campos y aldeas donde naciste, donde jugaste, donde los viejos que pasan por los caminos fueron amigos de los tuyos...?

—¡Así era, Makumazán, así era!—exclamó con voz conmovida.

—Pues entonces—repliqué—, ¿cómo puedes extrañar que nuestros corazones ansien volver a las tierras en las que nacieron?

Ignosi bajó la cabeza.

—Tus palabras, Makumazán—murmuró con tristeza—, están llenas, como siempre, de razón. Es verdad; debéis partir cuanto antes. Pero yo me quedaré muy triste y ¡nunca sabré de vosotros! ¡Para mí será como si hubiéseis muerto!

Meditó largo rato, decidiendo al fin nuestra partida, y ordenó que fuésemos acompañados por el regimiento de los «Pardos» hasta las montañas de Sabá, para continuar adelante, con una escolta y con guías, siguiendo el camino de cierto oasis (del cual había tenido noticia recientemente), evitando así las duras y peligrosas jornadas a través de las sierras.

—Y ahora, ¡marchaos!—exclamó—. Idos, antes de que me veáis llorar de nuevo. Cuando os halléis ya muy lejos, de regreso en vuestros hogares, acordaos de mí... ¡Adiós! ¡Adiós para siempre, Inkubú, Boguán y tú, Makumazán, hombres nobles, amigos!

Luego nos miró fijamente, uno por uno y ocultando la cabeza en su manto de piel de leopardo, huyó hacia el interior de la regia morada.

Nosotros nos retiramos en silencio, llenos de pesadumbre.

Al amanecer partimos de Lu, acompañados de Infandós y escoltados por todos los «Pardos». La gente nos despedía con la salutación kakuana: ¡Krum! ¡Krum! ¡Krum!» deseándonos un feliz viaje. Las mujeres nos arrojaban flores. Todos los «tam-tams» resonaban acompasadamente. Era como una espléndida despedida, cariñosa y triunfal.

Tras unos días de marcha llegamos a lo más alto de la sierra, desde donde pudimos contemplar otra vez el triste y amarillento arenal donde tanto sufrimos. Empezamos de madrugada el descenso; y llegó la hora en que nos fué forzoso separarnos de nuestro buen amigo Infandós.

El noble anciano lloraba de pena.

—¡Nunca más veré hombres como vos-

otros! ¡Aquel hachazo de Inkubú, qué portentoso! ¡Lo recordaré mientras viva!... ¡Adiós, fuertes entre los fuertes! ¡Vuestras imágenes quedan grabadas en mi corazón! ¡Adiós, adiós!

Sentimos un gran dolor al separarnos de él. ¡Pobre viejo! John estuvo buscando largo rato; y, finalmente, no sabiendo qué darle, le regaló—¡oh sublime recuerdo!—un monóculo. John llevaba siempre repuesto; se lo entregó con gesto heroico. Entusiasmado Infandós, intentó empotrarlo en su órbita, seguro de que esa «pupila resplandeciente» aumentaría su prestigio entre las tropas.

Después de estrechar la mano al leal guerrero, emprendimos el descenso por la meseta que une a ambos «Senos de Sabá», entre las estruendosas aclamaciones que desde arriba lanzaban los «Pardos».

A la noche acampamos al borde del desierto, y recordamos el tiempo pasado entre los kakuanas...

—¡En otras partes se está mucho peor!—repetía Curtis con agradecimiento.

Y, al fin y al cabo, llevamos una alforja llena de valiosos diamantes.

A la madrugada siguiente emprendimos la marcha hacia el oasis que nuestros guías habían hallado. Caminamos tres días; pero esta vez era sin angustias, gracias a la escolta de faquines que nos permitía llevar grandes cantidades de agua y provisiones. A la tarde del tercer día, divisamos un bosque. Y en él cenamos gratamente bajo las frescas copas de los árboles, oyendo el suave murmullo de los arroyuelos.

XX

#### EL ÚLTIMO HALLAZGO

Fáltame contar ahora el prodigio mayor de esta maravillosa historia. Es tan extraño, tan inverosímil, que, para no aumentar en lo más mínimo el aire novelesco que ya tiene de por sí, me será forzoso narrarlo con sencillez extrema.

Ocurrió de esta forma. Al otro día, de madrugada, en plena quietud del oasis, andaba yo paseando a lo largo de un fresco riachuelo, cuando de pronto, al pie de un otero descubrí una confortable cabaña, construida al estilo cafre, pero con una puerta, una verdadera puerta de madera, en vez del tosco boquete que suelen tener los primitivos. Estaba mirando asombrado aquella casuca semieuropea perdida en pleno desierto, cuando se entreabrió la puerta y apareció cojeando, apoyado en un palo, cubierto de pieles y con una inmensa barba patriarcal, ¡un hombre blanco!

Nos miramos como atontados. En aquel

instante se acercaban el capitán y Curtis fumando sus pipas.

El desconocido nos miró con aire desconsolado; de repente echó a correr hacia nosotros, con toda la prisa posible en un cojo, tropezando a cada paso. Cuando estuvo a poca distancia, dió un salto y cayó de bruces. Curtis acudió a levantarlo. Le cogió entre sus brazos, le miró a la cara y en seguida exclamó con un júbilo inmenso:

—¡Santo Dios! Pero... ¿eres tú, Jorge?

Casi me resisto a narrar este lance, porque parece groseramente inventado por un autor de teatro viejo. Pero, ¡qué diablos! ¡Es la pura verdad!

Y hubo más todavía. A los gritos de Curtis y las consiguientes exclamaciones que siguieron, salió de la cabaña otro hombre, éste negro, vestido también de pieles y armado con un fusil. Al verme, arrojó el arma y se llevó las manos a la cabeza:

—¡Oh, Makumazán! ¡Oh, Makumazán! ¿No me conoces? ¡Soy Jim! El papel que me diste lo perdí en el desierto... ¡Y aquí estamos desde hace dos años!

Y el pobre Jim revolviase en el suelo, a mis plantas, llorando y riendo con loca alegría.

Hacia, pues, dos años que el hermano Curtis, el desgraciado Jorge, vivía en el oasis con su fiel servidor. Aquella misma tarde en nuestro campamento, Jorge Curtis nos contó con detenimiento su desdichada historia. Dos años antes había salido de Sitanda, con el propósito de atravesar el desierto en busca de las minas de Salomón. Siguiendo el camino que le indicaron unos cazadores emprendió otro camino distinto, mejor que el trazado en el itinerario de José de Silveira. Ese camino cruzaba el desierto a través de pequeños y distanciados oasis. Y así había legado al último, que era el mayor y se hallaba al pie de los montes de Salomón, cuando le ocurrió una gran desgracia. El día de su llegada se hallaba debajo de unas peñas, entre las cuales Jim buscaba panales de miel. De pronto y al esfuerzo que hizo desde arriba para moverlo, uno de los peñascos rodó, cayendo sobre una pierna de Jorge. Desde entonces ya no pudo andar. Y con acierto prefirió quedarse en el oasis, donde tenía caza, frutas y agua en abundancia, a tener que atravesar otra vez el desierto, con la perspectiva de sucumbir en él.

Y allí permaneció casi tres años, cual nuevo Robinson.

—¡Y he aquí—exclamó Jorge, al concluir su historia—, que de improviso, os presentais vosotros! ¡Es maravilloso!

¡Bendita sea la misericordia divina!

Durante la noche le contamos nuestras peripecias. Cuando le enseñé un puñado de diamantes, no pudo reprimirse:

—¡Qué barbaridad! ¡Vosotros al menos no luchastéis en vano! Pero yo...

La triste exclamación me conmovió profundamente. Y desde aquel momento formé propósito de partir con él un lote de piedras preciosas que le habían ocasionado tan grande desgracia.

Aquí concluye esta historia. Nuestras jornadas a través del desierto fueron durísimas; pero no sufrimos el tormento de la sed, porque, siguiendo el itinerario marcado por los cazadores de aves, hallamos a grandes intervalos algunos pequeños oasis. El pobre Jorge Curtis, que apenas podía servirse de su pierna rota, necesitaba constantes auxilios, volviendo casi que transportarle a través del desierto. Por fin llegamos a Standanda, de donde el maldito negociante, a quien dejamos en custodia armas e impedimentos, nos quedó indignado al vernos llegar, a nosotros y salvos.

Unos meses después, estábamos comiendo confortablemente en mi casa de Durban, bajo la sombra perfumada de viejos naranjos...

Al acabar de escribir esta última página de estas extraordinarias aventuras vine encrar a un cafre por la puerta del jardín, llevando unas cartas y algunos periódicos. Es el correo que llega de Inglaterra. Y he aquí una de las cartas de puño y letra del buen Curtis, que voy a transcribir como final adecuado de esta historia.

«Mi buen amigo Quartelmar:

Solamente unas líneas para decirle a mi hermano John y yo llegamos a Inglaterra sin novedad. Apenas de abastecimiento del buque, salimos en el primer tren para Londres. ¡No puede imaginarse lo elegante que se presentó, a la mañana siguiente, el querido John! Pero creo que el pobre se acuerda aún de la bella Fatimata...

Pasemos a los negocios. Llevamos los diamantes a un joyero de Londres. No puede figurarse en la cantidad que los evaluaron. ¡Es una suma tremenda! No pudieran, de momento, tasarla con exactitud porque jamás se habían visto en el mercado piedras de este tamaño en tal cantidad. Me indicaron que se vendiese, en pequeños lotes, y esto me dio espacio, para no inundar el mercado. Uno de los lotes, precisamente el que usted regaló para mi John, la casa Sinter lo ha adquirido en doscientas mil libras.

Lo que usted debe hacer es venir a Inglaterra y comprar una finca al lado de la mía. Hágalo inmediatamente para pasar juntos las próximas Navidades. John nos acompañará también.

El hijo de usted, el querido Enrique, sigue sin novedad. Estuvo unos días cazando conmigo. Crea que el chico se hace querer; yo, por lo menos, le aprecio muchísimo. Me metió distraidamente un escopetazo de perdigones en un brazo. Pero él mismo se encargó de extraérmelos, probándome la ventaja y hasta la necesidad de llevar en las partidas de caza a un estudiante de Medicina.

Venga cuanto antes, mi querido amigo, ya sabe la impaciencia con que le espera su buen amigo,

Enrique Curtis

Hoy es jueves. El sábado sale un vapor para Inglaterra. Creo que lo mejor que puedo hacer es marcharme. Ya estoy piezo a sentir añoranza de mi querido rapaz. Decididamente pasaré las Navidades con mis queridos camaradas. Voy a hacer las maletas. Es lo mejor.

Y aquí terminan las memorias de Quartelmar.

# FIN

## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS



Por  
Federico  
Villoch

## ESTRENOS y DEBUTS Notables

estreno de la ópera  
«FAUSTO»  
del maestro Gounod.

### TEATRO DE GRAN OPERA

París

10 de Octubre de 1894

Estreno de «Thais»

Del maestro Jules Massenet.

Y al pie, el reperto de los famosos cantantes que interpretaron las obras.

De nuestras pobres glorias vernáculas, gracias que se acuerden algunas almas de buena voluntad y mejor memoria: no hay palabras con que agradecerle a la joven señorita Carmen Cuní el trabajo que ha llevado a feliz término coleccionando nuestros programas. Los viejos concurrentes a los teatros habaneros recordarán al leer algunos de ellos, aquel peridiquito titulado «El Expertador», de Doroteo, que se vendía a medio, a la entrada de los teatros en donde funcionaba alguna compañía de ópera, y cuyo único objeto consistía en referirle al expectador el argumento de la ópera que se representaba. ¡La importancia que de niños tenían para nosotros las desventuras amorosas de Edgardo, el infortunado novio de Luccia; el *ritorno vinchitori* del general egipcio Radamés, a quien después condenan bajo la piedra «fatale»; la angustia del Trovador, que corre a salvar a su madre *infeliche*; la tragedia del jobeta Rigoletto, arrastrando el saco con el cadáver de la «sua figlia», etc., etc. De no ser por el amigo Doroteo, nos hubiéramos quedado a la mitad de la misa. Ante la carencia de compañías de óperas que ahora padecemos, podríamos cantar:

—Doroteo,  
¿dónde estás que no te veo?

Esperamos que muchos de nuestros lectores, y lectoras, sientan su ánimo conmovido gratamente, al tropezar, en la lectura de estos programas, con algunos de esos estrenos y debuts notables en la Habana, que traigan a su mente el íntimo recuerdo de una noche, de un día, de un momento, de una época feliz de su vida; y si en lo hondo de sus borrazones brotan una frase de agradecimiento por tan fino y primoroso presente, es en el haber espiritual de la señorita Carmen Cuní en donde habrán de anotarlo: el postalista sólo ha desempeñado en esta ocasión la humilde y modesta plaza de copista. Empezamos con los programas del mes de enero de 1900, es decir, con los del primer año de nuestro siglo, escogiendo de la amena colec-

ción, aquellos que, a nuestro criterio, más puedan despertar el interés de nuestros lectores...

Al abrir este álbum, en cuyas hojas la señorita Cuní ha ido copiando con delectación amorosa, casi día por día, los programas de treinta años de vida teatral habanera, nos sobrecoje un profundo respeto, tal y como si hubiéramos abierto la puerta de un panteón en el que reposaran los restos de seres que, de uno u otro modo, despertaron en otra vida nuestros más puros afectos. Según adelantamos a lo largo de la sagrada cripta, vamos leyendo en las paredes, con la emoción que es de imaginarse, los nombres de esos seres amados, escritos, ya en letras de oro, ya en otras humildes y corrientes, según la importancia artística y la fama de que gozaron, en su animada existencia, en ese mundo de las bambalinas, tan lleno de atractivos y de gratos recuerdos para todos; y con el vano propósito de infundirles vida momentánea, brota, a cada paso, del fondo de nuestra alma, un grito de:

—¡Resurrexit!

AÑO 1900

Enero 1

Tacón.—Cerrado.

Payret.—10a. función por la compañía de vaudeville.

Albisu.—A las 8.10. El sainete original de Jerez y Fernández, música de Cotó: LA PANADERA.

Reperto

|                     |                  |
|---------------------|------------------|
| Amparo . . . . .    | Josefina Calvo   |
| María . . . . .     | Srta. Bajatierra |
| Concha . . . . .    | Sra. Rupnisk     |
| Ramona . . . . .    | Sra. Beltrán     |
| Bárbara . . . . .   | Sra. Imperial    |
| Francisco . . . . . | Sr. Piquer       |
| Indalecio . . . . . | Sr. Bosch        |
| Inocente . . . . .  | Sr. Villatreal   |
| D. Luis . . . . .   | Sr. Saurí        |
| Mosquita . . . . .  | Sr. Garrido      |
|                     | etc., etc.       |

A las 9.10 LA VIEJECITA, por Josefina Calvo.

A las 10 AGUA AZUCARILLO y AGUARDIENTE.

(Luneta 50 centavos)

Lara.—A las 8 la zarzuela de F. Villoch, música de Palau PADRES E HIJOS.

A las 9 la revista en un acto y cinco cuadros, libro de F. Villoch, música de Mauri EL FERROCARRIL CENTRAL.

A las 10 LOS INGLESES (luneta 40 centavos).

4  
Martí.—A las 8, fiesta literario musical, organizada por el Club Emiliano Núñez.

Programa

Apertura de la velada por el general Máximo Gómez.

10

Tacón.—A las 8, debut de la compañía de Opera de los empresarios Sieni y Pizzorni. Opera LA GIOCONDA.

Reperto

|                                    |                    |
|------------------------------------|--------------------|
| Gioconda (soprano) . . .           | Sra. Gini Pizzorni |
| La ciega (contralto) . . . . .     | Serena Ronconi     |
| Laura (mezzo soprano) . . .        | Srta. Campodonico  |
| Alvise (bajo) . . . . .            | Sr. Tisci Rubini   |
| Enzo (tenor) . . . . .             | Sr. Badaraco       |
| Barnaba (baritono) . . . . .       | Sr. Giacomelo      |
| Director de orquesta: Arturo Bovi. |                    |

13

Tacón.—A las 8, estreno en la Habana de la ópera en cuatro actos, de Giordano, ANDREA CHENIER.

Andrea Chenier (tenor) . . Prieto Cornubert

Director: Arturo Bovi.

23

Tacón.—A las 8.15, estreno de la ópera en cinco actos de Massenet, MANON.

Reperto

|                                   |                |
|-----------------------------------|----------------|
| Manon (soprano) . . . . .         | Lea Sangiorgio |
| Caballero de Grioux (tenor) . . . | M. Morales     |

34

Albisu.—A las 8, beneficio y despedida de la soprano Rosalía Chalia Herrera, con CABBALLERIA RUSTICANA, y el tercer acto de AIDA. Tenor Prevost. (Luneta 2 pesos).

Febrero 2

Payret.—A las 8, debut de la compañía de dramas y comedias de Luisa Martínez Casado, con el drama MARIA DEL CARMEN.

6

Payret.—A las 8 el drama en cinco actos original de F. Villoch, EL PROCESO DREYFUS.

22

Tacón.—A las 8, concierto de despedida de la tiple madrileña Adelina Padovani de Farren.

Marzo 6

Albisu.—A las 8, función cortada.

Programa

I.—AGUA AZUCARILLOS Y AGUARDIENTE.

II.—Debut en la Habana del hipnotizador ONOFROFF.

III.—LA VICTORIA DEL GENERAL. (Luneta 1.60)

19

Albisu.—A las 8, debut de la tiple cubana María Jaureguizar con VIENTO EN POPA.

23

Albisu.—A las 8, debut de la tiple Matilde Palau, con EL DUO DE LA AFRICANA.

29

Payret.—A las 8, la ópera CARMEN, por la contralto Estefanía Collamacini y el tenor Humberto Francesconi.

Abril 3

Tacón.—A las 8.30, función a beneficio de Ignacio Sarachaga.

Programa

I.—La obra original de Sarachaga PEPI-TO MELAZA.

II.—Estreno de la obra de Sarachaga LA PADOVANI EN GUANABACOA.

III.—EI CAJMAN REFORMADO, por Eugenio Santa Cruz.

Lara.—A las 8, estreno de la obra de los hermanos Robreño EL ONCE DE ABRIL O A INSCRIBIRSE CABALLEROS.

9

Payret.—A las 8, Cinematógrafo Lumiere (luneta 30 centavos).

12

Jueves Santo

Payret.—A las 8, Cinematógrafo Lumiere, LA VIDA DE JESUS.

No hay espectáculos en los demás teatros.

18

Tacón.—A las 8, función a beneficio y

(Continúa en la Página 27)

AMBIEN a la culta señorita Carmen Cuní—hija del probo Magistrado de la Audiencia de Matanzas, doctor Miguel Cuní y Larrauri, ya fallecido—le agrada recordar las cosas viejas y descoloridas del pasado, no obstante su juventud, y dedicarles su atención más acuciosa: no es sólo, pues, el carcamal postalista quien las trae a cuento y distrae con ellas los quehaceres de sus amados lectores, hablándoles de lo que como ellos no pocos—a nadie le importa un bledo—sin pensar que en su día habrán de agradecerle a algún postalista del futuro que les halague el antojo, trayendo a colación en sus crónicas, las animadas tertulias de las que al presente forman en el «Aire Libre»; los almuerzos y alegres cenas en el «Río Cristal» de Berenguer, a donde acuden regocijados en las fiestas u onomásticas; los desafíos de pelotas, en los terrenos de la Tropical, que gustan, y con razón, como uno de sus mayores deleites; los concursos de natación en la playa de Marianao; las elegantes veladas del Casino Deportivo de la misma; y, en fin, todas esas alegrías, planes, esperanzas e ilusiones, que hoy entretienen y animan sus horas; y a las que, acaso, por el momento, no les den la importancia que tienen, porque como dijo el poeta:

El hoy es vago y oscuro;  
sólo ha de darte el futuro  
la dicha de lo que fué.

Cuidadosa y pacientemente la señorita Cuní ha tenido la curiosidad de ir recogiendo y copiando en un álbum los programas de los principales estrenos y debut que han tenido lugar en los teatros habaneros, lo que supone además de un delicado sentimiento artístico, una búsqueda tan molesta como constante, en archivos de sociedades de recreo; bibliotecas públicas y privadas; contadurías de teatros; redacciones de periódicos y otros lugares adecuados a su propósito, logrando reunir un gran número de anuncios y programas de los que vamos a entresacar para entretenimiento de nuestros lectores, aquellos que se refieren a debuts aquí en la Habana de artistas que han dejado un buen recuerdo, y a compañías, notables por su conjunto artístico y repertorios de obras.

Nada más elocuente que un viejo y amarillento programa de teatro; ni nada que con mayor facilidad nos transporte de nuevo a lo pretérito. En el teatro de la Gran Opera de París hay varias salas y departamentos dedicados a honrar y perpetuar la memoria de los famosos artistas, cantantes y autores que en él expandieron su gloria, como Donizetti, Gounod, Massenet, la Patti y otros, donde se conservan como en un museo; objetos, trajes, batutas, álbums, cuadernos, etc., que pertenecieron a aquéllos; y que el público admira y contempla con exaltada e ingenua devoción. Allí el piano de Massenet, chamuscadas las últimas teclas por los cigarrillos que fumaba el maestro, y de los que se olvidaba, a veces, en el calor de la composición; su capa; sus guantes; su sombrero flexible de anchas alas. Allí también un elegante estuche de forro de seda azul, en el que se conserva una batuta de marfil con incrustaciones de oro que le regalaban al genial Rosini en uno de los varios homenajes que se le rindieron en la capital de Francia, con motivo del estreno de su primera ópera seria, «Guillermo Tell», en 1829. Allí guantes, pañuelos, abanicos y blondas de Adelina Patti. Allí el gorro-bonete que acostumbraba a usar en su cuarto de estudio el inmortal autor de «Fausto», Guonod. Allí bufandas del friolero Ambroise Thomas, etc., etc. Pues bien, de todo eso que habla y evoca con tanta elocuencia un pasado lleno de gloria, nada llama la atención más la atención, como los amarillentos y viejos programas que se conservan en aquellas vitrinas, y en los que se lee:

GRAN TEATRO LIRICO

París

19 de Marzo de 1859

# UKRANIA, GRANERO DE EUROPA

UN PASADO GLORIOSO Y UN PRESENTE ANODINO.—TRIGALES Y MINAS.—LA CRUEL INVASION DE LOS TARTAROS.—CARLOS XII DE SUECIA FRENTE A PEDRO EL GRANDE.—MAZEPP, LA FIGURA DE LEYENDA INMORTALIZADA POR LORD BYRON.

Por **RETATO VILLAVERDE**

**P**OR asociación de ideas cuando hablamos de Europa recordamos a Rusia, y cuando recordamos a Rusia, a veces, pensamos en Ucrania. Y para la inmensa mayoría de las gentes la erudición sobre Ucrania ahí se detiene. Cuando más, para salvar la negra honrilla dentro del cuadro geográfico, vemos la parte meridional de Rusia y complicamos el recuerdo de las estepas ucranianas con el Mar Negro, el Mar de Azof y la vecindad bizantina de la milenaria Constantinopla. En las gavetas bien repletas de los amantes de la literatura, este trozo de mundo se vivifica a través de las plumas de algunos escritores polacos y rusos; y si no hubiese sido por el generoso alto que en las campañas ucranianas hizo la inspiración de Lord Byron immortalizando la odisea del valeroso y sufrido Mazeppa, condenado por los polacos, atado desnudo sobre brioso corcel, recorriendo hacia el Sur centenares de kilómetros y elegido Príncipe de los ucranianos después que los campesinos lo desataron de su incómoda cabalgadura, esta legendaria figura de la semi-olvidada Ucrania con dificultad hubiese llegado hasta nosotros perdida en las amarillentas páginas de los diccionarios enciclopédicos...

Y, sin embargo, Ucrania, a través de la historia, cobra a ratos actualidad de primer plano. No hace muchas semanas todavía el cable y el radio nos hablaron de un proyecto de cederla como Provincia de los vastos dominios rusos para independizarla, darle un rey, una constitución y no sé cuántas cosas más.

El rumor no pasó de ahí.

Ucrania perdió su actualismo y la calma aparentemente vuelve a reinar sobre sus campiñas cubiertas de trigo.

Si nos detenemos a contemplar lo que los territorios que forman Ucrania significan en la economía europea, comprenderemos sin gran esfuerzo el por qué de las codicias que ha despertado en el curso de su ya bien larga historia.

Territorialmente, Ucrania es casi tan grande como Francia. Sus treinta y tres millones de habitantes son bocado apetitoso para alimentar los sueños de cualquier ejército que quiera nutrir sus filas con el aporte de estos campesinos rudos y valerosos.

En el orden político actualmente es una Provincia de la Rusia soviética. ¡Pero cuánta importancia tiene esta Provincia! Sus habitantes, aproximadamente, forman la quinta parte del total global de la U. R. S. S. La riqueza extraordinaria de su suelo, la coloca entre los pedazos privilegiados de la ubérrima

Europa. Granero bien provisto, las dos cosechas anuales de trigo que produce han calmado siempre la necesidad de pan de una gran parte de los rusos. Sus plantaciones de remolacha, permiten una elaboración de azúcar capaz de llenar el consumo de las siete décimas de las necesidades del antiguo imperio de los zares. Las minas de hierro, de carbón, de acero y de cobre están tan bien dotadas, que de ellas sale el mineral necesario para cubrir la mitad de lo que Rusia requiere para su normal subsistencia.

Por todos estos motivos económicos, sin contar las ventajas estratégicas de su espléndida situación, Ucrania ha sido estímulo para las codicias y generadora de guerras.

Hace más de siete siglos era enorme su importancia política. Kief, su capital de siempre, lo fue en aquellos tiempos también de toda Rusia. La vida se congregaba en torno a sus fuentes de riqueza. El esplendor se con-

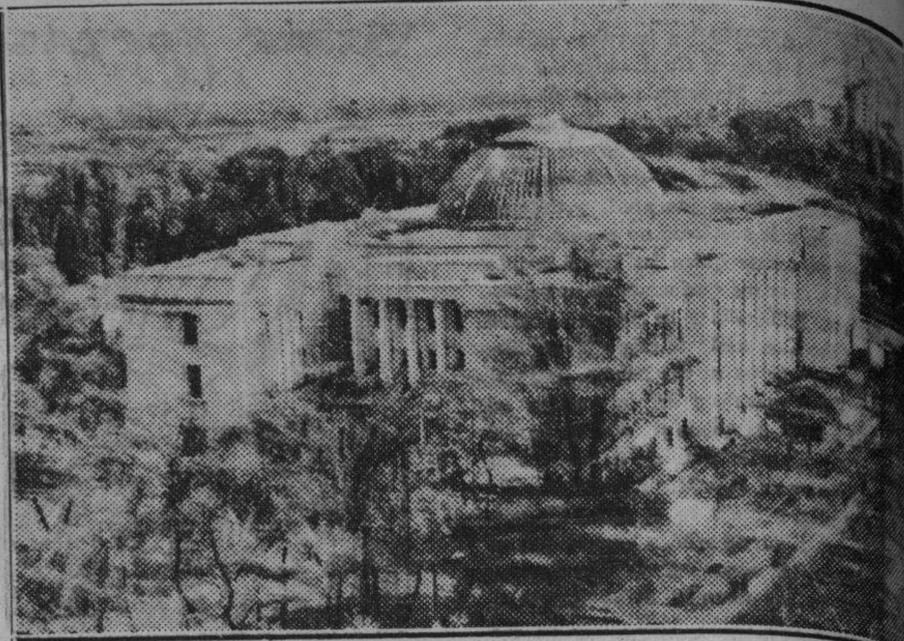


Un café moderno de Kief para muchachos, exclusivamente, de ocho a trece años.

cretaba a la Europa meridional. Fue la época de los luminosos rayos de Bizancio. Y el Kief que hoy se escabulle entre los pliegues de cualquier memoria, entonces era punto de cita de potentados y soñadores, de pecadoras y aventureros, de príncipes y negociantes, de soldados robustos y de generales ambiciosos.

Pero Ucrania estaba marcada por un sello de maldición.

La invasión de los tártaros debía el ser el catafalko de su emporio. Las hordas enardecidas por Gengis-Khan en su invasión europea, destruyeron por largo tiempo las es-



Una vista del Palacio del Gobierno.

pagas doradas de la Ucrania tranquila. Los mongoles, bajo sus insaciables cuchillos, sembraron la desolación y la muerte. El exterminio fué general. Entre la destructora invasión que las hordas tártaras realizaron en Europa Central, quizás fuese en Ucrania donde el aniquilamiento alcanzó más gigantescas proporciones. Y quizás fuese también, en este pedazo de Rusia cercano al Cáucaso, donde los invasores asiáticos hallaron con más justicia el sobrenombre de Tártaros que les adjudicaron los pueblos sojuzgados. Tantas iniquidades cometieron que sólo con el bíblico Tártaro—sinónimo de Infierno—pudieron compararse aquellas legiones de demonios que con dificultad tenían aspecto humano.

La sacudida mongólica produjo en esta parte meridional de Europa un largo colapso. Sin embargo, el fecundo suelo de la provincia rusa, volvió a dar fruto entre la desolación y la muerte. Pero ya era tarde. La vida de relación había emigrado. Rusia levantaba sus pedestales políticos entre los aires fríos que soplaban del Mar del Norte.

Ucrania había muerto definitivamente en el tablero internacional.

Kief fué tan sólo la capital de la «peque-

su caballo indómito, y el moscovita del Norte, más genuino en su génesis, en sus variados folklores y en sus tradicionales costumbres.

Fué Carlos XII, quizás el más famoso de todos los soberanos de Suecia, quien levantara el primero el estandarte de los derechos de libertad de Ucrania. El deseo de anexar los ricos territorios de Rusia meridional, insinuado en lo que ahora pudiera nombrarse una expedición punitiva, halló gran resistencia en la inquebrantable valentía de los Cosacos del Don, bajo el comando fogoso e irresistible Mazeppa.

No obstante haber sido nombrado Príncipe de Ucrania por Pedro I, algún tiempo después de su tormentoso paseo amarrado sobre el lomo de un caballo en castigo de haber traicionado, en el regazo amable de la esposa de su amo, la fe que en él depositara el gran señor de Polonia a quien servía.

Mazeppa se dejó tentar por las proposiciones que le hiciera Carlos XII de lograr con su ayuda la independencia de Ucrania. Los cosacos y los suecos dieron batalla a Pedro el Grande. Deshecha la coalición en los campos de Pultawa, los trigales de Ucrania debían continuar bajo la hegemonía de los rusos. Mazeppa, derrotado y contrito, buyó sus dominios, muriendo poco después en Bender. Sus sueños de grandeza rodaron como un castillo de naipes. Y su inmortalidad, más que otra cosa, la debe a la inspiración de Lord Byron.

Los polacos, los austro-húngaros y los alemanes en varias ocasiones han pretendido desprender a Ucrania de sus ataduras rusas. Siempre los intentos resultaron estériles. 1854, después de la guerra de Crimea; 1871, a poco de la paz franco-prusiana; en el trienio de 1914-1918, prematuros los imperios Centrales en su confianza victoriosa, hicieron planes reiterados sobre el próximo destino de Ucrania...

En tanto Ucrania continúa perteneciendo a Rusia. Pero su destino no parece plenamente fijado. Vientos de fronda, a ratos, levantan en su torno. Sus trigales siguen espigando el oro de sus cosechas; su subsuelo no deja de producir materias primas apetitosas; su radio inmenso y su población laboriosa estimulan planes que aunque viejos siempre son actuales. Y cualquier día, cuando menos lo esperemos, el cable nos traerá noticias de su nuevo futuro. La Ucrania de vida y de romanticismo—es el bello homenaje que pueda brindársele a estos factores—no tiene un porvenir inmutable. Sus años de historia agitada no han variado. Y el banderín de las reivindicaciones ucranianas, más enhiesto que nunca, sigue en el extremo de su asta flotando a impulso de las brisas que lo acarician y que en algún momento habrán de convertirse en tormenta definitiva.

Febrero de 1939.

# PARIS

## y su

# Provincia

por  
PIERRE FREDERIX

des movimientos sociales operados desde entonces.

Esos hechos elementales poseen consecuencias inmensas.

Unos—para hablar francamente—no son completamente felices, puesto que si justamente París opera sobre el mundo intelectual una fascinación inmensa, impide al mismo tiempo de hacer justicia a otros hogares de cultura provinciales que no dejan de ser admirables; el artista del tiempo de Balzac se precipitaba en ir a París para «triunfar»; muchos artistas franceses del tiempo presente, recorren el camino en sentido inverso y van a refrescarse a las fuentes locales. Por otro lado, el sistema administrativo napoleónico, cuya parte esencial subsiste aún, es muy riguroso. Si hubiera que corregirlo actualmente habría que hacerlo con vistas a la descentralización. La concepción moderna de «regiones económicas», corresponden más o menos a las antiguas provincias francesas y es un índice de esta nueva tendencia. Por último, en el aspecto industrial los inconvenientes de una centralización excesiva son más evidentes aún; a la hora actual, se están transportando en provincias una parte de las industrias que se encontraban en las puertas de París después de la guerra; las construcciones aeronáuticas especialmente. La reacción está en sus comienzos pero es extremadamente clara.

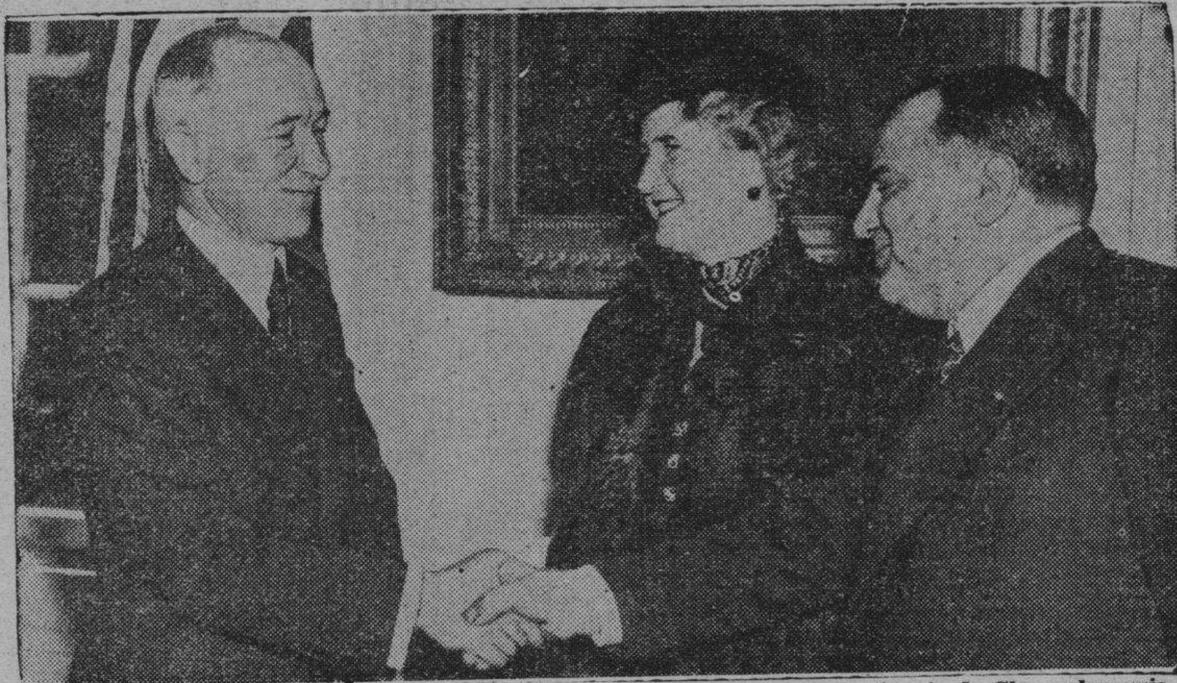
Por el contrario, las consecuencias felices

son inestimables. Podíamos resumirlas haciendo la siguiente constatación: las inquietudes sociales o económicas son como olas que se agitan sobre un sólido fondo nacional que la historia ha cimentado desde hace largo tiempo. En otros términos, en Francia, estamos mejor armados que en otros países para resistir a las tempestades de nuestro tiempo. Francia conoce la suerte de no sufrir las rivalidades raciales o lingüísticas interiores. Francia no es uno de esos imperios continentales en donde grandes diferencias de clima de intereses y de costumbres, peligran en caso de una grave crisis, de provocar o despertar la idea de una secesión. Por no citar más que dos países comparables a Francia por su situación geográfica, Francia y España, esos vecinos nuestros se ven obligados a hacer frente a problemas que en Francia están completamente resueltos. ¿Qué nos demuestra España? Un país en donde varios siglos de civilización gloriosa y de una larga serie de soberanos antes muy poderosos no consiguieron suprimir en las diversas regiones las reivindicaciones autonomistas que se manifiestan de una forma virulenta. El ejemplo de Alemania es aún más claro. No sólo porque la preeminencia de la capital prusiana no se ha afirmado que en 1871 ni porque en los últimos movimientos separatistas que datan de quince años apenas. Hay aun más, los pueblos de lengua germánica son y serán siempre so-

metidos a la atracción de dos polos históricamente diferentes: el polo luterano de Berlín y el polo católico de Viena. Por ello podemos imaginar para el porvenir varios modos de agrupación. En Francia, no ocurre nada parecido. Ninguna voluntad autonomista o separatista que pueda ser tomada en serio. Un cuerpo provincial compacto alrededor de una sola capital. Es imposible concebir en Francia orgánicamente diferente de aquello que es hoy. No cabe duda que si un miembro cualquiera de su cuerpo físico fuese atacado, todo el resto del país trabajaría en su defensa sin temor a un movimiento centrifugo.

«París—se recuerda a veces—es Francia». Es exacto psicológicamente; como todas las grandes ciudades, París calienta los espíritus, exaspera las pasiones, acerca y opone la fortuna y la pobreza. Sobre el plan electoral, ese hecho se traduce por la disminución o la desaparición de los partidos «centros». Es así, por ejemplo para el partido radical-socialista que representa el centro francés y que es el gran partido del gobierno, cuenta proporcionalmente pocos electores en la región parisense; aún el partido socialista pierde terreno en la periferia ante los comunistas, los cuales por el contrario ganan muy difícilmente votos en provincias. En París, el elector tiende hacia la extrema izquierda o hacia el conservadorismo extremo. Sobre el plan de manifestaciones exteriores, podemos observar el mismo fenómeno: los acontecimientos de 1934 y 1936, fueron fenómenos esencialmente parisenses, y en las dos épocas, la provincia mostró su reticencia. Cualquiera que sea la temperatura de la temporada, en París siempre será más alta que en provincia. En ese sentido, un observador que viniese a Francia en cualquier época, se equivocara si observase solo París; sólo paseándose por la provincia, conocería el estado de espíritu medio de los franceses. Otra de estas verdades, es que todas las tormentas políticas, estallan siempre en París. Ya lo vimos en 1793, en 1830, en 1884, en 1871. Las ciudades provinciales, aun manifestando una gran actividad intelectual, social y política no pueden desarrollar un movimiento de primera importancia hacia París, como algunas revoluciones han salido de Milán para Roma, de Munich hacia Berlín, de Petersburgo hacia Moscú, de Burgos hacia Madrid. En política interior francesa los signos o señales se dan en París. La provincia, comienza en principio por aceptar la decisión de la capital. Pero luego, frena, corrige y ejerce mil sutiles presiones y ofrece al régimen su carácter permanente que—observémoslo bien—no es nunca un carácter extremista.

Para comprender cómo vive y funciona Francia, hay que tener muy en cuenta, esos dos aspectos del problema.



EL EX-PRESIDENTE CHECO EN EE. UU.—El doctor Eduardo Benes, ex-Presidente de Checoslovaquia, recibe la bienvenida del Alcalde de New York, La Guardia, hace pocos días al llegar a los Estados Unidos en unión de su esposa. En la foto aparece Mrs. Benes.

Esta concentración humana va acompañada naturalmente de una concentración económica que es a la vez su causa y su efecto. Mucho antes de la guerra el departamento del Sena era de todos los departamentos franceses aquel que poseía mayor número de máquinas de vapor y aquel que producía más energía eléctrica. La guerra, y sobre todo los primeros años de la post-guerra no han hecho más que aumentar el número de las fábricas metalúrgicas de transformación, establecidas alrededor de la capital. Sin hablar de las fabricaciones especializadas—algunas muy antiguas como la fabricación del mueble—y otras recientes como las fabricaciones de instrumentos de precisión y de radio, y dos grandes industrias modernas, el automóvil y la aviación, las cuales han tomado un gran desarrollo en las afueras de París. Con sus 1.200.000 obreros la región de París constituye uno de los tres o cuatro centros industriales más importantes, y en cierto aspecto, el más importante del país. La región de París paga más del tercio de los impuestos cobrados en el resto del país.

¿Cuáles han sido las razones de esta doble concentración económica y humana? París se encuentra en la encrucijada natural de una ruta terrestre norte-sur y de una ruta fluvial este-oeste (el Sena) y no sobre una región minera ni en una situación geográfica que se hubiera impuesto por sí sola. Aquello que ha dado a París su carácter excepcional es una voluntad política; es decir la instalación de los Duques de Francia, más tarde Reyes Capetos, sobre las orillas del Sena. En una época en que los vasallos de los reyes de Francia, era aún muy poderosos y luchaban a veces contra los Reyes, París había sobrepasado de mucho todas las grandes ciudades de Francia; su primacía se imponía a los espíritus. Desde hace seis siglos, ninguna capital provincial de lengua francesa—por muy preponderante que fuese—no ha podido hacer competencia de una manera efectiva a París, como por ejemplo Edimburgo frente a Londres en los países de lengua inglesa, ni Viena frente a Berlín en los países de lengua alemana. A mediados del reino de Luis XIV, había ya 500.000 habitantes en París. Había 550.000 cuando Napoleón I terminó la centralización administrativa del país. La unidad francesa contrariamente a las muchas otras naciones, fué realizada mucho antes de la gran era industrial y antes de los gran-

# LA PRINCESITA de ojos azules que NO CONOCIO el AMOR

Por el Dr.

L. Ferrer de Drancy

**C**AYO San Quintín y alzóse soberbio el Escorial. El proyectil de un cañón español había destruido una parte de la iglesia de San Lorenzo de la ciudad sitiada y el Rey hiciera solemne voto de erigir un monumento suntuoso en honor del mártir insigne.

Cayó San Quintín y elevóse maravilloso el Escorial, ¡que no eran vanas las palabras dadas y las promesas hechas por el señor don Felipe II!

Cayó San Quintín y el tratado de Chateau-Combrés puso fin a la guerra y pudieron los pueblos dedicarse de nuevo a los trabajos pacíficos, únicos generadores de riqueza y bienestar.

Respiraron los pueblos, reverdecieron los campos, volvieron la alegría y la abundancia y olvidaron (que la fuente del olvido es inagotable) las gentes con rapidez increíble los dolores y miserias cortejo habitual de las bélicas contiendas.

Volvió la paz y con ella la alegría; y con ella volvieron a resonar en las villas y ciudades, en villorrios y aldeas, en montes y valles los ecos alegres de jocundas canciones de juventud y amor.

## II

Poco a poco el tiempo tendía el velo del olvido sobre el trágico pasado; pero ¡ay! que en medio de tanta alegría tuvo el vencido que cumplir una de las condiciones más duras impuestas por el vencedor.

Y era la tal condición: que la joven princesa Isabel de Valois, hija del rey de Francia Enrique II y prometida del Príncipe de Asturias, Don Carlos de Austria, debía considerarse como rota la promesa hecha y contraer, en cambio, matrimonio con el rey Don Felipe...

## III

Con gran pena y dolor comunicó el rey Enrique a su hija la fatal noticia; fatal porque el proyectado matrimonio con el príncipe era fruto del amor; cambiaron primero, entre ellos, los dos jóvenes, primorosos retratos en miniatura y vieron luego tres o cuatro veces en que el primogénito de España viniera de incógnito a París. (A)

Recibió Isabel tan infausta noticia con muestras de gran respeto, respondiendo a su padre que estaba dispuesta a todo género de sacrificios si con ellos podía servir y abrigar el prestigio de la Corona.

Pero apenas el Rey saliera del aposento dió libre curso a su dolor que a duras penas pudieron calmar sus doncellas prodigándole toda clase de consuelos.

El tiempo, el deber y la resignación hicieron su obra imponiendo a Doña Isabel la calma y conformidad necesarias.

No obstante, en su mente surgía a cada instante la imagen gallarda de Don Carlos recordando con fruición las visitas que el príncipe enamorado le hiciera. Viajes que fueron los cortos capítulos de un idilio suavísimo, prólogo de una dicha más fuerte y duradera; pero ¡ay!—se decía a sí misma la Princesita de ojos azules—; pero ¡ay! que la política sin entrañas dispuso lo contrario, y lo que fuera prólogo de dichas y felicidades convirtiéndose en nuncio de tragedia.

## IV

Los preparativos del regio matrimonio comenzaron con gran actividad; cruzáronse regalos de valor inestimable; el oro y la plata, las perlas y esmeraldas de las recién descubiertas Indias Occidentales llegaban a París con profusión inaudita; las telas preciosas, los perfumes costosos, las joyas más raras cinceladas por los más renombrados artifices de la época formaban un equipo digno de una Diosa del Olimpo más que de una reina terrestre; pero ¡ay! que si todas estas suntuosidades satisfacían su orgullo y coquetería femeninos, la contemplación de una miniatura que ornada de diamantes y con humilde y respetuosa dedicatoria le había en-

viado el Príncipe sumíala en tristes presentimientos y por sus mejillas corrían, ardientes, gruesas y amargas, las lágrimas.

Y sus ojos azules cubríanse con un velo de tristeza: con brumas de desesperación...

Y la princesita de ojos azules preparóse para el viaje supremo; para el viaje a cuyo término posarían sobre sus rubias quejadas la corona inmarcesible de dos mundos...

## V

También en Madrid los preparativos de las fiestas: que para solemnizar las regias nupcias, debían celebrarse, llevábanse a cabo con tal rapidez y suntuosidad, que, según frase de un cronista contemporáneo (B) «ponían espanto en el ánimo».

De memoria de nacido nadie recordaba haber presenciado actividad tanta ni hacer gastos tan cuantiosos.

El júbilo era general: la alegría bañaba con sus olas de optimismo la nación entera... Solo en el Regio Alcázar un hombre no participaba del júbilo y alegría generales: ese hombre era el Príncipe Don Carlos, a quien la política, madrastra abominable y la ciega

y estúpida diplomacia arranca sus más caras y preciadas ilusiones.

Y en el más apartado de sus aposentos lloraba en silencio—el nieto del César valiente y enamorado—y el odio comenzaba a germinar en su alma... el Rey ya no era su padre... en él no veía que más ¡un rival!

## VI

Un día, muy de mañana, presentóse en la cámara del Príncipe un gentil hombre diciéndole que el Rey deseaba hablarle... Apenas Don Carlos entró en el regio gabinete que Don Felipe, con voz y ademanes afectuosos le mandó sentarse; y habló así:

—De aquí para unos días llegará mi esposa y vuestra nueva madre Doña Isabel de Valois... No ignorais, hijo mío, que una de las cláusulas del tratado de Chateau-Combrés impone—y el Rey apoyó sobre la frase—mi matrimonio con la princesa, vuestra prometida... Un silencio y luego:

—Bien sé que la noticia ha de causaros pesar y dolor; pero pensad, hijo mío—y cuando Dios os llame a ocupar mi puesto os dareis mejor cuenta de ello—que los Reyes somos hechos del mismo deleznable barro que

el más humilde vasallo y que como él somos sujetos a todas las miserias y dolores de la vida y no obstante debemos sobrellevarnos a todos los acontecimientos por desagradables que nos sean y mostrar siempre rostro risueño y ánimo contento. Nuestro corazón aunque no sea insensible, debe permanecer llaveado por una triple y bronceada coraza...

El príncipe permanecía silencioso, su palidez horriblemente y dos lágrimas gruesas corrían por sus mejillas.

El Monarca prosiguió:

—Carlos, hijo mío, el heredero de la Corona de España debe mostrarse fuerte ante la adversidad. Sólo os pido que no dejéis llevar por los impulsos de vuestro carácter. Acordaos de quien sois y no olvidéis que sois vuestro padre y no el Rey quien os habla. Pasado mañana saldréis al frente de una diputación de la Nobleza para recibir a la Reina en Valladolid...

—Padre mío, Señor—imploró el Príncipe hincándose de rodillas—, excusadme, esa misión que me atormenta el alma... Más quisiera ausentarme de España...

—Id, Don Carlos, y no olvidéis que es el Rey quien lo ordena...

## VII

Llegó la Reina a España; era joven y hermosa; rubia como los trigales castellanos madurados por el sol estival; era grácil y bella, bella y grácil como las rosas nacidas en las orillas, entonces floridas y encantadoras, del Sena caudaloso.

Venía la joven Isabel escoltada por lo más florido y fastuoso de la nobleza francesa, valientes y aplaudidos que en la frontera encontraron otro cortejo español, no menos noble, no menos valiente, no menos fastuoso. Y de etapa en etapa, entre fiestas y regocijos llegaron a Valladolid la vieja capital castellana que ardiendo de júbilo los recibía.

Y Don Carlos de Austria recibió su nueva madre y con el corazón y el alma transido le rindió pleitesía y homenaje ¡que así le mandara el padre, que así lo ordenara el Rey y...

Pálido y tembloroso estaba el Príncipe; temblorosa y pálida estaba la Reina; pero la fría y cruel razón de estado impuso su bárbara e inhumana voluntad...

Y la cabalgata, después de dos días de reposo, prosiguió su camino hacia la Corte de las Españas. Y de villa en villa, de ciudad en ciudad y por villorrios y aldeas avanzaba el cortejo suntuoso llenando de pavor y admiración las gentes humildes y los hidalgos de los de lanza en astillero.

Hicieron alto una tarde bochornosa en la que el cielo plomizo y el calor pesado amenazaba tormenta, en el castillo de un noble no lejos de Avila la nobilísima, y el Príncipe, no pudiendo contener su dolor habló a la Reina: que con dolorosa dignidad respondió: que la princesa Isabel de Valois no tenía nada de común con la Reina de España y que una vida había terminado y que otra acababa de comenzar...

¡Sólo Eros podría revelar!...

Llegó el fin del viaje largo y monótono a pesar de las fiestas y distracciones que durante el trayecto se habían prodigado en honor de la Real desposada, quien hizo su entrada en la Villa y Corte en medio del mayor, del más noble y sincero entusiasmo y de las más frenéticas aclamaciones de sus nuevos súbditos a quienes subyugó la belleza y sencillez de la soberana que a todos sonrió y a todos saludaba con el grácil donaire de una parisina de puro raigambre.

Numeroso y brillante era el cortejo, ofreciendo contraste indescriptible, de franceses y españoles: telas valiosísimas, armaduras, cintillos cuajados de piedras preciosas en cuya facetas quebraba el sol sus rayos ardorosos, terciopelos y sedas y plumas y dominando todo con su sobria elegancia el traje negro de fino Utrech que el Rey vestía llevando como joyeles la cadeneta de su reloj y pet-



FELIPE II

(Continúa en la página 27-)

# UN CAZADOR DE GANSOS QUE PESABA 750 LIBRAS

Cómo un "boy scout" o explorador salvó a Bob Davis de la muerte, en el mismo lugar en que cazaba patos y gansos el gordo más extraordinario de los Estados Unidos. Había nacido pesando 18 libras, al año pesaba 60 y a los 10, mas de cuatrocientas. Flotaba en el agua como una ballena y no había fuerza que pudiera hundirlo.

Por BOB DAVIS

**M**ONKEY Island, Carolina del Norte.—En el año 1930, mientras venía hacia este cielo de cazadores de patos y gansos invitado por Charles Penn, me caí en un remolcador anclado en Oregon Inlet, me rompí ambos tobillos y me saqué de quicio la cadera izquierda. El joven Edtrington, hijo de Mr. Penn—entonces un muchacha, pero entrenado en la organización de los «boy scouts» o exploradores para hacerle frente a las emergencias que alcanzan por igual a jóvenes y viejos—me tomó por su cuenta, condecoró una gran bolsa de nieve con la goma del suelo del remolcador, me llevó a tierra, se agenció un automóvil, me transportó a toda la velocidad a Norfolk, Virginia, cogió el tren más rápido que salía para el Norte y me metió en el Hospital Policlínico de Nueva York, todavía metido en la bolsa de nieve, cuarenta y dos horas después de haber sufrido el accidente.

—¿Quién mantuvo su rodilla fría?—me preguntó el doctor Harold Meeker, mientras removía la improvisada refrigeración.

—Un solo explorador.

—Nunca comprenderá todo lo que ha hecho por usted—replicó el cirujano, examinando aquella rodilla que tenía el color y las proporciones de un sombrero hongo.—Al rebajar la inflamación probablemente le ha salvado la vida. Puedo operar inmediatamente.

Tres horas bajo los efectos del éter, dos semanas enyesado y dos meses en un hospital donde mi amante esposa podía venir a verme a cualquier hora y «encontrarme en casa», antes de que pudiera andar con el auxilio de las muletas. Gracias al explorador que manteniendo su cabeza alta, sostuvo también mi temperatura baja.

Cuando se me pasaron los efectos del éter, vendado como una momia egipcia, me encontré a Fannie Hurst, haciéndole compañía a mi esposa.

—No tiene que preocuparse acerca de su columna periodística—me dijo.—Mientras esté enfermo será escrita por plumas amigas. Todo lo tengo arreglado...

Veintisiete escritores, cuya memoria ben-

digo, se habían prestado a hacer mi trabajo en el periódico mientras yo estuviera ausente. Y no tengo más remedio que reconocer que desde que ellos dejaron de escribir la columna no ha vuelto a disfrutar de la calidad literaria que le dieron aquellos samaritanos.

o o o

Ahora, tras de haberme pasado ocho años vagando por toda la superficie del globo, una vez más vuelvo a Monkey Island, otra vez escoltado por el explorador que impidió que hiciera el viaje definitivo por el río misterioso, navegable en una sola dirección, en el que Carón tiene el monopolio de todos los transportes.

Bajo las nubes grises, las aguas de la bahía se agitan, azotadas por el viento ligero. Mañana, al romper el alba, toda clase de patos y gansos saldrán, como por encanto, de entre la neblina. Los expertos están convencidos de ello cuando, al llegar la noche, comienza a caer una lluvia fina.

—El límite, en dos horas, será de diez patos y cinco gansos por escopeta—dice George Twiford, mayordomo de Monkey Island por muchos años. Lo llamé a las cuatro y media. El viento se está levantando y escuche la lluvia. Mañana será un día de Louis Lewark para la caza.

—¿Quién fué Louis Lewark?—preguntó Edtrington, volviendo a su interés de explorador por el romántico pasado.

—El gordo de Penny Hill—respondió Twiford, arreglando con la punta de sus gruesos zapatos los leños de la chimenea.—Vivió antes de tu época, hace treinta y cinco años. Tenía tres hermanos y tres hermanas y los muchachos pesaban alrededor de 250 libras cada uno. En cuanto a Louis, al nacer ya pesaba diez y ocho libras y al año sesenta, motivo por el que su madre no pudo seguirlo amamantando. Al cumplir los diez años pesaba 400 libras y podía cargar a su madre y a su padre como si hubieran sido niños chiquitos. A los 15 años pesaba 550 libras y continuaba aumentando en tal proporción que a los 19 excedía de las 700. Por entonces todas las puertas de la casa en que vivía habían sido ensanchadas. Su cama era cuadrada y medía 8 pies por cada lado.



Sus dientes en pocos días tendrán una blancura resplandeciente si los limpia con la pasta DENTOL. Adquiera hoy mismo un tubo y quedará convencido de las bondades de esta exquisita pasta. Fabricada según los trabajos de Pasteur destruye todos los microbios nocivos de la boca, dejando un perfume agradable y una sensación de frescura persistente.

# Dentol

TUBO MEDIANO 20¢  
TUBO GRANDE 40¢



Representantes Exclusivos  
APARTADO 2143  
HABANA

Usaba un colchón muy fino, pues su carne le servía de cojín.

—¿Y era activo?—pregunté.

—Extraordinariamente—me respondió Twiford.—Caminaba mucho, nadaba todos los días y flotaba como una ballena sin que hubiera fuerza capaz de hundirlo. Yo lo vi pasarse todo el día, vestido con muy poca ropa, esperando a los patos en mitad de la lluvia. Y tiraba bien. Era fuerte como un toro y tenía buen carácter. Un día le dió una bofetada a uno de sus hermanos, y el castigado y los otros dos se lanzaron sobre él como fieras. La pelea fué corta pero la casa quedó poco menos que inservible. Fué esa la única vez que perdió los estribos. Nunca aprendió a leer o escribir, aunque dibujaba sus iniciales muy bonitamente.

De una sola sentada se comió dos gansos canadienses que pesaban diez libras cada uno y un par de patos también grandes. Nunca probó las bebidas alcohólicas, pero su ración diaria de agua era de doce litros. Para hacerle

una camisa se necesitaban más de ocho metros de tela y sus enormes zapatos parecían dos tremendos pedestales. Sin embargo, su piel era como la de un nene. Tenía una estatura de seis pies y dos pulgadas, y el peso mayor que alcanzó nunca se supo, porque se negó a pesarse en los dos últimos años de su vida. Se cree, sin embargo, que pasó de las setecientas cincuenta libras.

—Cuando murió de tifoidea—continuó Twiford—pesaba alrededor de setecientas libras. Parece que también lo mató la degeneración que lleva consigo la gordura. La gente de los circos le ofrecieron fortunas para que se les uniera, pero nunca consideró tales ofertas. Su ataúd era tan grande y pesada que vacío tuvieron que cargarlo cuatro hombres y ya con el cadáver depositado en él, doce. Había nacido el 23 de julio de 1883 y murió el 3 de agosto de 1906.

Nos fuimos a la cama y a la mañana siguiente tuvimos un día a lo Louis Lewark, como nuestro antecesor nos había anticipado.

**U**N director de elenco, ahora desconocido por la fama, concibió la idea de que John Barrymore era un Gran Amador. Y ahí comenzó lo gracioso, ya que yo no sé de dónde sacaría el individuo de marras la evidencia para llegar a semejante conclusión. Porque en toda mi experiencia teatral, sólo en tres ocasiones había desempeñado papeles que pudieran ser considerados amorosos. De los que había hecho en las películas, ni uno solo me presentaba como amador.

Uno de los papeles de esa clase que había hecho en el teatro, fué en «La mitad de un marido», con Emilia Stevens. Por cierto, la noche del estreno, muerto de pánico, me comporté malamente, y cuando llegó el momento en que la heroína, de acuerdo con el director de escena, «tenía que derretirse en los brazos del galán, dándose a él con cariñoso abandono», yo me eché a un lado y ella por poco se cae al suelo.

Las otras dos obras de esa naturaleza en que tomé parte fueron «Peter Ibbetson» y «La Broma», una tragedia que tenía momentos de amoroso abandono. Tal vez el mencionado director de Hollywood me había visto actuar en dicha obra. Pero pudo ocurrir también que las obras de Shakespeare se confundieran en su pensamiento y creyera que donde decía Hamlet quería decir Romeo.

Mi primera película en Hollywood se tituló «Beau Brummel» y era una buena obra. Las escenas de amor eran en ella frecuentes, pero restringidas. Después me pidieron que hiciera «Don Juan». Como no quería convertirme en ídolo del cine, seductor sin conciencia, les sugerí que llevaran a la pantalla la obra de Herman Melville, «Moby Dick», uno de mis libros favoritos.

Alguien consiguió y leyó la mencionada historia, por cuenta del estudio, y rindió el informe de que John Barrymore estaba más loco que nunca. ¡Había sugerido un libro en que el papel principal tenía que ser desempeñado por una ballena! Persuadí al director para que leyera el libro, y él produjo la información de que nadie podía hacer una película de un libro en que el principal personaje era un viejo marino medio chiflado, quien recorría el océano con un harpón en la mano hasta que un cetáceo le devoraba una pierna.

Si situación era difícil. Con los «managers» de los teatros pidiendo a gritos «amor devorador», Warner Brothers tenía esa mercancía en «Don Juan», una historia que era hecha a la orden para ese propósito. Y yo pretendía que mandaran a sus agentes a recorrer todo el país ofreciendo una película de animales.



John Barrymore, en una caracterización de la época en que conoció a su tercera mujer Dolores Costello



John, Ethei Barrymore, en la época en que trabajaban juntos en Hollywood

# Los Amores de John Barrymore con Dolores Costello

Cómo las escenas fingidas de «La Bestia del Mar» se fueron convirtiendo en verdaderas y apasionadas.—Cuando la ballena de goma, las escenas heroicas, se hundió al primer intento en el litoral de San Pedro.—Barrymore no quería hacer «Don Juan», por no tener «experiencias con las damas».—El abuelo del actor que era el compañero de más mala fama del Príncipe de Gales.

por JOHN BARRYMORE

CAPITULO VIII

—¿Quién sabe nada de «Boby Dick»? —me interrogaron. —Pon un anuncio eléctrico de «Moby Dick» en un lado de la entrada de un teatro y otro de «Don Juan» en el otro, y ya verás a dónde va la gente...

El argumento era decisivo, de manera que lo que más podía hacer era buscar un arreglo. Y estuve dispuesto a aceptar el «Don Juan» si también me dejaban hacer «Moby Dick». Aceptaron, con la condición de que

se le intercalaría una historia de amor al libro.

Obtuvimos la versión amorosa y se le cambió el título de «Moby Dick» por el de «La Bestia Marina». Y otra historia de amor que yo no esperaba se presentó de ese modo en el estudio, porque las escenas de amor de esa película no fueron fingidas: Dolores Costello, la actriz que actuaba conmigo, se convirtió poco después en la señora de John

Barrymore.

En «La Bestia Marina», mis jefes cinematográficos vieron mi primera «super-escena» escena de amor. Era al final de la película, con Dolores. Con el fin de que bien, la repitieron cinco veces, pero yo me cuenta de lo bien que había salido hasta la vi en la pantalla.

Para las escenas de la ballena se había fabricado una de goma, de tamaño natural, costó 12.000 dólares. Se nos decía que la ballena tenía tanta maquinaria como un barco, y que metidos dentro de ella dos hombres la hacían zambullirse, echar agua y realizar todas las maniobras que se le pidieran a esos enormes habitantes del mar.

Cuando la ballena fué llevada al litoral de San Pedro para la correspondiente filmación, los dos operadores estaban ya a punto de meterse en ella y hacerla funcionar en agua, cuando a uno se le ocurrió pensar tal vez era conveniente probarla, para ver si flotaba. De manera que, quedándose en la seguridad del muelle, la echaron al agua con ojos asombrados vieron que descendió hasta el fondo del mar, donde se encuentra todavía.

La desesperación fué enorme hasta que un individuo ingenioso hizo una ballena de un pedazo de goma del tamaño de un jabón. Le puso por ojos un par de botones de zapatos y la metieron en un estanque chiquitito en el que un ventilador eléctrico fabricaba las olas. No se la pudo llamar una ballena, por lo que las escenas tuvieron que ser rápidas, para que el público no hiciera preguntas acerca de los ojos.

Tal fué la película que debió recibir el premio de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas. En una escena en que estaba «debajo del agua», el «escenarista» escribió: «Debe verse el movimiento de los labios en su oración a Dios», y sus ojos nos de lágrimas...

COMO EL REALISMO DEL CINE NORO SALVO A JOHN BARRYMORE

Después hicimos «Don Juan», en cinta me vistieron con un feísimo traje de espectro y me colocaron en situaciones extra-terrenas. Nadie pudo haber lucido nunca más que yo, a pesar de lo que yo tuve que hacerle el amor a todo el mundo en el estudio y en la mayoría de las localidades de la California del Sur: a las jóvenes, a las viejas, a los árboles, a las flores, a los caballos, a la luna, al sol y a la mayoría de las estrellas.

Los críticos dijeron que la película era terrible, pero el negocio que se hizo con ella fué tremendo. Y los «managers» de los teatros de todo el país, pidieron más cintas de esa clase! Se me calificó como el amante número uno y yo me sentí hundido. Mi próxima película—me dijeron—se llamará «Cuando un hombre ama». Yo asentí y me fui a trabajar.

Película tras película tuve que incurrir en los mismos absurdos. Tratando de escapar a tal hado, pedí que se me dieran papeles en armonía con mis inclinaciones y temperamento, pero ni así podía abstraerme a las escenas de amor. En «Svengali», con todo y todo, tuve que hacerle el amor a todas las mujeres que se acercaban a mí, hipnotizadas o no.

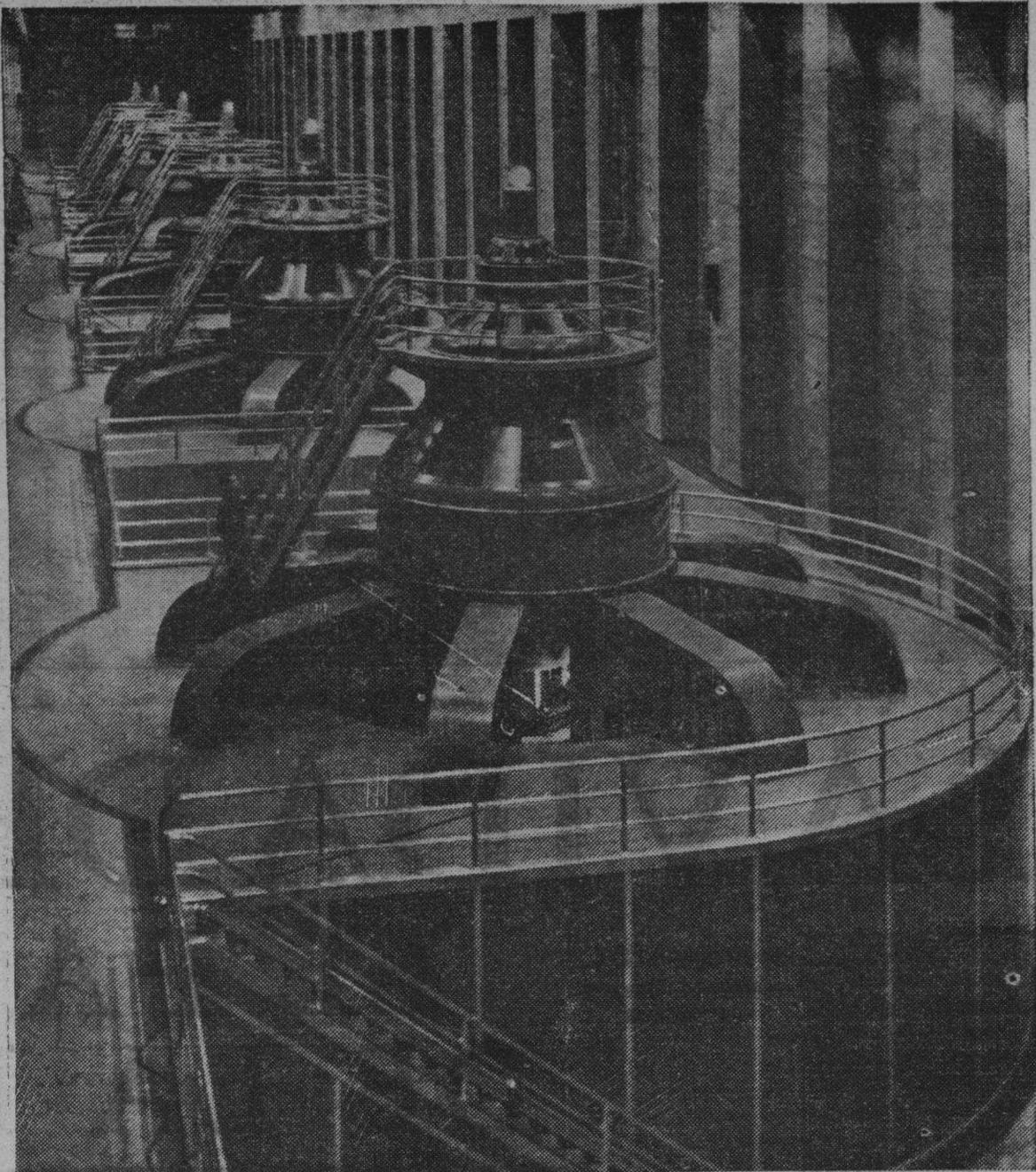
Entonces se inició el cine hablado, e instantáneamente se hizo aparente que el realismo había llegado a la pantalla. Y no fueron solamente las escenas de amor más serias que se convirtieron en cómicas, sino todas las que salían de la cámara.

Dolores Costello tomó parte en la primera película toda hablada que se hizo, con el título de «Luces de Nueva York», y dijo palabras que le demostraron al mundo de la cinematografía que se había iniciado una nueva era. Era en una escena que en los días

(Continúa en la pág. 25)

# Los Agricultores Americanos Tendrán Electricidad

SOLO EL 10% DE LAS GRANJAS TIENEN FACILIDADES QUE EN HOLANDA SON COMPLETAS Y EN ALEMANIA ALCANZAN A UN NOVENTA POR CIENTO DE LA POBLACION RURAL.— CUANDO LOS ELECTORES DEL "SOLIDO SUR" CONSIDERARON EL CATOLICISMO DE ALFREDO SMITH MAS PELIGROSO QUE LA AUSENCIA DE ELECTRICIDAD EN SUS CAMPOS



LOS MAS GRANDES GENERADORES DEL MUNDO OPERANDO A UNA TERCERA PARTE DE SU CAPACIDAD.

Considerados como los más grandes generadores del mundo, estos seis situados en el ala del lado de Nevada de la represa de Boulder Dam están produciendo energía eléctrica a una tercera parte de su capacidad 130.000.000 de kilovatios, de acuerdo con las cifras del Bureau de Reclamation.

**H**ACE unos tres años, cuando en los Estados Unidos se iniciaba con todo vigor una campaña encaminada a dotar a las secciones rurales del país de la electrifi-

cación que tanto ha de contribuir a su futuro desarrollo, la proporción de esos servicios en los Estados Unidos, con respecto a algunas naciones extranjeras era desconcertante. Así por ejemplo, hasta las granjas norteamericanas sólo llegaba la electricidad en una proporción de diez por ciento comparada con Holanda, y de quince por ciento comparada con Alemania.

La ley Norris-Rauben de electrificación rural, comprendía un programa de diez años y estaba encaminada a dotar a los agricultores yanquis de electricidad barata. Bajo la denominación de REA se establecía una organización permanente que debía dotar al noventa por ciento de las granjas norteamericanas que no disponían de electricidad para sus labores, de toda la energía que necesitaran. Para lograr tal objetivo se autorizaban créditos por valor de 420 millones de dólares que se debían obtener mediante el pago de un tres por ciento de interés y reintegrar en un periodo de veinticinco años.

Desde entonces se ha venido laborando sin descanso en la completación de algunos de los proyectos que, como los de Muscle Shoals y Boulder Dam, habían de dotar a grandes extensiones del territorio norteamericano de la electricidad que cambiara la vida de campesino a un ritmo que las ciudades sólo adquieren en un proceso de siglos. Las mencionadas grandes represas, destinadas a suministrar energía a Kentucky, Tennessee, Mississippi, Alabama, Georgia y Florida la primera, y Nevada, California, Arizona y New México la segunda, son complementadas por otros diez grandes proyectos que llevarán las facilidades y el confort de la electricidad al resto del país.

Hacia mucho tiempo que esos grandes recursos naturales de Norteamérica habían servido para campañas políticas en las que se le

prometiera al electorado sus beneficios a poco que se eligiera a tal o cual candidato. El gobernador Smith, de Nueva York, puso énfasis en Muscle Shoals y Boulder Dam, cuando en 1928 fué candidato a la presidencia por el partido demócrata. Pero sus adversarios políticos calificaron tales intentos de electrificación como una forma de socialismo de estado, que no estaba de acuerdo con el espíritu de la Constitución. Esta, según ellos, ponía los derechos inalienables del individuo para explotar a los demás, por encima de toda otra consideración. En cuanto a los ciudadanos del Sur, que habían de beneficiarse con la energía eléctrica que produjera Muscle Shoals, colocaron el catolicismo del gobernador Smith por encima de dicho beneficio y por primera vez en varias décadas votaron por Hoover, es decir, por el hombre a quien los demócratas consideraban algo así como el representante en Washington de las compañías monopolizadoras de la electricidad.

Pese al hecho de que las secciones rurales de los Estados Unidos no hayan disfrutado hasta ahora de la electricidad en la proporción en que lo han hecho Suiza, Francia, Bélgica, Dinamarca, Noruega, Finlandia y hasta el Japón, lo cierto es que Norteamérica fué una de las primeras naciones donde se usó la electricidad en gran escala, y actualmente disfruta del más alto porcentaje del mundo en lo que se refiere a grandes indus-

trias movidas por electricidad. Naturalmente, tal energía le era suministrada al consumidor por entidades privadas.



Rubby Hudson, de 16 años, que ha ganado el campeonato de pastelería celebrado recientemente en Smithton Mo., Rubby ganó el concurso con el pastel de manzana que vemos en la foto.

## La Palabra Perdida

### LA CLAVE DE LA SABIDURIA SECRETA

"Como un rayo del cielo, la palabra fué hablada y de las reverberaciones de sus sílabas sagradas, vino la creación del universo"—así dice una leyenda muy antigua. A través de los siglos hombres han buscado en vano por esta palabra perdida. En su lugar hallaron las claves de una sabiduría secreta. Aprendieron como abrir las posibilidades ocultas que duermen dentro de todos... poderes que pueden mejorar su vida.

#### Este Libro Sellado—Gratis

Los Rosacruces publican un libro sellado en cual le describen como puede usted obtener esta abundancia que le dará más alegría y más gratificación en su vida. Para obtener su copia gratis sin obligaciones, escriba a: Escribano P.G.T.

### LOS ROSACRUCES (AMORC)

San José, California, E. U. A.  
NO ES una organización religiosa.



Achille Ratti, seminarista.



Mons. Ratti, bibliotecario.



S. E. el Cardenal Ratti.



S. S. el Papa Pio.

# LA VIDA DE PIO XI EL PAPA DE LA PAZ



Por Henry du GUE,  
versión española para  
el DIARIO



L'INGENIERO  
FRANCO RATTI



TERESA GALLI  
LA FERME

ACHILLE Ratti nació el 30 de mayo de 1877. Creció arrullado por el canto callado del trabajo. Su padre fué a Desio, donde obtuvo la gerencia de una pequeña manufactura de hilados perteneciente a los her-

manos Conti, de Milán. Su madre, *donna* Teresa, tenía ya que educar cuatro muchachos, y más tarde el quinto; llevaba a sus niños en una escrupulosidad impecable, y la casa como un santuario de plata. Trabajaba. Los hijos mayores la ayudaban en las labores de la cocina y el arreglo de la casa, a pesar de que también trabajaban fuera. ¿Cómo fué que Achille, él también, no se entregó a los trabajos manuales?

A la edad de 10 años el niño sintió su primera pena. Tuvo que abandonar Desio para irse a Milán. No estaba lejos: 18 kilómetros apenas. Pero tenía que separarse de *donna* Teresa, por la cual tenía más que amor, una profunda veneración. Estaba acostumbrado a acariciarla calladamente (siempre fué poco expansivo), pero profundamente. Transcurrido el tiempo—a sus 63 años—aún sufriría al abandonarla, para irse a Polonia.

### DOS PAPAS FRENTE A FRENTE

En San Pedro Mártir, el pequeño Seminario, pronto se reveló como un estudiante fuera de lo común. El adolescente continuó sus estudios después en Monza, volviendo a San Carlos de Milán, al Gran Seminario, en una permanente emulación con su amigo de la infancia Lualdi. Durante las vacaciones, su Arzobispo Mons. de Calabiana, celoso en la preparación de los cuadros para su diócesis, decidió enviar a Roma a su Achille Ratti, con el fin de que cursara estudios superio-

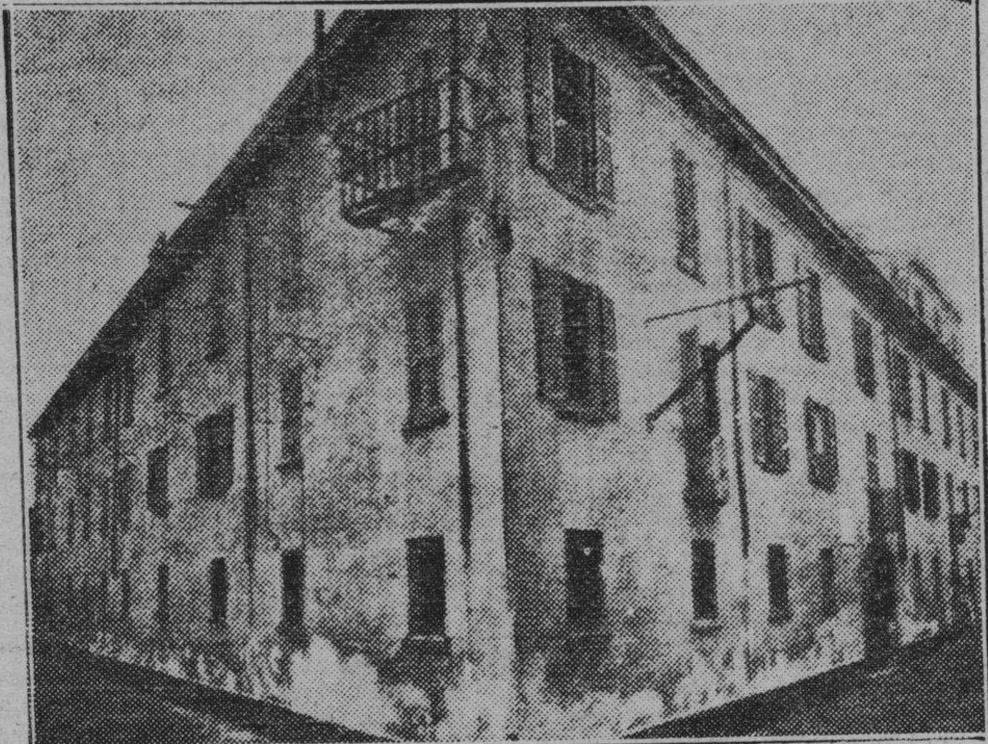
ESCENAS Y MOMENTOS DE UNA EXISTENCIA EDIFICANTE QUE LLENA TODA UNA EPOCA DEL MUNDO.

res. Y como siempre, esos estudios estuvieron fuera de lo común.

Los abates Lualdi y Ratti fueron los primeros doctores de la Academia de Filosofía

que acababa de fundar León XIII. Ratti obtuvo exactamente 25 puntos, el máximo.

El Papa, feliz por los resultados de estos alumnos, quiso verlos; pero debido a un error,



En la habitación cuyo balcón está marcado con una cruz, nació Pio XI. (En el pueblo de Desio, a unos 18 kilómetros de Milán).

le esperaron en el Vaticano durante horas, lo cual es demasiado aun en Roma. Por fin llegó León XIII; remontó el júbilo llevado por dos hombres—no caminaba de hacia mucho tiempo—; se dió cuenta de los dos jóvenes prelados tocados con el manto de ceremonia y de rostros un poco asombrados...

Su actitud le emocionó; informado se cuenta del error, y en consecuencia, con gran afecto, haciéndoles señas de que se acercaron a él, puso su mano débil sobre la cabeza bruna de la cabeza rubia, bendiciendo a los dos pequeños abates y dedicándoles largos cuartos de hora, distinción que siempre se había disputado los ministros, embajadores y pretendidos. Y ninguno de los tres personajes de esta excepcional escena sospechó un instante que el Papa de 1879 estaba ya en el camino de trazar las vías futuras de la Iglesia—que él ni su interlocutor lo supieran—al que habría de ser Papa en 1922.

### PROFESOR Y BIBLIOTECARIO

Y he aquí a nuestro joven Ratti de regreso de Milán, con sus múltiples diplomas de Filosofía, de Derecho Canónico. Se le envió a hacer cuatro meses de vicariato a una pequeña parroquia, Barni, en el Valsesia; después se le confió sucesivamente dos cátedras de primer orden en el Seminario: la de Teología y la de Elocuencia.

Sus estudiantes estaban sorprendidos y encantados: el nuevo profesor sabía de todo, todo lo comprendía y tenía ideas generales sobre todo. Instantáneamente hizose célebre.

Don Ratti parecía tener trazada ya la carrera, profesor, después director, inmediatamente Obispo, Cardenal; pero él no tenía la ambición de *far carriera*. En 1886 los libros amigos, vienen nuevamente a solicitarle. Queda vacante una plaza de profesor, esto es en la biblioteca ambrosiana. Don Ratti, seducido por esa existencia de ciencia pura, de orden, de elevación, solicita la plaza. Y la obtiene. Allí permanecería 30 años.

### CON SADI CARNOT

Existencia reclusa la mayor parte del tiempo, pero fortaleciendo siempre su educación. Es ella la que conduce a don Ratti a menudo al extranjero donde don Carnot le reserva las misiones de confianza. Le envía a Viena, a Londres, a París.

La ocasión de esta visita a París, fué un asunto protocolar: se trataba para Ratti de acompañar a uno de sus amigos, Mons. Radini-Tedeschi, que tenía que llevar al Presidente de la República el birrete de Cardenal destinado al Arzobispo de Rodez, Mons. Bounin. Ratti llegó a París el primero de julio de 1893. El 2 dijo misa en Nuestra Señora de las Victorias. El 4 en la Capilla del Eliseo tomó parte en la ceremonia de colocar el birrete al Presidente Carnot:

Inmediatamente asistió a una comida oficial. Es el único Papa que haya comido en el Palacio del Eliseo. Inmediatamente, una reunión interesante: se le presentó al ministro de Instrucción Pública y Cultos, con el que conversó no sin placer: era un debutante al que se reservaba un gran porvenir. ¡Se llamaba Raymond Poincaré!

#### LA COMUNA DE MILAN

En 1898, una terrible sacudida. Un movimiento revolucionario estalla en Milán, la industria. Se trataba de echar al gobierno proclamado la Comuna. Se batió la gente en las fábricas y en los arrabales.

Algunos prelados, particularmente don Albertario, gran amigo de Ratti, no ocultaba sus simpatías, parciales por lo menos, por el movimiento. Don Ratti no le siguió:

—No—dijo—no debemos mezclarnos en la política, en este caso de lucha. Nuestra misión es de conciliación y de paz.

Y lo probó. La batalla de las calles se extendía hasta el campo. Las iglesias fueron amenazadas y no se celebraban oficios. El Cardenal Ferrari en persona, cuyas simpatías liberales eran bien conocidas, fué invitado por las autoridades a ponerse a buen recaudo. Casi solo, Ratti no abandonó la ciudad.

Y salvó a los inocentes. En la batalla de las calles, los insurgentes penetraron en el convento de los capuchinos, vistiéndose con las ropas de los religiosos, y así ataviados, disparaban sobre los soldados. El ejército avanzó, registró el convento y halló, en las celdas de los capuchinos, a los verdaderos. De todas suertes fueron arrestados, y ya se preparaban a fusilarlos por haberseles sorprendido en flagrante delito, cuando intervino Ratti. Convenció al oficial, obtuvo una dilación y pudo por último probar su inocencia.

#### LA CONQUISTA DE MONT-ROSE

Lo que Don Ratti amó siempre con pasión en su cara Italia, fueron las montañas, su «corona» alpina como él decía. El escolar de Asso fué un día, con uno de sus compañeros—don Grasselli—, alpinista consumado.

Cuando disfrutaba de algunas vacaciones, vestido con ropas laicas, con su saco a la espalda—donde jamás faltaba la estola y el breviario—, comenzaba inmediatamente la ascensión.

El 29 de agosto de 1889, don Ratti y don Grasselli partieron de Macugnana para ascender a la punta Dufour, en el Mont-Rose. Nadie había podido ascender y, en 1886, Marchetti e Imseng, que lo habían intentado, murieron.

Al alba, partieron conducidos por el guía José Gadin. Apareció Mont-Rose.

—En el escenario de una incomparable belleza—exclamó Ratti.—Bajo los primeros rayos del sol que le ofrecen su corona rosa, se levanta el coloso alpino. ¿Invitación o desafío?

Por la noche llegaron al refugio de Marchetti. Depusieron el glaciar rompiendo, rampando, izándose y, después de varios prodigios maravillosos, dieron, la segunda noche, un pasadizo estrecho. A pocos pasos estaba el Ostspitze, el pico de Punta Dufour.

Pero quedaron presos por su victoria: llegó la noche. El viento helado de las cimas soplabá despiadadamente. Imposible descender. Entonces, dándose cuenta de un reborde, unos metros más abajo, poco nevado, decidieron pasar en él la noche. Se instalaron allí las ocho y media. ¡Y qué noche! Estaban colgados a 4.600 metros sobre el nivel del mar, sin poderse mover. El café, el vino,



S. S. el Papa Pío XI, 265 sucesor en la Silla de San Peñero.

los huevos estaban helados. No tenían nada para defenderse del sueño, mortal en los grandes fríos. Pero en una calabaza llevaban un poco de «kirsch». A sorbitos batieron el sueño con el exquisito líquido.

Al amanecer emprendieron la marcha. Franquearon—y ¡con qué esfuerzos!—el Paso Zumstein, aun inexplorado; después, habiéndose equivocado de camino, tuvieron nuevamente que abrirse paso a través de la nieve y el hielo. Fué solamente la mañana siguiente cuando llegaron al hotel Riffel, en Zermatt, donde ya se estaba organizando una caravana de socorro. Hacía cuatro días de la partida.

#### EN EL CENTRO DEL MUNDO

En 1910 Pío X llamó a Ratti; se trataba de hacerle coadjutor del P. Ehrle, prefecto de la Biblioteca Vaticana. Monseñor Ratti dudaba: tendría que abandonar a su vieja madre. No obstante, el Papa calmó su inquietud:

—De hecho no abandonará usted Milán—le dijo—; podrá hacer su vida entre el Vaticano y la Ambrosiana.

Y para dulcificar la semiseparación, el Pa-

pa envió su fotografía a la vieja señora Ratti, en signo de bendición consoladora.

Pero en 1914 el P. Ehrle tomó el retiro abandonando Mons. Ratti su biblioteca; pero situándose en un lugar de primer orden. En su nueva posición trabajó conocimiento con el extranjero y con la política internacional.

Estas novedades gustaban a su espíritu curioso y filosófico, y como la madre se unió a él en Roma, se sentía perfectamente feliz.

Y ocurrió que en junio de 1918 otro Papa le sacó de sus libros. Por consejo de Mons. Ceretti, Benedicto XV envió a Mons. Ratti (a despecho de su respetuosa resistencia) como «visitador» de Polonia.

#### EN EL PAIS DE LOS SOVIETS

Se hospedó muy modestamente en casa de un cura en Varsovia. Durante más de cuatro horas recibió a todo el mundo, cada mañana; dió el ejemplo de la piedad sumándose a las grandes peregrinaciones polacas; así, en 1919, cuando la visita a la Virgen Negra de Vilna, soportando una temperatura de 14 grados bajo cero y la copiosa nieve, permaneció más de dos horas arrodillado en la nieve... Por último, pasaba trabajando lar-

gas horas en su despacho, incluso más allá de la media noche.

Ante el éxito de su gestión Benedicto XV extendió su jurisdicción a todos los viejos territorios rusos e incluso a la Rusia misma. Mons. Ratti, historiador y místico, quería ir a Moscú. Escribió a Benedicto XV pidiéndole autorización.

—Yo creo—escribía—que para salvar este inmenso país hay que hacer más que los ruegos; hace falta sangre católica, la sangre de los prelados...

—Prepárese pues—le contestó simplemente el Papa.

Mons. Ratti empezó el arreglo de su equipaje al tiempo que solicitaba el visa de los soviets. ¿Lo obtendría? Otro despacho se anticipó al que él esperaba de Moscú: fué un despacho de Roma, que anunciaba al Visitador Apostólico haber sido nombrado Nuncio en Polonia. El primer Nuncio desde hacía 125 años.

#### EL PAPA

El 13 de junio de 1921, en Consistorio, Achille Ratti fué nombrado Cardenal, adjudicándosele la Diócesis de Milán. Después de

la ceremonia en que pronunció el más destacado discurso de todos los cardenales. Benedicto XV llamó aparte a los tres nuevos purpurados y, en una suerte de profecía, les confió su pensamiento íntimo:

—Hoy —díjoles— os he concedido el rojo, pero, para uno de vosotros habrá pronto el blanco.

El nuevo arzobispo se entregó a visitar su Diócesis natal, de la que aun desconocía algo. Sentíase, de nuevo, perfectamente feliz.

El 16 de enero acababa de visitar una obra que le era muy grata, la Casa Beccaria, para jóvenes, en Arese. A su regreso al palacio arzobispal halló un telegrama procedente de Roma: el Papa Benedicto XV, de salud precaria, estaba muy mal. El 23 de enero, efectivamente, moría el Papa.

Algunos días después tomó el tren el cardenal Ratti.

Su hermana Camila, que le amaba tiernamente, inició tímidamente la cuestión que todo el mundo tenía en los labios.

—Achille —le dijo, —¿será posible tu elección?

El cardenal se encogió de hombros. —*Pie sciocchezze!* —contestó. (Eso son piadosas tonterías).

En la estación, numerosas jovencitas le obsequiaron con flores.

—Blancas—murmuráronle—como el hábito que vestirá a Vuestra Eminencia.

—Ah, no—contestó vivamente el Cardenal—; llevadlas ante todo a la capilla.

Pero esta vez los cristales de sus lentes se empañaron.

#### PRISIONERO

El jueves 2 de febrero, a las cuatro, el secretario «conclavista» del Cardenal apareció en la pequeña habitación de su superior, en los viejos departamentos del Colegio Lombardo. Llevaba en su brazo la gran capa violeta, que constituye el traje de duelo de los cardenales. Y dos maletas.

—Es la hora, Eminencia.

Siempre silencioso se levantó el cardenal, tomó su sombrero, descendió. El auto atrancó penetrando en el estrecha calleja del Mascherone, que atraviesa el Tíber, contornea San Pedro y penetra en el Vaticano por la puerta de los Borgia hasta la Corte de San Dámaso.

La frase de un prelado milanés, a su partida: ¿iba a verificarse?:

—No se deje sorprender—le había dicho—, Eminencia, como un «ratti» en la ratonera.

Y el cardenal había contestado sonriente: —Conozco todas las puertas secretas del Vaticano.

¿Las conocía bien? Ganó su celda: una cama estrecha de madera y una pequeña cama estilo Munich, dos sillas estilo XV, un crucifijo. Eso era todo. Fué a la Sixtina para llenar las formalidades de entrada en el Cónclave.

Durante todo esto llegó la noche. Sonó el tambor. En la más alta «loggia», una campanita. Antorchas llameantes corrían en todas direcciones del Vaticano. Era el Mariscal del Cónclave que hacía evacuar los lugares donde sólo podían permanecer los cardenales.

—*Extra omnes, extra omnes!* ¡Salid todos!

Lentamente el Vaticano se vació.

—*Extra omnes!*

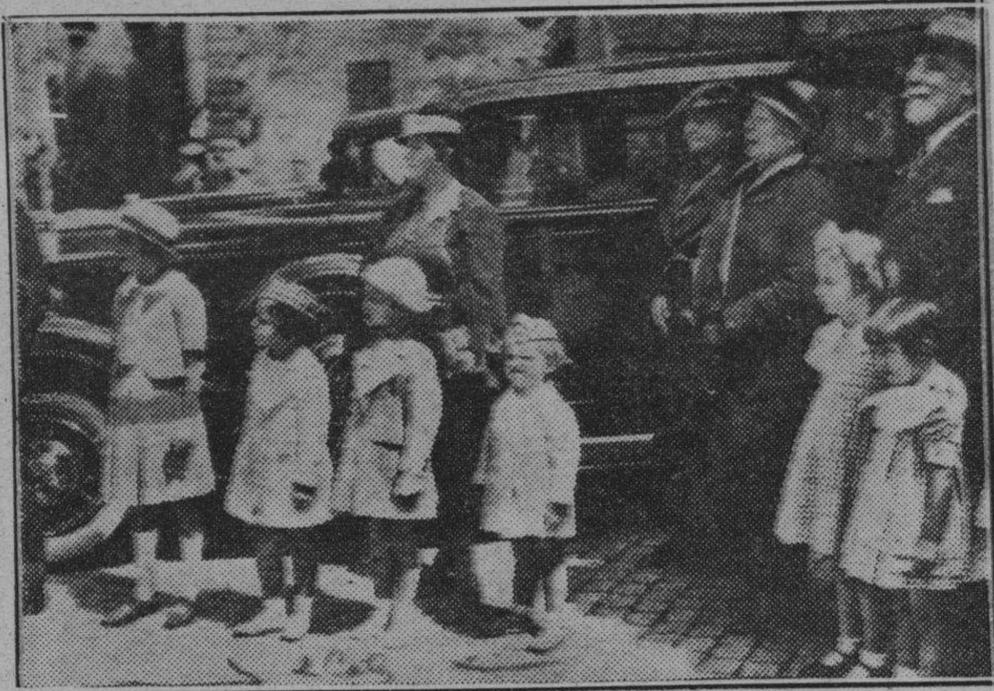
El grito retumbaba ahora en el desierto. Los llaveros se aproximaron cerrando las puertas.

El cardenal Ratti había penetrado en su celda y, lleno de angustia, se lanzó a los pies de su crucifijo corriente.

#### ¡TENEMOS PAPA!

Transcurrieron cuatro días. Doce vueltas en los escrutinios tuvieron lugar. Y todo en vano. El Cardenal Gasparri iba a la cabeza de todos, pero no logró depasar el número de 30 votos. Entre 53 votantes, una mayoría de los dos tercios, son 36. ¿Iba a durar el Cónclave un mes?

# LA VIDA DE PIO XI



Las dos hermanas de Pío XI, con sus hijos.

El domingo por la noche, en las conversaciones entre uno y otro escrutinio, el viejo Secretario de Estado sugirió el nombre del Cardenal Ratti, que tenía desde el inicio de las votaciones cierto número fiel de votantes y que no «estaba marcado», como él, por el signo del gobierno. En suma: era el *homo novus*.

El lunes por la mañana el Cardenal Ratti dijo su misa. Largamente, silenciosamente, lloró.

Y he aquí el décimo tercer escrutinio: gruesos paquetes de boletas «Ratti» aparecieron... Pero no llegaban a los 36 votos.

Y ahora la décimacuarta votación... A las 11 de la mañana, el último de los cardenales, Mons. Laurenti, depositó su voto. Los escrutadores gritaban en alta voz:

—Ratti, 34... Ratti, 35... Ratti, 36.

—¡Tenemos Papa! —gritó, alegre, una voz. —*Habemus Pontificem!*

Todos los cardenales miraron. Fué el cardenal Gasparri, emocionado quien no había podido esperar el final del escrutinio. La cuenta de votos terminó: todo el mundo había votado por el cardenal Ratti.

#### UN MINUTO DE HISTORIA

En uno de los tronos—el duodécimo, a la derecha—un cardenal permanece mudo y de pie. No es aun el Papa: es el que lo será, cuando acepte. Ante él ya todos los baldachines violeta se han bajado. Sus compañeros, a derecha e izquierda, se han inclinado en señal de respeto. Todos los cardenales abandonan su trono y se agrupan en torno de él, formando un gran círculo, donde se destaca, en el centro, la estatura enorme del Cardenal Vicente Vannutelli, Decano del Sacro Colegio. Se aproxima y, en latín, pronuncia las frases tradicionales:

—¿Aceptas tú esta elección de Soberano Pontificio?

Un enorme silencio. Al cabo de un momento, la voz del Cardenal Ratti se eleva lenta, con ese acento nasal de los milaneses, pero decidida:

—No quiero que se diga que he titubeado en acatar la voluntad del Señor... No quiero que se diga que he rehusado la carga que viene a abrumar mis espaldas, ni que deje de ser sensible a los deseos de los su-

fragios de mis hermanos del Sacro Colegio.... Así, pues, a despecho de mi indignidad, de la que tengo profunda conciencia, acepto. Pero después de haber protestado ante vosotros la decisión de salvaguardar y defender todos los derechos de la iglesia, todas las prerrogativas de la Santa Sede, mi primera bendición será ofrecida desde la *loggia* exterior de San Pedro.

Los cardenales permanecieron silenciosos y confusos. La innovación era atrevida. Ella orientaba a la Santa Sede, sin contrapartida aun perceptible, en el sentido de la reconciliación con Italia.

Muchos como el Cardenal Bogniani, se manifestaban poco satisfechos. Pero parecía claro que el elegido preferiría renunciar antes que ceder. Nadie insistió.

—¿Cómo quieres llamarte?—volvió a preguntar el Cardenal Decano.

La voz del nuevo Papa tembló un poco.

—Bajo el Pontificado de Pío IX vine a ser un nuevo niño de la iglesia, después seminarista. Es Pío X, quien me hizo venir a Roma. De otra parte, el nombre de Pío significa la paz, y yo quiero consagrar mis esfuerzos, a la obra de la pacificación del mundo, a la que se había entregado mi predecesor Benedicto XV. Elijo el nombre de Pío Once.

#### POR LA DEFENSA DE LA PAZ

Seis días después, Pío XI fué coronado Papa, y desde el primer al último día de su reinado, ha llamado al mundo en son de paz. La sugirió a las potencias reunidas en la Conferencia de Génova, en 1922, donde el Arzobispo Mons. Signori y M. Chichetini estuvieron juntos; después en su primera encíclica *Urbi aecano Dei*; más tarde en numerosos documentos, dos de los cuales se escribieron para reprobación de la guerra de Etiopía y la protesta contra el Nacional-Socialismo por la anexión de Austria.

Pío XI quiso que el Vaticano, como él mismo, se abriera a todas las sinceridades—y a todas las miserias—, como a todas las razas. Sólo su limosnero secreto—nombre bien elegido—sabe cuanto el Papa ha dado. Hambrunas en el Rur y en los niños de Rusia han conocido sus larguezas. Enfermos, enfermos tuberculosos de Francia recibieron de él, un

millón. Sería imposible anotar sus donativos en una lista.

La caridad de su corazón es más grande aun. Ni un año ha olvidado al gran Rabino de Milán que, en otros tiempos, le enseñó el hebreo. A cada festividad recibió la salutación del Papa. *Pacem super Israel* (La paz sobre Israel), escribió al Rabino Cassulo. Entre los católicos, siempre se mostró acogedor, cuando han visitado Roma. Organizó la Academia Pontifical de Ciencias y la abrió a los protestantes y a los judíos. Pero fué ante todo hacia los orientales en quienes más pensó, resultando la unión y el sometimiento al Papado, que en su persona presidió en 1925 un pontifical de rito bizantino para celebrar el XVI centenario del Concilio de Nicea, y a los cuales dió—en 1936—un cardenal: el Patriarca sirio Tappouni.

#### PAZ CON ITALIA

Se equivocan quienes tomen a este Papa enérgico como un batallador. El que luchó por la reconciliación del mundo, es el primero en mostrarse benévolo cuando lo esencial está a salvo. Sus relaciones con Italia son el ejemplo. Cuando el Cardenal Gasparri firmó con Mussolini, el 11 de febrero de 1929, el Concordato y el Tratado que forman los acuerdos de Letrán, muy ventajoso espiritualmente para la Iglesia, alguien insinuó que las mejoras temporales de los acuerdos eran bastante detestables: un poco de territorio, algunos cientos de millones de liras... Pero se diría que, precisamente ese mal negocio encantó a Su Santidad.

—Nos place ver las cosas en el punto en que están, como en San Francisco: el minimum de cuerpo, para la mayor cantidad de espíritu.

#### EL CALVARIO DE PIO XI

Todo no es gloria. México, donde el culto está proscrito—no se admite más de un prelado por cada 100.000 habitantes—fué un dolor continuo para Pío XI. Ofreció un día a los obispos mexicanos exilados el ejemplo de los prelados masacrados en Carmona por los septembrinos de 1927. Firmó el concordato con el Reich; pero no fué aplicado y los principales católicos fueron eliminados y la palabra del Papa prohibida. Firmó los acuerdos de Letrán con Italia, pero meses después las juventudes católicas fueron ce-

rradas. En Pascuas de 1937, apenas «resucitados», denunció al mundo la idolatría del Estado, el nacional-socialismo, el Comunismo ateo. Aun entre los incrédulos, su prestigio se acrecentó; pero en España, en Etiopía, en Austria las guerras, los golpes de fuerza, las destrucciones, las masacres lo afectaron hondamente. Y aun meses antes de su muerte, siguió en su cruzada. Es debido a esto, principalmente, que sobrevino su muerte—como Pío X en 1914 falleció debido a la agresión austro-alemana a la paz.

#### «FRANCIA, A LA QUE TANTO AMAMOS»...

Es en Francia donde Pío XI encontró sus más grandes satisfacciones. En los jubileos, son los franceses los que dieron su más grande aporte. En las canonizaciones, son los santos franceses los que van a la cabeza. Santa Teresa del Niño Jesús, el Cura de Ars, Sta. Bernardita Soubirous son las más célebres entre más de 50. Pero lo que más gustó a Pío XI, es la generosidad de corazón del temperamento francés que, a despecho de las más grandes dificultades, se manifiesta en obras de toda clase. Apenas ascender al trono pontifical, dijo:

—Quiero dar a esa patria noble entre todas, un sentido especial de benevolencia.

Y dirigió a Francia su magnífica carta *Galliam Ecclesiae filiam*.

Y es por eso que muchos franceses, incluso incrédulos, se acordarán, en su corazón, de este Papa que tanto les amó.

Por lo demás, enormemente amó a todos los humanos.

# Los Amores de Barrymore con Dolores COSTELLO

(Viene de la pág. 20)

Ethel, corrí en busca de un fotógrafo que nos retrató juntos. Ethel había olvidado su cita y durante media hora se dedicó con nosotros a decirle a Walt Disney todo lo que lo envidiábamos.

Yo me parezco a mi padre, Mauricio Barrymore. Parece un atrevimiento el que me compare con tal ingenioso, encantador, amigable y popular personaje, pero diré también que lo supero en sus vicios, que eran pocos, y no alcanzo en sus virtudes, que eran muchas.

Tal vez yo me parezca más al notorio y poco sesudo abuelo de su madre, el séptimo Earl of Barrymore, mejor conocido por «Hellgate» (Puerta del Infierno) quien tenía una hermana cuyo lenguaje era tan volcánico que se la conocía por «Billingsgate» (Puerta de una barriada londinense).

«Hellgate» era uno de los más notorios truhanes del siglo XVIII. Una historiador ha escrito de «él»: «De todos los disolutos compañeros del Príncipe de Gales (Jorge IV) Lord Barrymore era el más abandonado».

Se trataba de un rico, robusto y decidido irlandés quien, aunque nunca fué profesional, estaba considerado como uno de los mejores actores de Inglaterra. A la edad de 19 años construyó en su propiedad de Wargrave un teatro que le costó sesenta mil libras.

El nombre de mi padre era Herbert Maurice Blyth, y pertenecía a una distinguida familia inglesa. Nació en la India y fué educado en Harrow y Oxford.

## EL PADRE DE UN FAMOSO TRIO

Mi padre era alto, un caballero de magnífico físico. Había ganado la Copa de Queensbury y fué campeón «welterweight» boxerial de Inglaterra entre los aficionados, un honor que sus padres conservadores miraban con horror.

Es de suponerse la escena que se desarrollaría en su casa cuando anunció que se iba a convertir en un actor. Tal vez hubiera sido mejor que dijera que se iba a hacer un bandido y a asaltar a la gente en las encrucijadas.

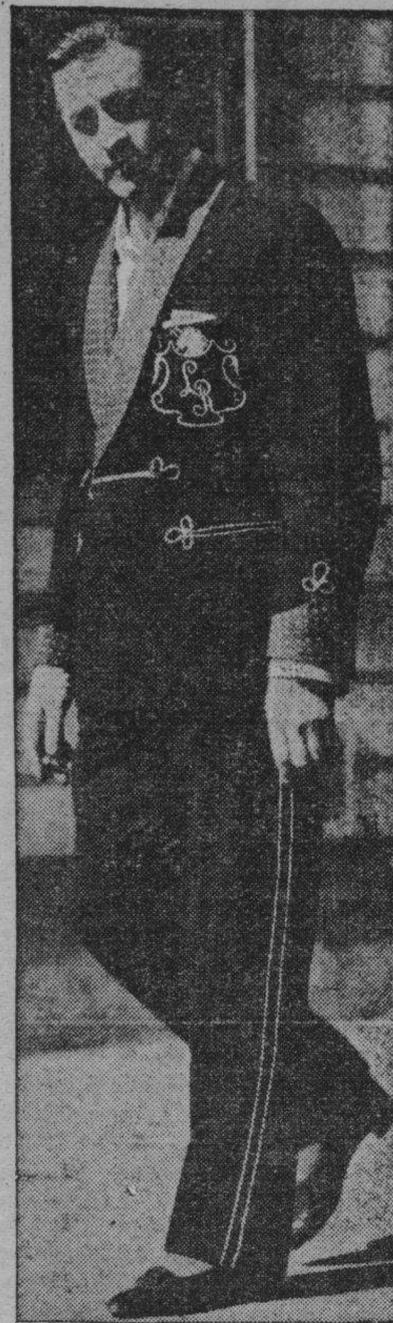
Pero ni las súplicas ni las amenazas de sus familiares surtieron efecto, y lo más que le concedió a los suyos, a petición de su tía Ana, fué cambiarse el nombre, para que un Blyth no pasara por el desprestigio de actuar en el teatro.

De manera que escogió el apellido de su madre y se convirtió en Mauricio Barrymore. Y su éxito fué inmediato. Aunque fuera de la escena no se preocupaba por el vestido, en ella era inmaculado, con lo que llevó al teatro inglés el mismo aire de distinción y cultura que John Drew tuvo en la norteamericana.

Cuando Mauricio Barrymore vino a los Estados Unidos en 1874, fué contratado para trabajar en la compañía de Agustin Daly, donde conoció a John Drew, por quien después sintió gran cariño. Mi tío Jack lo presentó a su hermana Georgie Drew, con quien se casó un año después.

Mme. Helen Modjeska dijo en una ocasión de mi padre: «Era uno de esos jóvenes bien parecidos que tienen la rara facultad de ganar todos los corazones. Las mujeres lo admiraban mucho, pero él era demasiado intelectual para ser un mero ídolo de matinée».

Vivía al día y nunca se preocupaba por el futuro, gastando el dinero tan pronto como lo obtenía. Mi madre lo amaba entrañablemente, pero me inclino a creer que algunas veces hubiera deseado, un tanto descorazonada, poder cambiar el ingenio y encanto de su marido por un nuevo abrigo o una cena de pavo.



John Barrymore en su casa, en la época de su matrimonio con Michael Strange.

# LA FIEBRE acabará con Ud. si no empieza a tomar QUINIUM LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS  
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



encioso no hubiera podido fallar. Mi madre, enorme, iba tras de ella. Y había cerrado la puerta y tirado la llave por la ventana.

Dolores tuvo que decir las palabras que, escritas en los títulos, le habían dado siempre el k. o. al público: —No, no! ¿No tiene madre o una hermana?

Cuando los amantes del cine hablado quisieron imitar a los días silentes diciéndoles: «Te amo! Te amo! Dios sabe todo lo que te amo!», aquella resultaba mejor, en cuanto a comicidad, que todo lo que había hecho Charlie Chaplin.

Al principio nadie conocía la razón, pero al fin se dieron cuenta de que obedecía a que el público había comenzado a comprender que en la vida real el amor se expresaba de esta manera.

Pasaron varios años antes de que se dominara el nuevo arte, porque fué difícil combinarlo de que el cine hablado no era una combinación hecha con distintos elementos del teatro y el cine silente, sino una cosa nueva. Y cuando se dieron cuenta, John Barrymore no tuvo necesidad de seguir haciendo el tonto, sino que por primera vez en su carrera artística de cine pude poner un manifiesto otras condiciones que contribuyeran al éxito, tales como la voz.

## LA HISTORIA DE LOS BARRYMORE

Tenia cincuenta años de edad cuando nació mi hijo, el primer Barrymore varón que vino al mundo desde que yo lo hiciera medio siglo antes. La fecha de su natalicio fué el 4 de junio de 1932. La sangre mezclada de actores y actrices—Barrymore y Drews—corría por sus venas.

De la misma manera que mi padre, Mauricio Barrymore, llevó nueva sangre a los Drews, así Dolores Costello había enriquecido a las otras dos ramas. Dolores, una de las mejores actrices que ha tenido el cine, es hija de Mauricio Costello, de la nobleza del celuloide en sus primeros días. Su extraordinaria madre había sido una actriz y de ella Dolores heredó su buen cerebro y su excelente naturalidad. En ella no había nada del sacrificio del teatro, y probablemente tenía más sentido común que cualquiera de los Barrymore o Drew que han vivido, con la posible excepción de mi abuela, Mrs. John Drew quien, según yo la recuerdo, parecía ser una mezcla de Drew, Salomón y lechuga.

Ethel, Lionel y yo somos completamente distintos, motivo que, indudablemente, ha tenido mucho que ver con el hecho de que nos hayamos llevado bien. Ethel es un Drew adorable y luce exactamente como los retratos de nuestra madre. También posee su ingenio y su encanto.

Un día, cuando salía precipitadamente del set donde había estado filmando una escena de «Rasputín», dispuesta a visitar al modisto que la aguardaba, Lionel se dirigió a ella diciéndole:

—Ethel, quiero que conozcas...

Mi hermana, que había cancelado todas las citas con entrevistadores y fotógrafos debido a la urgencia de los trajes que tenía que probar, no le dejó terminar:

—Lo siento, querido—le dijo—pero tengo demasiada prisa y...

—Walt Disney—terminó Lionel caminando hacia ella acompañada de un modesto y pequeño individuo moreno.

Ethel hizo un mohín de delicia, tiró los cuatro paquetes que llevaba y le extendió ambas manos, exclamando:

—Mickey Mouse!

Yo acababa de entrar en el «set» y Ethel me llamó:

—Ven en seguida! ¿Quién crees que está aquí?...

Pensé que pudiera ser algún pariente perdido que retornara de repente con doce millones de dólares en Bonos de la Libertad.

—Walt Disney! —añadió entusiasmada.

Mickey Mouse!

Lo estreché en un abrazo y tuvimos una fiesta. Siguiendo las excitadas órdenes de

# Se ha extinguido la dinastía de los Verdugos Franceses

**E**L día 2 de febrero, a las seis y cuarenta de la tarde, cuando un público tan numeroso como alegre—volvía al hogar tras el trabajo cotidiano—salía del subterráneo parisino en la estación de Saint Cloud, un hombre de edad avanzada y apariencia frágil que se mezclaba entre los otros, cayó de repente al pavimento para no levantarse más. Cuando vino la policía y se registró al tan inesperadamente fallecido, el guardia que practicaba la diligencia lanzó una exclamación de estupor: el muerto era nada menos que «Monsieur de París».

Efectivamente, se trataba de Anatole Deibler, verdugo oficial de la República Francesa. Y al fallecer de tan inusitado modo, terminaba con él una dinastía de verdugos que había perdurado en Francia durante 120 años. El muerto había estado ejerciendo el truculento oficio de cortar cabezas, nada menos que ocho lustros.

Precisamente en los momentos en que lo había alcanzado la guadaña, se dirigía al Ministerio de Justicia a recoger la orden de ejecución de un condenado, así como los correspondientes emolumentos. Al día siguiente, manipulada por su mano hábil, funcionaría una vez más la guillotina, y la testa de un asesino rodaría por el suelo, reivindicada así una sociedad que continúa comulgando con la ley del «diente por diente». (A veces, como en un caso reciente de Nueva York, son cinco dientes por uno).

La familia Deibler procedía de Baviera y se aposentó en Francia en los tiempos de la Revolución siendo el primer verdugo de la dinastía José Deibler, que tomó el cargo en Dijón después de haber fracasado como propietario de un café. Como seccionador de humanidades, en cambio, se elaboró un record

Ciento veinte años de servicios idóneos a la guillotina, tienen un abrupto final cuando Anatole Deibler, "Monsieur de París", muere de repente al salir del subterráneo mezclado entre el público.—Había descabezado a más de cuatrocientas personas en sus cuarenta años de funcionario público.—Su actividad ha sido sobrepasada por Mr. Elliot, el verdugo de Nueva York, que sólo lleva 13 años en el oficio

tan bonito, que a su muerte las autoridades de Francia estimaron indispensable mantener la dinastía de sus verdugos, de la misma manera que habían venido manteniendo las dinastías de sus reyes.

Anatole Deibler realizó su primera ejecución el primero de enero de 1899, sucediendo a su padre Luis Anatolio Estanislao Deibler, que abandonó este valle de lágrimas después de haber cortado 169 cabezas, algunas de ellas femeninas. Su hijo más que duplicó su esfuerzo, toda vez que se calcula que hizo funcionar la guillotina unas cuatrocientas veces. Su mejor año fué el 1921, cuando ofició de verdugo en 23 ocasiones.

El sueldo de que disfrutaba «Monsieur de París» era solamente de 18.000 francos o unos 475 dólares al cambio actual. Y aunque ese salario lo aumentaban «los gastos»

bajo el aspecto de ingresos, M. Deibler no estaba a la altura de Robert Elliot, el verdugo neoyorquino que despacha a sus clientes por el más moderno procedimiento de la electrocución.

El verdugo, por lo menos en sus últimos tiempos, era un hombre triste que no buscaba la compañía de otras personas. (Es de suponer que tampoco buscarían la suya). Su gran tristeza o pedecía a la pérdida de su hijo, que esperaba lo sucediera en la dinastía, pero que murió antes de que tuviera tiempo de recibir la herencia. Un sobrino, Andrés Obrecht, que fué su auxiliar en los últimos años, se ha negado a continuar la tradición familiar, por lo que ahora el candidato que aparece con mayores posibilidades es Henri Deforneau.

Elliot, el verdugo neoyorquino que oficia en Sing Sing, lleva solamente trece años en-



EL NUEVO VERDUGO FRANCÉS

Esta fotografía del candidato a verdugo de la República Francesa, Henry Deforneau, le fué tomada en el entierro de Anatolio Deibler, que disfrutó del cargo durante cuarenta años, en cuyo tiempo cortó más de cuatrocientas cabezas.

viando ciudadanos al otro mundo por la silla eléctrica, pero en ese tiempo le despachado a 194 personas al precio de 150 dólares por cabeza, de modo que sus emolumentos han sido 29.100 dólares.

Pero Elliot, por ser solamente el verdugo oficial de Nueva York, tiene «buscas» que no posee el funcionario público francés. De ese modo se da paseos por las prisiones de Massachussets, Vermont, Connecticut, New Jersey y Pennsylvania, y se afirma que electrocutar a los condenados a muerte en esos estados le deja tanto dinero al año como el enviar al otro mundo a los neoyorquinos. No habrá que decir que atendiendo por solo a tan numerosa clientela, Elliott ha atendido a más gente que cualquier otro verdugo contemporáneo.

Es posible que los franceses no quisieran amistad con «Monsieur de París». En cambio, los vecinos de Elliott en la confortada barriada de Richmon Hill, Long Island, tienen a menos saludar con afecto a «Monsieur Elliot», cada vez que lo ven entregado a su suave, casi poética tarea de regar las flores del jardín de la casita donde vive hace veintidós años. Tal vez sus melifluas saluciones parecieran traducirse como un rotundo «¡gracias!».

Cuando en 1926 Mr. Elliot se hizo cargo de su nuevo empleo, trató de ocultar a sus familiares y sus amigos que el hombre que despachaba en Sing Sing a los más notorios delincuentes, era él. Pero sólo unos meses pudo mantener la incógnita de su personalidad, porque una noche los indiscretos porteros lo siguieron a su casa y se enteraron de todos los íntimos detalles que él quería mantener secretos. El hecho sin embargo, en nada complicó su vida de hombre aplicable e industrial, que ejerce su oficio de verdugo ajustándose en todo a la moderna técnica.

Los tres individuos más célebres ejecutados por Mr. Elliott fueron Saco, Vanzetti y Hauptmann. De las mujeres es posible que la más notoria fuera la parricida Ruth Spang, asesina de su esposo.



REVISTA MILITAR EN TUNEZ. En Túnez, desde hace meses, se intensifica la preparación militar y se trata de infiltrar en el ánimo de los tunecinos la conveniencia de que se pongan al lado de Francia. Con ese motivo son frecuentes las revistas. Aquí vemos un aspecto del último desfile de tropas con motivo de la incorporación de nuevas fuerzas a las que hacen servicios en esa importante posesión francesa.

# La Princesita...

(Viene de la Página 18)

...ante del cuello la insignia del Toisón...  
Grandes fueron las fiestas, muchos los banquetes y saraos; muchas las alegrías, muchas las gracias y dones que la Real munificencia hizo a nobles y plebeyos; pero ¡ay! que en el pecho de un hombre sollozaba el corazón y gemía el alma y el dolor amargo y cruel comenzaba a cambiarse en odio...  
Don Carlos, Príncipe de Asturias, heredero de España, sufría, sufría horriblemente y en el Rey ya no veía un padre: en él veía al asesino, al rival...

## VIII

De Flandes las noticias no eran tranquilizadoras: los protestantes amenazaban con levantarse en armas y los valones que hasta entonces se habían mostrado fieles murmuraban también.  
Recibía el Rey informes confidenciales de una conspiración que en Bruselas se tramaba y cuyo objeto era proclamar la independencia de Flandes y los Países Bajos y colocar la nueva corona sobre las sienes de Don Carlos.

Varios fueron los nobles que en esta premeditada (pues ningún historiador—ni aún el Sr. Sepúlveda—pudo hasta hoy autentificar los hechos) conspiración fueron comprometidos y a los que el Rey, por consideración a sus hijos, castigó con penas de destierro o privación de honores por más o menos tiempo.  
Cuanto a Don Carlos que era en lo físico tan tanto en lo moral la reencarnación de Augusto abuelo el César, su carácter hacía más en más violento, llegando a amenazar con su espada en plena cámara real, al anciano y venerable Duque del Infantado.

Todas estas agitaciones tenían en perpetuo al Monarca a cuyos oídos llegaban también rumores de ciertas entrevistas, o más o menos secretas, celebradas entre la Reina y el Príncipe. Y su corazón, ya un tanto agitado por los años y las miserias de la vida, ya aún a los poderosos respetan, comenzó a temer lo que años más tarde Don Pedro de Alarcón había de llamar «el mayor misterio».

## IX

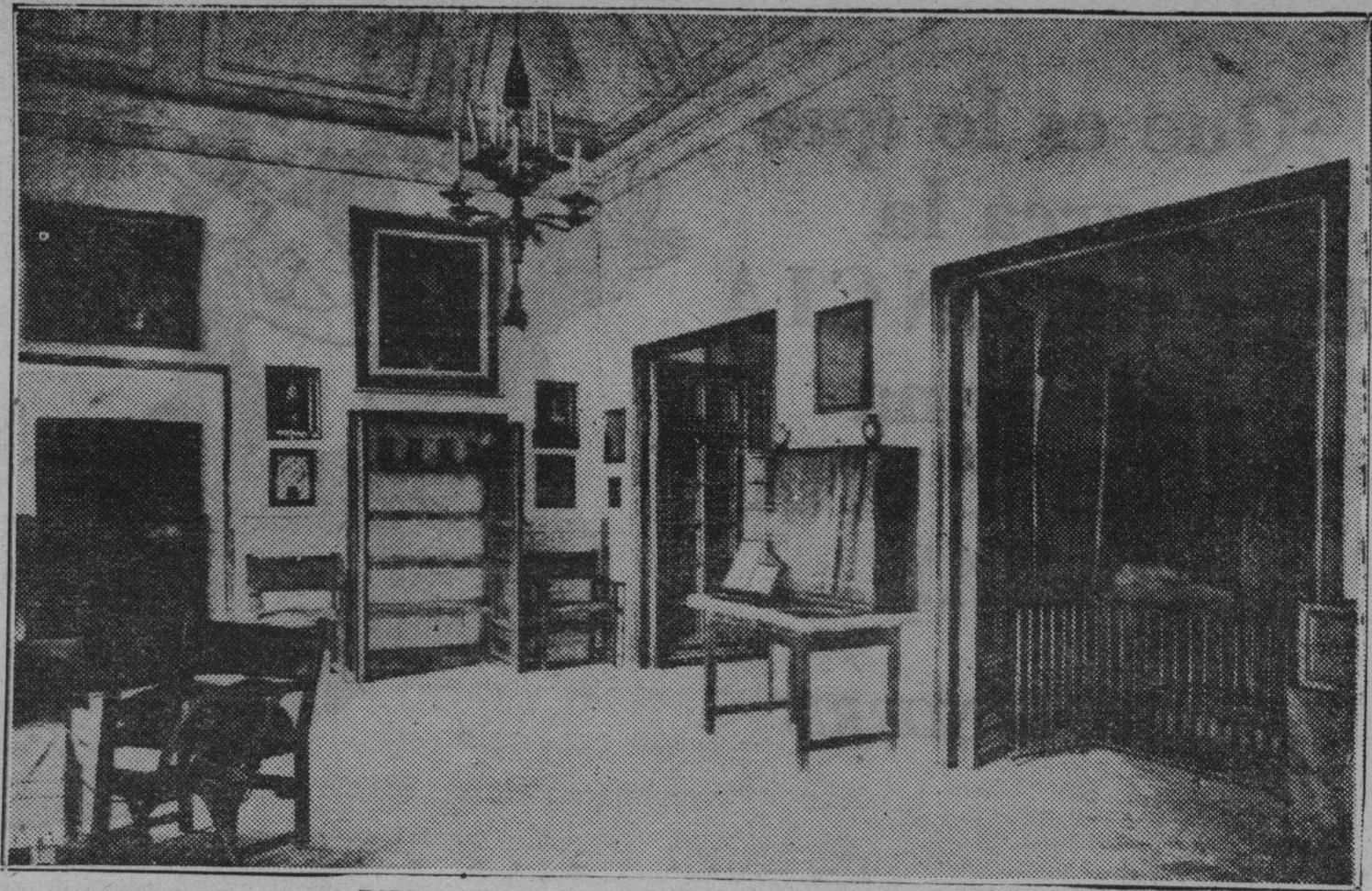
Todas estas cosas y otras relacionadas con el proceso que por entonces se seguía al Sr. Antonio Pérez, decidieron al Monarca salir de su atonía habitual y ordenó la reunión de su Consejo. Rompiendo con su costumbre expuso todos los hechos de una y otra naturaleza que creía reprochar, con más fundamento a su hijo y presentó al Sr. Pérez como a los negocios domésticos.  
Lo cierto es: que el Príncipe fué interrogado varias veces por el Presidente del Consejo y Cámara de Castilla; que el Monarca le conminó con declararse culpable y que así volvería a su real gracia y estima.

La vida de la Reina deslizábase en tanto triste y sombría: los espléndidos salones del Alcázar, la etiqueta rigurosa de la casa de Austria, la severidad de costumbres—más aparente que real—de la Corte fatigaban el ánimo juvenil, el carácter jovial, de la hija del Sena...  
Una mañana anunció un heraldo que Don Carlos de Austria, Príncipe de Asturias y heredero de la Corona de España había fallecido... ¡El pudricero, recién construido, recibió uno de los primeros cadáveres reales.

Doña Isabel, la rosa de Francia, languidecía, sus colores palidecían; perdieron sus ojos azules, la dulzura, la suavidad de su mirada; la flor del Sena se marchitaba; sus pétalos caían uno a uno... y un día: la muerte misericordiosa la acogió en su seno...

Así terminó la Princesita de ojos azules que no conoció el amor...  
Así terminó el Príncipe gallardo...  
Así terminaron dos vidas... y la leyenda tendió sobre sus tumbas el trágico velo del misterio.

París, enero-febrero de 1939.  
Alejandro G. ALVAREZ  
Notas  
(A) En la Biblioteca del Arsenal y en el Museo de Carnavalet de París existen varias miniaturas de Don Carlos y Doña Isabel de Valois.  
(B) El doctor don Luis Sánchez de Almodovar, uno de los médicos de Cámara del Rey. Manuscrito de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.  
(D) Respecto del P. Chaves, el autor presentó en 1908 al Centro de Estudios Hispánicos de París, una Memoria intitulada «Les grands moralistes espagnols du XVI siècle».



PALACIO DE EL ESCORIAL: HABITACION DE FELIPE II

real y verdadera ni contra el Príncipe ni contra la Reina. ¿Por qué no enviar a Don Carlos ya que no a Flandes por las razones que vos nos habéis expuesto, pero sí a Nápoles, a Sicilia, a la Nueva España o al Perú? Cargos tenéis, Alteza, dignos de vuestro primogénito en los que se prepararía para ocupar, lo más tarde posible, el trono que Dios os concedió.

Nada dijo el Monarca; nada dijeron los otros consejeros, que la sabiduría y bondad del dominico insigne imponían a todos respeto y veneración. (D)

Levantóse el Rey indicando así que el Consejo había terminado.

## X

Y comenzó el año 1568.

La agitación político-religiosa era grandísima. Fué el Rey al Escorial, donde en meditaciones y consultas pasó largas semanas. Visitáronle los hombres más eminentes por su ciencia y virtudes y cierto día con brusquedad inusitada ordenó el arresto del Príncipe en sus habitaciones del Alcázar.

¿Hubo proceso? Nadie puede afirmarlo. (E)

Lo cierto es: que el Príncipe fué interrogado varias veces por el Presidente del Consejo y Cámara de Castilla; que el Monarca le conminó con declararse culpable y que así volvería a su real gracia y estima.

La vida de la Reina deslizábase en tanto triste y sombría: los espléndidos salones del Alcázar, la etiqueta rigurosa de la casa de Austria, la severidad de costumbres—más aparente que real—de la Corte fatigaban el ánimo juvenil, el carácter jovial, de la hija del Sena...  
Una mañana anunció un heraldo que Don Carlos de Austria, Príncipe de Asturias y heredero de la Corona de España había fallecido... ¡El pudricero, recién construido, recibió uno de los primeros cadáveres reales.

Doña Isabel, la rosa de Francia, languidecía, sus colores palidecían; perdieron sus ojos azules, la dulzura, la suavidad de su mirada; la flor del Sena se marchitaba; sus pétalos caían uno a uno... y un día: la muerte misericordiosa la acogió en su seno...

Así terminó la Princesita de ojos azules que no conoció el amor...  
Así terminó el Príncipe gallardo...  
Así terminaron dos vidas... y la leyenda tendió sobre sus tumbas el trágico velo del misterio.

París, enero-febrero de 1939.  
Alejandro G. ALVAREZ  
Notas  
(A) En la Biblioteca del Arsenal y en el Museo de Carnavalet de París existen varias miniaturas de Don Carlos y Doña Isabel de Valois.  
(B) El doctor don Luis Sánchez de Almodovar, uno de los médicos de Cámara del Rey. Manuscrito de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.  
(D) Respecto del P. Chaves, el autor presentó en 1908 al Centro de Estudios Hispánicos de París, una Memoria intitulada «Les grands moralistes espagnols du XVI siècle».

misterio.

París, enero-febrero de 1939.

Alejandro G. ALVAREZ

Notas

(A) En la Biblioteca del Arsenal y en el Museo de Carnavalet de París existen varias miniaturas de Don Carlos y Doña Isabel de Valois.

(B) El doctor don Luis Sánchez de Almodovar, uno de los médicos de Cámara del Rey. Manuscrito de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

(D) Respecto del P. Chaves, el autor presentó en 1908 al Centro de Estudios Hispánicos de París, una Memoria intitulada «Les grands moralistes espagnols du XVI siècle».

des», que fué premiada con el de 3000 de la fundación Derry-Achin. Más adelante, et Deo Volante, publicaré algunos extractos.

(E) En la Biblioteca del Palacio Real se conservó hasta 1918 fecha en que lo tuvimos entre las manos, un legajo bastante voluminoso algunas de cuyas piezas son enteramente incomprensibles para los no muy versados en la ciencia paliográfica. El Sr. Conde de Maceda, bibliotecario del Rey me afirmó que la mayor parte de los documentos del legajo contradecían en totalidad las tesis sostenidas por varios historiadores acerca de este drama doméstico de la familia Real Española que constituye uno de los grandes misterios de su historia.

# Viejas Postales Descoloridas

(Viene de la pág. QUINCE)

despedida de la tiple María Bajatierra, el tenor Andrés Boga y el barítono Joaquín García, con EL LUCERO DEL ALBA y la zarzuela MARINA, bailándose en uno de los intermedios el baile español LOS PANADEROS, por la bailarina italiana Amelia Basigana y el maestro Rivora.

19

Lara.—A las 8, EL FERROCARRIL CENTRAL, de Villoch.

Estreno de la zarzuela original de Robreño, música de Rodríguez, EL DR. PEON..

25

Payret.—A las 8, función a beneficio de la soprano Estefanía Colliamaine, con la ópera MIGNON.

Albisu.—A las 8.10, LA TEMPESTAD, por Matilde Moreno, el tenor Mateu y el barítono Villarreal.

26

Albisu.—A las 8, EL PADRINO DEL NENE.

27

Albisu.—A las 8, función corrida EL ULTIMO CHULO, y estreno de la zarzuela de Echegaray y Caballero, GIGANTES Y CABEZUDOS.

Reparto

Pilar . . . . . Luisa Bonoris  
Antonia . . . . . Julia Rupnick  
Pepa . . . . . Carmen Duatto  
Juana . . . . . Amada Morales  
Compradora . . . . . Sra. Beltri  
El Sargento . . . . . Sr. Piquer

Timoteo . . . . . Sr. Villarreal  
Pascual . . . . . Sr. Garrido  
Jesús . . . . . Areu, hijo  
El Tío Isidro . . . . . Sr. Matheu  
Los de Calatorrao . . . . . Sres. Delgado,  
Beltri, Conde, Frasquieri, Gálvez, Charrito, Chicharito.

Título de los cuadros

I.—Plaza del mercado de Zaragoza.  
II.—Vista de la Catedral y el río Ebro.  
III.—Plaza del Pilar.

El estreno de esta obra se recuerda como uno de los acontecimientos más sonados de la vida teatral habanera de aquella época. La obra se presentó a todo lujo, alcanzando la interpretación más acabada. Las decoraciones vinieron de Madrid, pintadas por los acreditados escenógrafos señores Amalio y Muriel. La jota de los repatriados, cantada ante la Catedral de Zaragoza por Matheu, Villarreal, Piquer y el coro general, alcanzó un éxito formidable y hubo que repetirla varias veces entre atonadores aplausos:

Por la patria te dejé  
¡ay de mí!  
y con ansia allí pensé,  
siempre en tí;  
y hoy ya loco de alegría  
¡ay madre mía!  
te veo al fin.

La obra se representó setenta y cuatro noches consecutivas, manteniéndose después en los carteles largo tiempo.

(Continuará)

# ¿Que es lo que marca la DIFERENCIA entre una MUJER Y UNA DAMA?

por Kathleen NORRIS



La definición de lo que es una dama es tan discutida como la de lo que es un caballero. Y por mucho que se discuta no será fácil que las gentes lleguen a un acuerdo. Sea cual fuere su cuna, su fortuna, su posición social o su educación, hay mujeres que nunca serán damas. Cuando una debutanta se embriaga en su fiesta de presentación en sociedad, e invita a un sirviente a bailar con ella de nada sirve que sus padres hayan invertido cincuenta mil pesos en el baile o que estén invitadas las familias más conspicuas, esa chica no es una dama y será difícil que lo sea jamás.

La riqueza y las relaciones no hacen a una dama. Ni siquiera los viajes a Europa y la cultura intelectual. Tampoco se crea que estamos indicando que la modesta mujer, buena esposa y madre de familia de una pequeña ciudad que cumple religiosamente todos sus deberes es una dama por ese sólo hecho. Por la palabra «dama» aunque no podamos precisar exactamente su significado, sugiere algo que todos sentimos lo que es. Significa una cierta proporción de educación y maneras con una fuerte dosis de carácter y de control de sí misma. Las muchachas ricas y de buena familia naturalmente tienen una gran ventaja: pueden vestir bien, tener los mejores profesores, alternan con gente mayor que tiene la experiencia y cultura de viajes y estudios, tienen a la mano ejemplos y un ambiente que absorber. Estas circunstancias por sí solas no hacen a una dama, pero ayudan grandemente a la que tiene finos instintos y el anhelo de alcanzar la perfecta feminidad.

Pero ¿qué puede hacer una muchacha que no tiene ninguna de las ventajas de ese medio y que quiere llegar a ser una dama? ¿Qué hace si su hogar es un sitio de prueba más que de estímulo, desordenado, pobre y vulgar y si se habla mal en rudos monosílabos? Una chica en esas circunstancias me acaba de escribir. Su historia es triste en verdad. Hija de inmigrantes europeos que jamás aprendieron bien el idioma de su nueva patria, deslizó su niñez por los barrios bajos de una ciudad industrial. Mientras iba a la escuela tuvo que trabajar para ayudar a mantener a su pobre familia. Hasta los quince años le ponían los zapatos viejos de sus hermanos mayores. Estudió para enfermera y fué tan distinguida alumna que un profesor le dejó a su muerte los medios para que continuara sus estudios. Se casó, desgraciadamente, y agregó así mayores responsabilidades a su vida y los dolores de la carrera criminal de

su marido. Murió éste hace un año en la cárcel y ella ingresó a una clínica de gran reputación donde goza de gran fama y respeto. Es más, uno de los jefes de ella quiere hacerla su esposa ahora que ella tiene 33 años.

He dicho que esta es una triste historia; pero tiene sus ribetes gloriosos también. Ana quiere casarse con su buen hombre de ciencias, pero tiene miedo. Abriga el temor de que no podrá elevarse hasta su género de vida y de los medios que él frecuenta. Profesionalmente no tiene temor alguno, pronto publicará un libro en la materia para el cual los entendidos vaticinan un gran éxito. En este terreno no sólo puede competir sino que aventajar a su pretendiente. Pero ¿será lo mismo socialmente?

«¿Es tan complicado este problema de ser una dama? pregunta Ana. No querría jamás causarle una vergüenza a Enrique. Sin embargo, sé que hay un millar de pequeñas cosas que a mí se me escapan y que me pueden marcar como «una mujer que no sabe conducirse». Queremos tener hijos; quiero que ellos puedan estar orgullosos de su madre en todos los planos. ¿Cómo puedo elevarme yo a esa zona en que las mujeres saben por instinto qué hacer y qué decir y como siempre presentarse correctamente?»

## ERRORES RIDICULOS.

Mas de una vez, por apresuramiento o distracción, algunos difundidos escritores han incluido en sus obras frases que contienen errores ridículos. He aquí, por ejemplo, una singular metáfora del conocido crítico dramático F. Sarcey: «En la voz de la señorita Margarita Ugalde se advierte la mano de su madre». También Ponson du Terrail, el autor de «Rocambole», parece haber tenido una idea muy personal sobre las manos. Dice: «Con una mano, lo sujetó brutalmente del cuello, y con la otra le escupió en el rostro». Por su parte, el apreciado historiador de Roma Jean Jacques Amperé debía poseer unos pies prodigiosos. Aludiendo a las colosales esculturas egipcias, escribió lo siguiente: «Sus pies son tan grandes como cinco de los míos». Otro conocido novelista, Emile Richebourg entendía de caballos a su manera. En uno de sus libros se lee este párrafo: «¡Huid, huid, condesa! Encontraré en el portón del parque un par de caballos ensillados, del cual os entrego la llave». Tampoco Gustave Flaubert se revela fuerte en fisiología cuando dice: «Recibió, para su fiesta, una bella cabeza frenológica, pintada de celeste y llena de iniciales hasta el tórax».

## BATAS CIEGAS.

Noticias de la India afirman que todo un campo de aterrizaje ha sido destruido por millares de ratas que cavaron en él un túnel tan ancho que la superficie del suelo cedió.

En un libro reciente refiérese una curiosa historia acerca de dichos roedores. Dos fotógrafos cinematográficos fueron a Nueva Guinea para «filmar» algunas escenas de la vida de los nativos. En el curso de su gira visitaron una pequeña isla desierta, en la cual vieron que millares de ratas se deslizaban del modo más extraordinario. Los roedores parecían carecer del sentido de la dirección, porque avanzaban en zigzag o en círculo, e iban a tropezar siempre con algún obstáculo. Los operadores cinematográficos pudieron establecer, por fin, que las ratas eran ciegas, y lograron establecer también la misteriosa razón de este estado. Tan pronto como las ratas emergían de sus cuevas, las aves marinas las atacaban sacándoles los ojos. En consecuencia, las ratas quedaban en condiciones de seguir buscando su alimento, pero ciegas para el resto de sus días.

Cuando un debutanta se embriaga e invita al sirviente a bailar con ella, de nada sirve que sus padres hayan invertido cincuenta mil pesos en la fiesta o que asistan las familias más conspicuas, esa chica no es una dama y será difícil que jamás llegue a serlo.

Quiero contestar a Ana primero la última de sus preguntas. Afortunadamente, mi amiga, nosotras las mujeres que no tenemos maestría en eso de los vestidos vivimos en una época en que basta con ir a una tienda de buena y algo conservadora reputación, y entregar la materia en manos de alguna de las expertas que allí tienen. Puede usted depender y confiar en ella. No la va a engañar porque su negocio y el de su almacén está en servirla y en que usted tenga el éxito que busca. Por años no tendrá usted que ocuparse más de su guardarropía.

En cuanto a lo que debe una decir o hacer la cosa resulta un poco más complicada. El vocabulario y la manera de expresarse requiere cierto ejercicio. Fijese bien en su lenguaje y critíquelo duramente. No se deje llevar por el afán de lo más corto o de la habitual. Ensaye en su memoria las expresiones usuales y trate de pulirlas. Estudie fran-

cés y si puede algún otro idioma; así usted que la gente no sonríe cuando pronuncia garage, chauffeur, amateur, etc. Trate de estar al día en los acontecimientos más importantes en todos los campos, político, económico, literatura y arte. No hay necesidad de que estudie a fondo nada de esto. La parte cultural de ser una dama, mi buena Ana, es muy superficial, ridículamente fácil llegar hasta el límite que están todas las damas en materia de formación general. Se sorprenderá usted de ver lo poco que va a necesitar de esto para manejarse bien.

Lo demás y lo más importante es carácter, voluntad, la determinación que usted que tomar de ser refinada y actuar en esa forma. Baje el tono de su voz, no sea demasiado aunque sea un tema que le ce bien, sea bondadosa y amable con la gente y en las formas de expresión. Sea tolerante y gentil con toda la gente a su alrededor, trate de anticipar cuales serán sus deseos, sus gustos y no los hiera a menos que algo realmente importante de por medio. Espere simpatía por los demás más que levolencia. No murmure, nadie puede ser una dama de verdad si se regocija hablando de otra gente. Desde el momento mismo que una mujer habla con estridencia y demasiado énfasis en sus opiniones, está poniendo en peligro su reputación de dama distinguida.

Ninguna dama de verdad habla de su riqueza y menos de su pobreza, no habla de dinero en ninguna forma, ni del que tiene, ni del que perdió, ni del que necesita o del que va a ganar, del que pagó o del que tiene que pagar. Una dama nunca molesta a sus relaciones con referencias a su salud a menos que esté postrada en cama con sus dos piernas quebradas y tenga que responder a las preguntas de los visitantes. Una dama nunca habla o discute sobre sus sirvientes ni menos anda refiriendo a sus amigas las pequeñas curiosidades tumbres íntimas de su marido, como que la cara cuando se afeita o los calcetines que prefiere. Una dama no critica jamás cosas extrañas a la gente de su propia familia. Nunca apuesta en exceso ni con grandes deudas. En una palabra, una dama no es ella el centro de su propio universo.

No todas las mujeres abnegadas, buenas esposas y madres son damas. Tampoco lo son todas las que ricas, cultas, joyadas y bien nacidas. Hay necesidad de traer cuidadosamente lo mejor de la vida para crear esa rara y maravillosa persona que se llama UNA DAMA.

# UNA VISITA

## AL REY IBN SAUD DE SAUDICH ARABIA

**N**O hace mucho el rey Ibn Saud de Saudieh, Arabia, dirigió una carta al presidente Roosevelt, en la que protestaba del apoyo que Norteamérica brindaba a los judíos en su controversia con los árabes sobre los derechos al disfrute de la Palestina. El actual territorio de Saudieh, regido por el mencionado monarca, comprende entre otros las antiguas y ricas provincias arábicas de Hejaz y Neyed.

La carta de Ibn Saud a Roosevelt comenzaba recordando las tradiciones democráticas norteamericanas basadas en el derecho y la justicia. Después aseveraba que los Estados Unidos solamente habían enfocado la cuestión desde el punto de vista de los Zionistas. Continuaba Ibn Saud expresando su creencia de que si los norteamericanos eran ilustrados con la verdad, exponiéndoseles claramente los derechos de los árabes éstos ganarían la simpatía, si no la ayuda, de Norteamérica.

Según el mencionado rey árabe, los judíos basan su reclamación en que en los tiempos antiguos se instalaron por algún tiempo en la Palestina. «Pero es lo cierto—decía—que Palestina ha sido árabe, sin que nunca dejara de serlo, a través de todos los períodos de la historia». «Exceptuando un intervalo cuando los judíos se instalaron allí y un segundo período en que cayó bajo la dominación del Imperio Romano, no ha habido en Palestina más soberanía que la árabe. Los árabes pelearon con los aliados en la Guerra Mundial con la esperanza de que se les concedería la independencia, cosa que no ocurrió por haber sido abandonados a sus propias fuerzas y, en algunos casos, convencidos de que el deseo no podría materializarse.

Ibn Saud es el único jefe independiente de los cuartos de la península arábiga, a cuyo territorio ha aplicado el nombre de su país. Como el rey de Saudieh, ha sido reconocido por todos los poderes de Europa y el Cercano Este. Su reino se extiende desde el Mar Rojo al golfo de Persia, y desde las montañas de Asir en el Sur hasta las fronteras del Trans-Jordan y Siria e Iraq en el Norte.

El rey Saud tiene 61 años y hace 37 años que reina en Arabia. Cuando estaba exiliado con su padre, Kuwait, soñaba con la reconquista de los territorios que hoy posee, y al comienzo de este siglo, con un puñado de partidarios, emprendió la campaña que se ha hecho tan fructífera, arrojando poco a poco a los turcos de Hasa, cerca del golfo Pérsico. Sus conquistas continuaron hasta después de la Gran Guerra.

En los últimos diez años ha estado siguiendo una política de paz, y en sus relaciones con el exterior ha puesto de relieve sus intenciones para la diplomacia.

Como principal propugnador del movimiento panarábico, ha estado complementando la conquista de la península mediante alianzas con otros estados árabes. Una cláusula del

**HACE POCO EL REY LE ENVIO UNA CARTA AL PRESIDENTE ROOSEVELT, PROTESTANDO DEL FAVOR CON QUE LOS NORTEAMERICANOS VEN LA CAUSA DE LOS JUDIOS EN PALESTINA. ES EL PROPULSOR DEL MOVIMIENTO PAN-ARABIGO, TIENE 250 MUJERES, 51 HIJOS Y UN PALACIO ESPLENDIDO DONDE NO FUNCIONAN LOS GRIFOS DEL AGUA NI LOS BOTONES DE LA ELECTRICIDAD**

tratado firmado con Iraq establece que todos los jefes independientes puedan firmar un tratado multilateral que forma la base de una confederación que Ibn Saud está creando con la esperanza de que, a su vez, sean el fundamento de un imperio árabe.

Como parte de su propaganda en el exterior, Ibn Saud procura atraer a sus dominios a sus amigos de ambos hemisferios, especialmente a los norteamericanos. De unos de esos viajes acaba de regresar a Nueva York el matrimonio Whitney Carpenter, quienes fue-

ron huéspedes del rey durante una prolongada visita a la Arabia.

El Sr. y la Sra. Carpenter, de Nueva York, tal como aparecían, vestidos con trajes árabes, durante su visita a la Arabia Central donde fueron huéspedes del rey Ibn Saud de Saudieh, quien les permitió que visitaran su harem.

El Sr. y la Sra. Carpenter, de Nueva York, tal como aparecían, vestidos con trajes árabes, durante su visita a la Arabia Central donde fueron huéspedes del rey Ibn Saud de Saudieh, quien les permitió que visitaran su harem.

Entre los detalles de la vida del rey que el mencionado matrimonio produjo a su llegada a Norteamérica, está el de que aunque su religión no le permite a Ibn Saud más que cuatro esposas, el número de éstas que han compartido con el monarca la suntuosidad de su palacio, asciende a doscientas cincuenta. Todo lo que Ibn Saud tiene que hacer para cambiar sus mujeres es proclamar el «yo te divorcio». En esta forma, que pudiera nominarse rotatoria, el rey no encuentra dificultades para renovar sus mujeres como las flores de los jarrones palatinos.

Hasta ahora el rey no tiene «nada más» que cincuenta y un hijos, veintinueve varones y veintidós hembras. Pero como está fuerte y se siente joven, es posible que antes de que Alá lo llame a su seno el número se duplique.

Según los esposos Carpenter, en el palacio del rey de Saudieh todo luce moderno y confortable... mientras no se tiene que usar. Lo primero que Mr. Carpenter quiso disfrutar con delicia, al verse al fin entre las dulzuras del palacio, fué el baño, tan lujoso y provocador como el de cualquier hotel neoyorquino. Pero cuando abrió la llave del agua, el líquido elemento estaba ausente. Lo mismo le pasó por la noche, cuando quiso hacer funcionar el botón de la electricidad.



—Oye, Rastrojo: acabo de casarme y ya he engañado a mi mujer.  
 —¿Como es eso, Pamplina?  
 —Si. Como no tenía dinero, con un alambre de cobre hice una... y le dije que era de oro! (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

# Del BUEN HUMOR

## ::: AJENO :::

### MUY BREVES

#### INQUIETO

Se queja un señor en los diarios de que tuvo que esperar veinte minutos en una ventanilla de correos para que le vendieran una estampilla. Otros hemos esperado mucho más largo y no nos quejamos, señor; los empleados públicos también tienen derecho a conversar.—Picalilli.



Hay muchachas que no saben bailar más que de un modo, y otras que se adaptan al compañero como el anillo al dedo.

#### LOS FEOS

La Sociedad de los Abortos de la Naturaleza, grupo formado por los hombres más feos de Londres, se reúne una vez a la semana. El Presidente y fundador es Mr. L. X. Packer, que tiene la reputación de ser el más feo de los joyeros de Europa. Pertenecen a la Sociedad los seis más feos corredores de la Bolsa, feos físicamente se entiende. «Se expulsa a todo miembro a quien se sorprenda tratando de acomodarse de alguna manera para verse mejor», dice Mr. Packer.—The Comentator.

#### ES JUSTO

Los calvos de la ciudad de Chicasha en el Estado de Oklahoma, acaban de organizarse en una Hermandad de los Hombres de Poco Pelo. Anuncia que su objetivo es obtener una rebaja de los peluqueros, aspiran a que se les cobre la mitad del precio corriente cuando se cortan sus escasos cabellos.—Mademoiselle.

#### LO MISMO

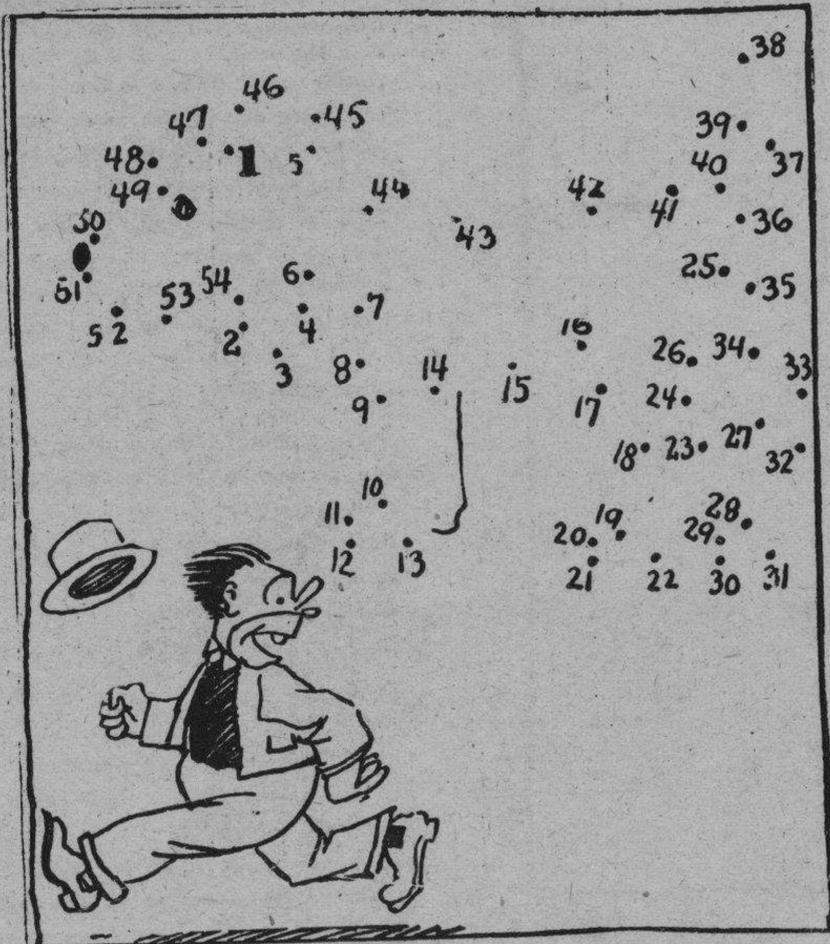
—Qué mala suerte, no tuve tiempo de ocuparme de suscribir algo en el nuevo empréstito fiscal que tenía muy buenas condiciones.

—No te inquietes chico, préstame el dinero a mí; yo te doy las mismas condiciones que el Estado.—Judge.

#### CUANDO LA CLIENTE NO ES UNA DAMA

El dentista.—¿Se trata de una extracción, señora?

Ella.—No, se trata de que me arranque esta maldita muela.—Vu.



Algunos hombres le huyen a las balas, otros a las mujeres y algunos a los fantasmas. El de arriba, Tranquilino Meticuloso, le huye a un... (Vaya trazando líneas rectas entre los números)



Los maestros modernos son peligrosos y los muchachos van a necesitar pupitres blindados. Aquí vemos al pobre Cascarilla huyéndole a la maestra que lo quería matar porque afiló un creyón de cera con él. (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

### PENSAMIENTOS

Cuando es un hombre el cobarde lo insultan y se mofan de él. Si es una mujer todo el mundo la mima y la alienta.

No hay nada más fácil que creer a quien habla mal de otros y bien de nosotros.

Se dice que la verdad es eterna. Puede que así sea, pero la verdad es que el tiempo la cambia de tal manera que ni su madre la reconocería.

Sí, hay hombres que nunca fracasan; porque nunca intentan nada.

Todos aplaudimos el buen juicio de la gente que está de acuerdo con el nuestro.

La modestia es acaso la única virtud femenina que siempre se revela en el vestir.

Si los hombres fueran menos estúpidos, las mujeres tendrían que ser mucho más inteligentes.



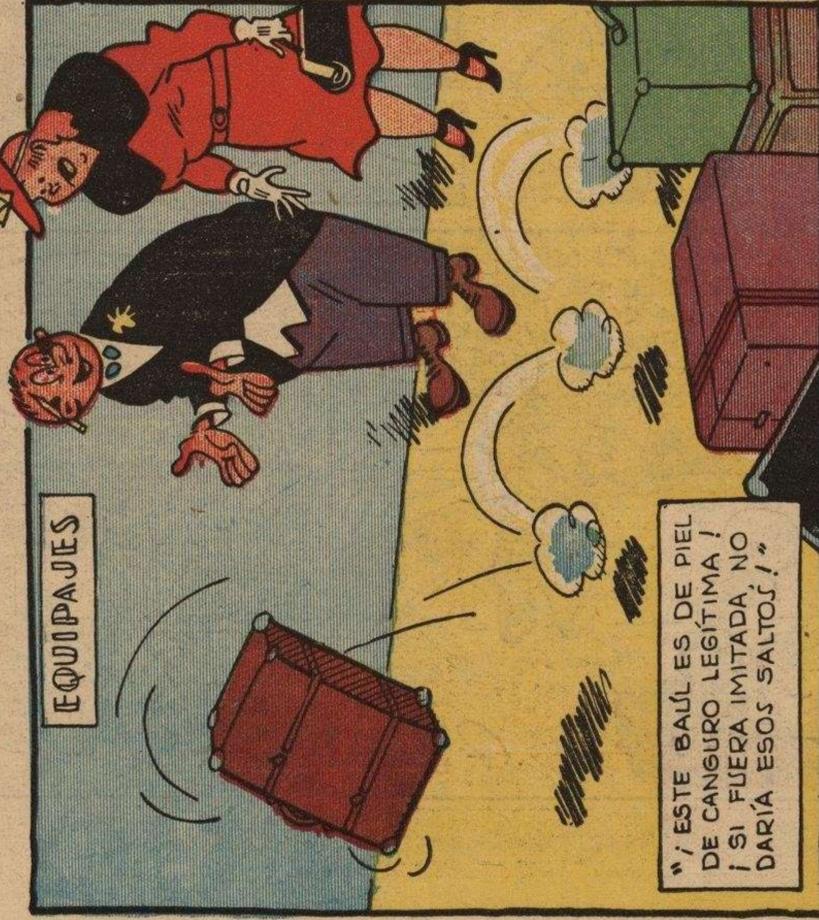
La muchacha enamorada cree que las campanas tocan a boda.



La muchacha atortolada cree que todos los hombres que observan y no bailan son detectives.

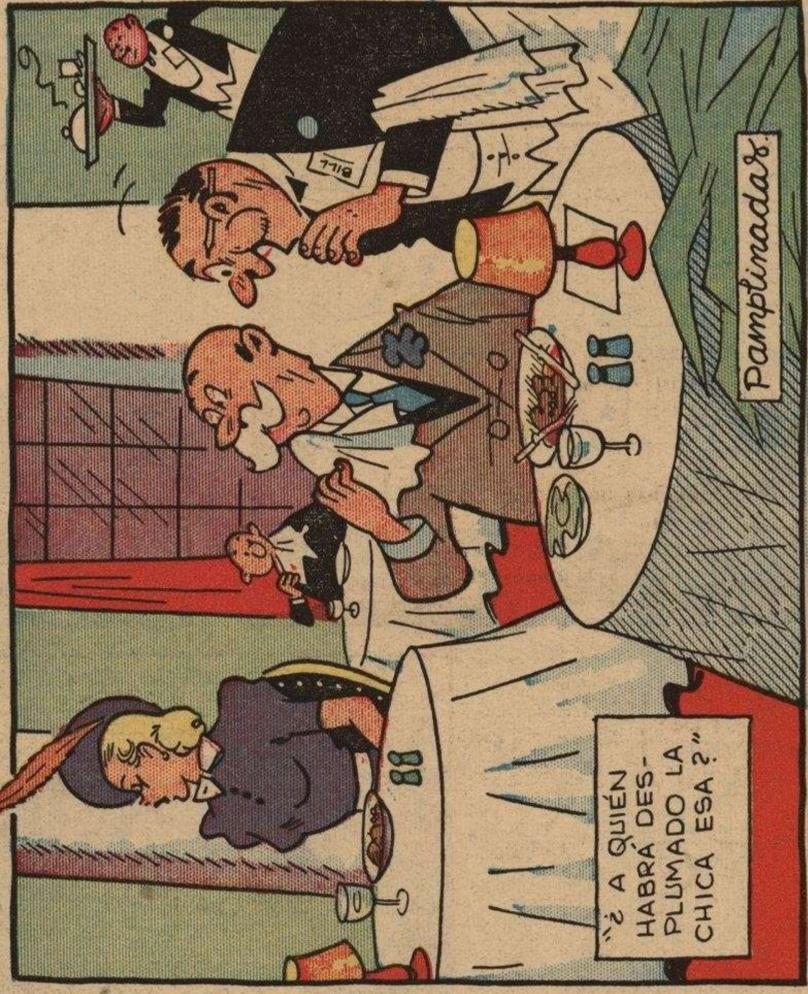


Para algunas muchachas no es tan portante un hombre con futuro como futuro con un hombre.



EQUIPAJES

"¡ESTE BAÚL ES DE PIEL DE CANGURO LEGÍTIMA! ¡SI FUERA IMITADA, NO DARÍA ESOS SALTOS!"

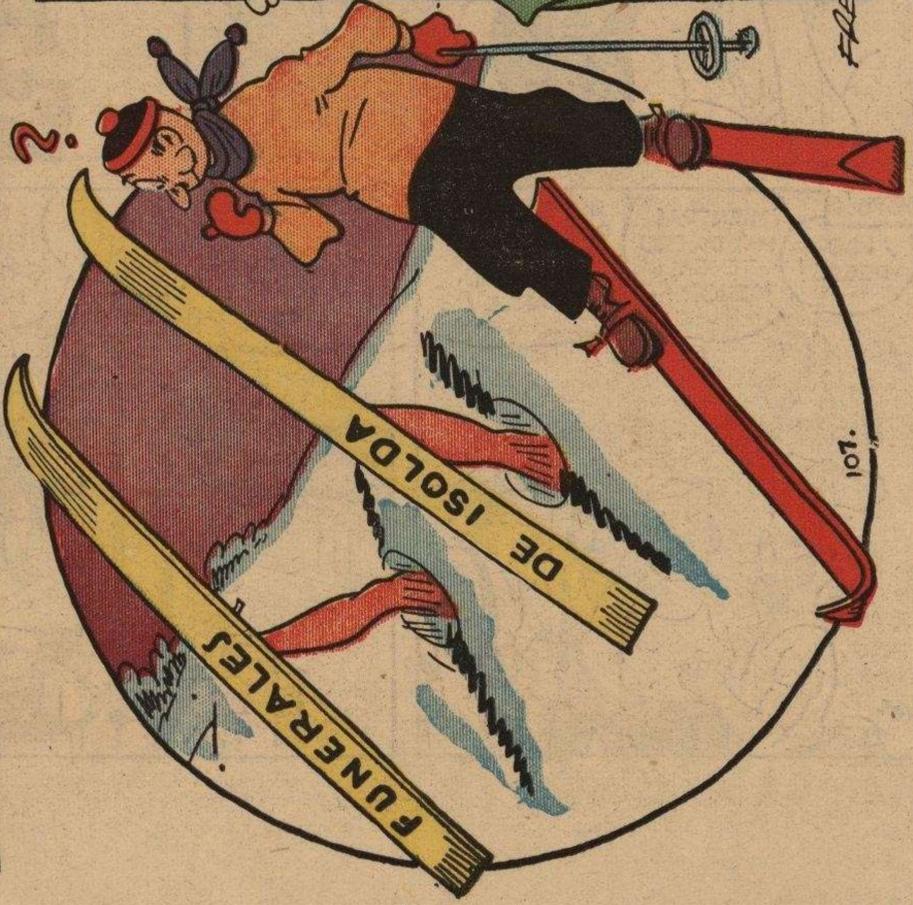


"¿A QUIÉN HABRÁ DES-PLUMADO LA CHICA ESA?"

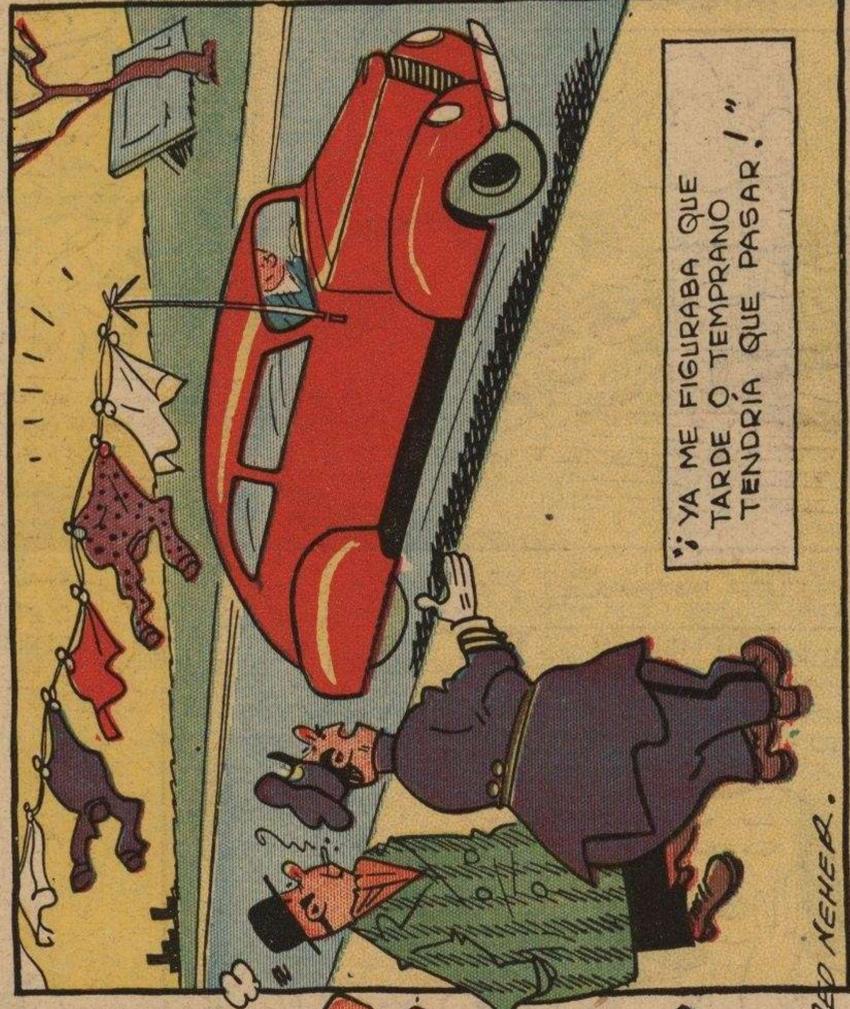
Pamplinada



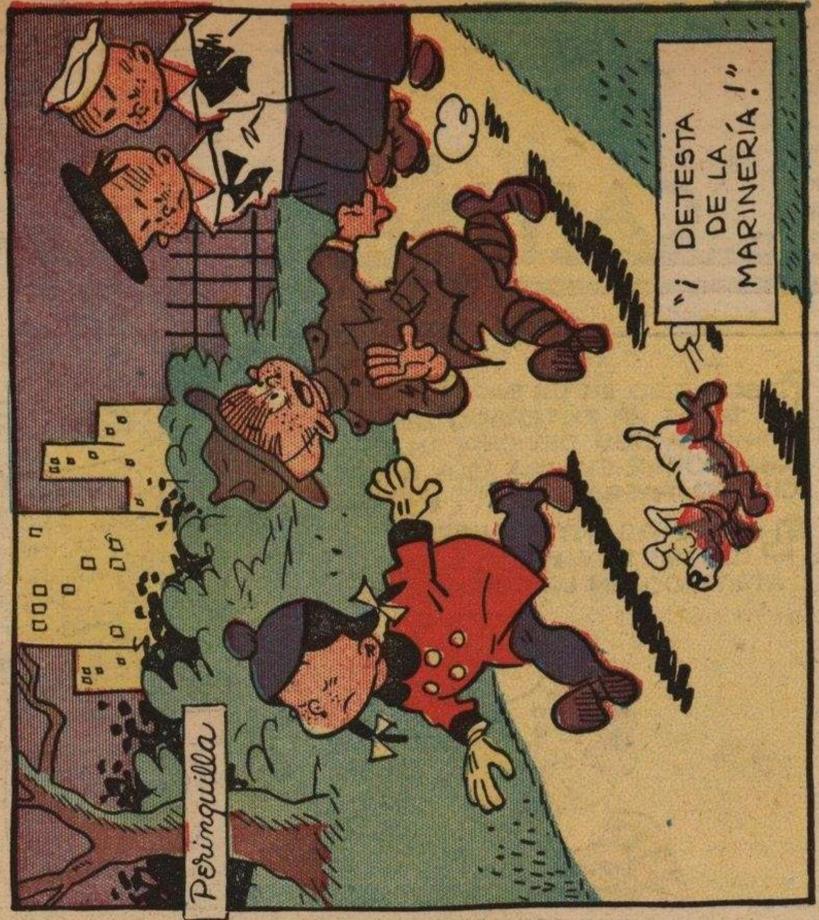
"PISO DEL SÓTANO... GALLETICAS... REPOSTERÍA... PANECILLOS... RATONES..."



FUNERALES DE ISOLDA



"¡YA ME FIGURABA QUE TARDE O TEMPRANO TENDRÍA QUE PASAR!"



Perinquilla

"¡DETESTA DE LA MARINERÍA!"

# EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE

ESCONDIDO EN UN BARRIL, CHANCELETA SE HA ENTERADO DE LA CONSPIRACIÓN DEL CAPITÁN PARA ABANDONAR EN UNA ISLA A LOS CUATRO PASAJEROS.

LOS TRIPULANTES SUBEN A CUBIERTA Y DEJAN A CHANCELETA ATRAPADO EN LA COCINA.

¡CARAY!

¡SI SABEN QUE CONOZCO SUS PLANES, ME DARÁN LA MUERTE! ¡Y AUN SI LOGRO ESCAPAR AVERIGUARÁN QUE NOS HEMOS COMIDO EL PASTEL DEL CAPITÁN!

CHICO, LO ÚNICO QUE PODEMOS HACER ES PREPARAR OTRO PASTEL.

¡LA CULPA LA TIENES TÚ! ¡SIEMPRE METIÉNDOLE EL DIENTE A TODO!

POR LA MAÑANA MIENTRAS EL COCINERO LLEVA EL PASTEL AL CAPITÁN

¡APRISA! ¡ESCAPEMOS!

¡AL INFIERNO CON TUS PASTELES DE MANZANAS!

BONG!

¿QUÉ PASÓ?

¡PRONTO, BUSQUE A WILSON Y MONA! ¡TENGO NOTICIAS ALARMANTES!

CHANCELETA INFORMA A LAS VÍCTIMAS DEL PELIGRO, QUE CORREN CON MOTIVO DE LOS PLANES DEL CAPITÁN...

¡NUESTROS AHORROS, PAPA-CITO!

¡ME HAN ROBADO LAS ARMAS!

¡PELEAREMOS! ¡LOS SORPRENDEREMOS Y NOS APODERAMOS DEL BUQUE!

¡ESO ES PIRATERÍA!

Y ADEMÁS, TIENEN LA SUPERIORIDAD NUMÉRICA!

OIGA, WILSON. VAYA DONDE EL CAPITÁN Y PÍDALE QUE SE DETENGA EN POGO-POGO. CONFÍELE QUE ALLÍ HAY UN INDIVIDUO QUE LE DEBE 600 PESOS.

DESPUÉS

¡600 PESOS!

¡MIENTRAS MÁS DINERO TENGA, MEJOR!

SI, ESPERAREMOS QUE COBRE ESA PLATA PARA ROBARLE!

CONVINIERON EN DETENERSE EN POGO-POGO.

¡MENOS MAL QUE NOS QUEDAN DOS DÍAS DE GRACIA! ¡OJALÁ NO NOS METAMOS EN MÁS LIOS!

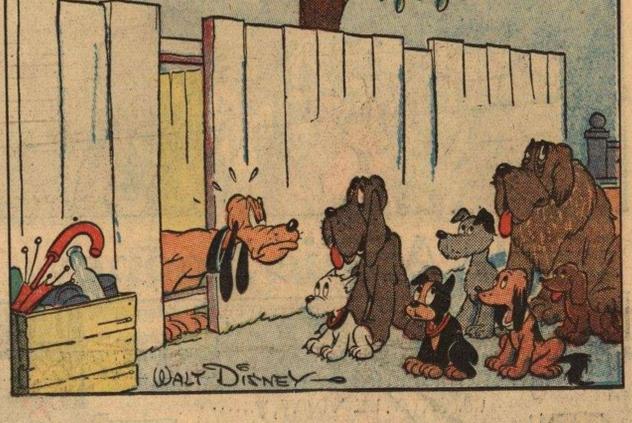
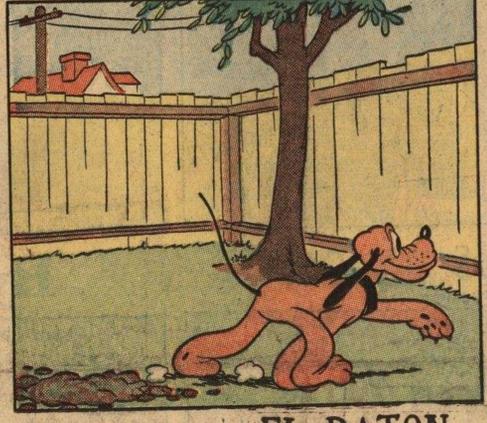
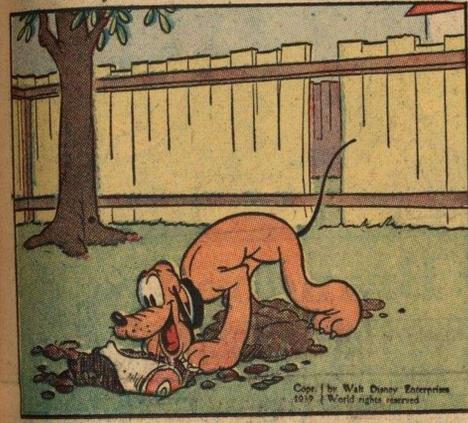
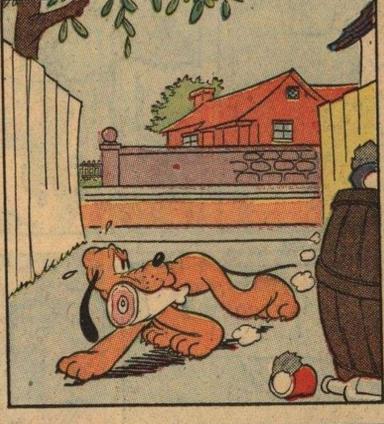
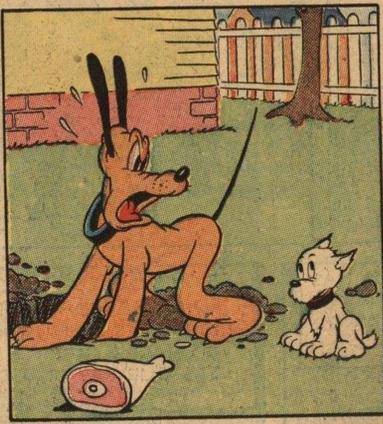
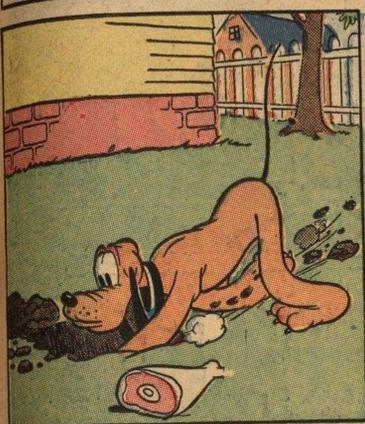
¡DE MONTRES, SE COME EL FLÁN!

¡PLIK! ¡PLIK!

¡LO SIENTO, QUERIDO, PERO ES POR TU PROPIO BIEN!

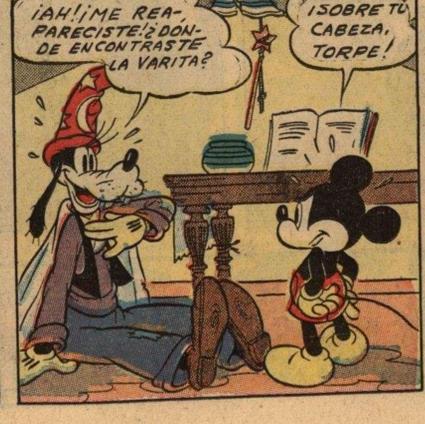
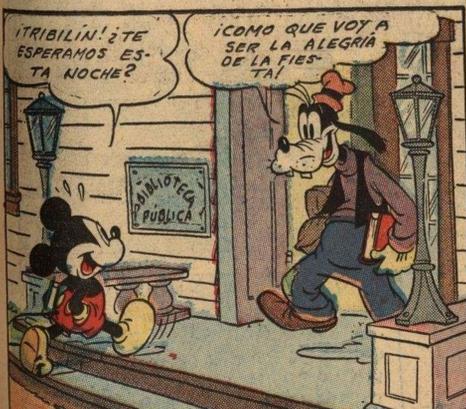
# DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 12 DE MARZO DE 1939



## EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



# WANG-LA

BRANDON WALSH

A PUNTO DE SER SACRIFICADOS A LOS DIOS DE LOS CANIBALES, NUESTROS AMIGOS SON SALVADOS DE UNA MUERTE TERRIBLE POR EL MAGO DE LA TRIBU, QUE, FINGIENDO UN ARREBATO DE FURIA, LOS ECHA A PUNTAPIÉS DENTRO DEL TEMPLO, DONDE HACEN TRISTES CONJETURAS SOBRE SU SITUACIÓN.



## Little Annie Rooney

## ANITA Y SUS AMIGOS

By Brandon Walsh



# MODESTO RIZOS



EL VIEJO QUEDÓ "NO-CAUT" CUANDO DI UNA VUELTA CERRADA, DUNBY.



LO PONDRÉ EN LA CAVERNA. MAS TARDE VEREMOS LO QUE CONVIENE HACER CON EL. ESTA ENTERADO DE NUESTROS MANEJOS.



FINGIÉNDOSE ATURDIDO, MODESTO SE APODERA HABILMENTE DEL REVOLVER DEL CRIMINAL.



DE AHÍ NO PODRÁ SALIR HASTA QUE LO SAQUEMOS.

¡ESTA ES UNA MUESTRA DE LO QUE CONSEGUÍ ANOCHE, EN EL BAILE DE FANTASÍA DUNBY!



¡MIRA! ¡AHÍ VIENE EL AGENTE DE LUPIN!



ESTÁBAMOS ESPERÁNDOTE, HIBLEY.

ME COSTÓ TRABAJO ENCONTRAR LA CASUCHA. ¿TIENE LA MERCANCIA PARA QUE LA VEA?



¡TAPICES AUTÉNTICOS DE CAMBRAY! ¡LUPIN ESTARÁ LOCO DE CONTENTO! ¡PARA EL SON PRECIOSÍSIMOS!

¡SÍ!

¡AGUARDA QUE AUN NO HAS VISTO LOS TAPICES DE DUBUSSE Y LOCARDIER QUE TENEMOS PARA TU CLIENTE!



¡TÚ DIRAS CUANTO TE HE DE PAGAR, DUNBY!



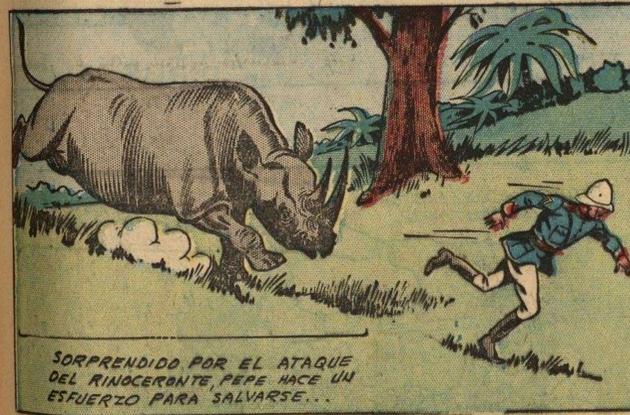
¡ARRIBA LAS MANOS!

¿QUIÉN ES USTED?

¡ES PITA, EL ERMITAÑO! ¡TIENE MI REVOLVER!

## AVENTURAS DE AGUILUCHO

By Lyman Young



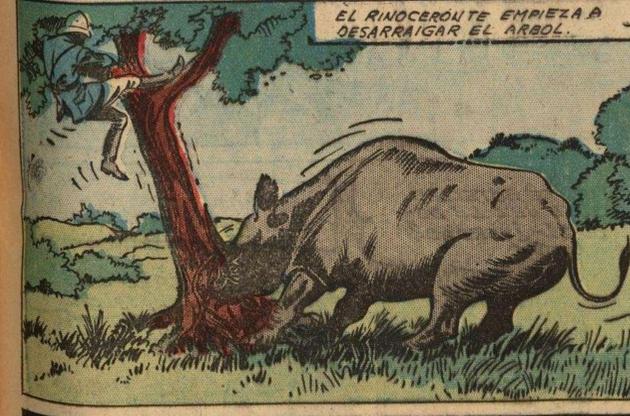
SORPRENDIDO POR EL ATAQUE DEL RINOCERONTE, PEPE HACE UN ESFUERZO PARA SALVARSE...



¡LOGRA ELUDIR LA EMBESTIDA DE LA BESTIA.



A PAPÁ Y A LOS MUCHACHOS LES VA A GUSTAR LA MERIENDA QUE LES HE PREPARADO.



EL RINOCERONTE EMPIEZA A DESARRAIGAR EL ÁRBOL.



¿QUÉ ES ESÓ, ALGUIEN PIDE SOCORRO!



¡POR FIN EL ÁRBOL CAE A TIERRA!



SUENA UN DISPARO Y UNA BALA CERTERA ROZA EL CRÁNEO DEL RINOCERONTE.



¡YA SE VA, PEPE!... ¡DEME LA MANO!

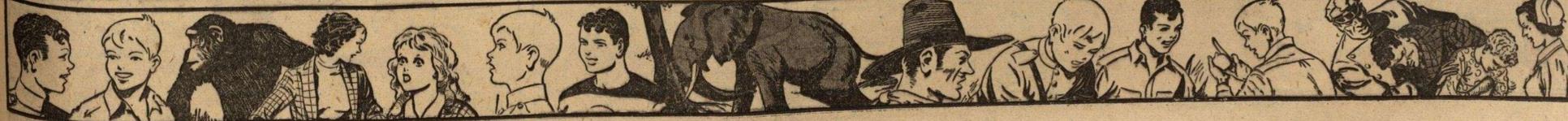
¡TALLEY! ¡ME HA SALVADO LA VIDA!

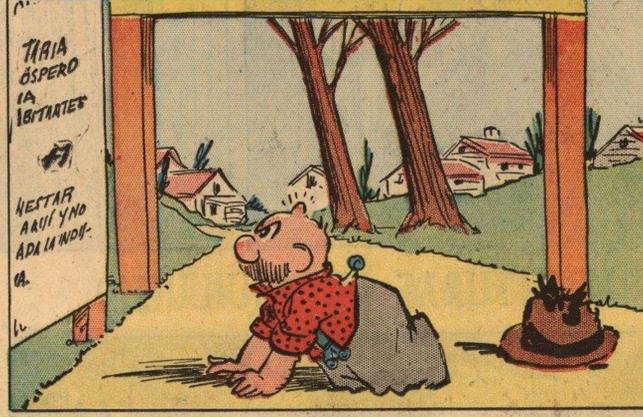
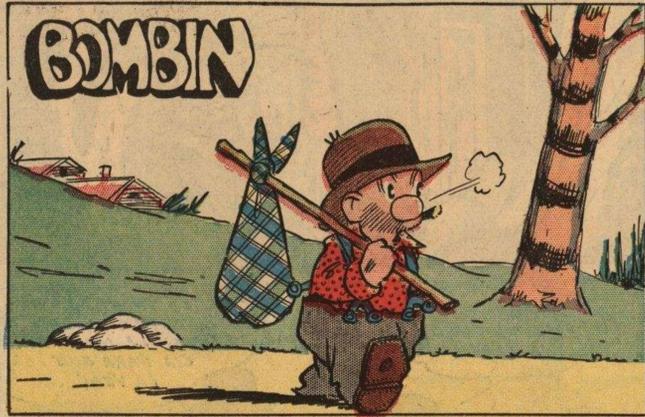


¡ESTOY SEGURO DE HABER OIDO UN DISPARO DE PEPE, SEÑOR!

YO NO HE OIDO NADA, AGUILUCHO. DEBE HABERSE EQUIVOCADO... SIGAMOS ADELANTE!

CONTINUARÁ





PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

